

**REVISTA DE  
LA UNIVERSIDAD  
DE MEXICO**

**HUMBOLDT**



- 
- 2 Ensayo sobre la geografía de las plantas, por Alejandro de Humboldt
- 9 Las aportaciones de Humboldt a la antropología mexicana, por Jaime Labastida
- 17 Humboldt y el México del inicio del siglo XIX, por Miguel S. Wionczek
- 
- I El primer Tomalín, por Sergio Pitol
- 
- 25 Bacon o Humboldt, por Walter F. Cannon
- 31 De la esclavitud, por Alejandro de Humboldt
- 33 Crítica: Leopoldo Zea / Anne Macpherson / Jorge Alberto Manrique / Enrique Jaramillo Levi / Edmundo Domínguez Aragonés / Miguel Donoso Pareja / Carmen Galindo / Sergio Gómez Montero / Malkah Rabell / David Ramón
- 49 Opinión sobre la serie de mis cuadros *Humboldt en el Orinoco*, por Manolo Millares
- Portada: Vestidos de indígenas mexicanos. Grabado sobre un dibujo de Humboldt

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Doctor Pablo González Casanova / Secretario General: Químico Manuel Madrazo Garamendi

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Doctor Leopoldo Zea / Editor: Jorge Alberto Manrique / Dirección artística: Vicente Rojo, Adolfo Falcón

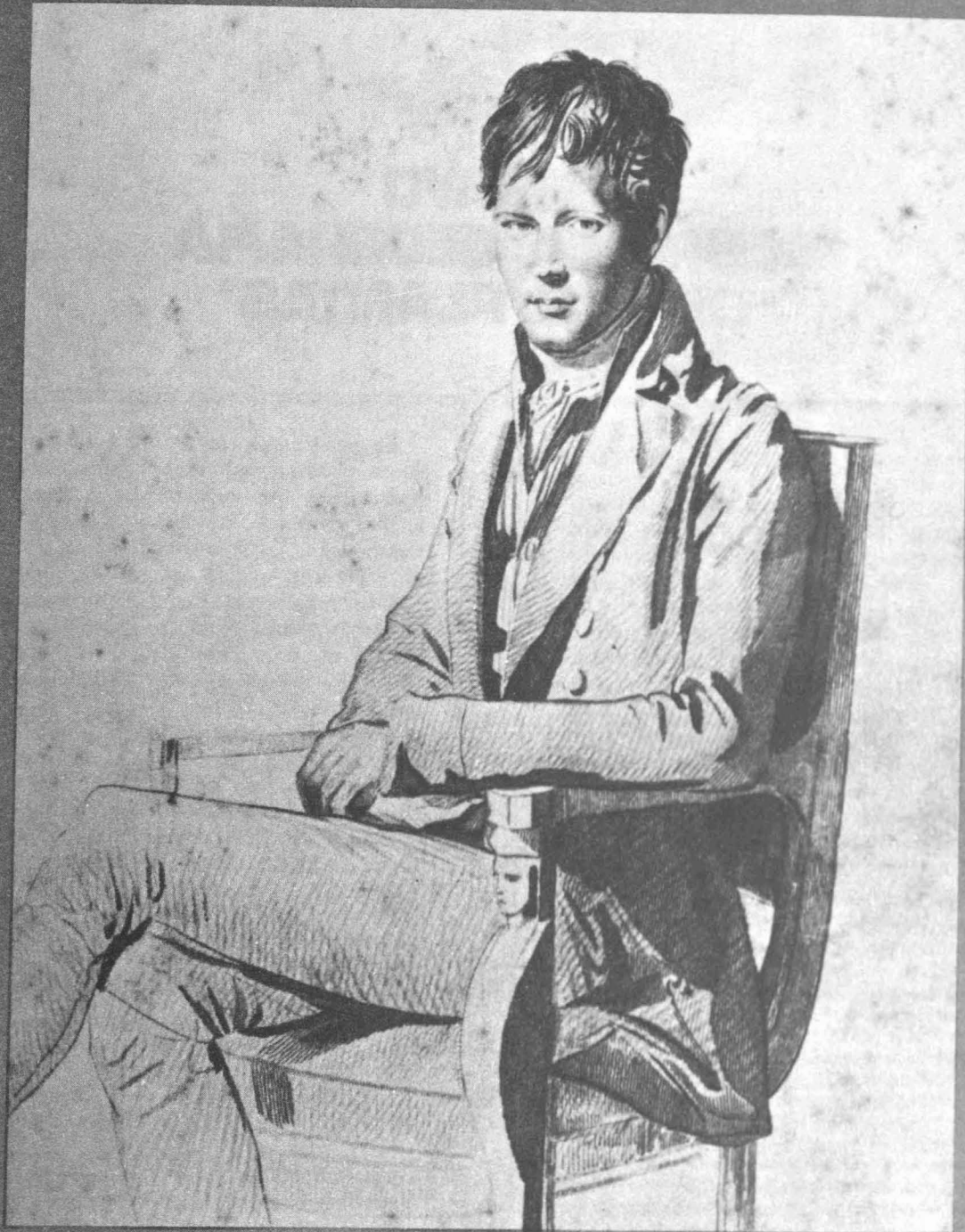
---

Torre de la Rectoría, 10o. piso,  
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.  
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124  
Franquicia postal por acuerdo presidencial  
del 10 de octubre de 1945, publicado  
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.  
Precio del ejemplar: \$ 6.00  
Suscripción anual: \$ 65.00 Extranjero Dls. 8.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.  
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S.A.  
Financiera Nacional Azucarera, S.A.  
Ingenieros Civiles Asociados [ICA]  
Nacional Financiera, S. A.



# HUMBOLDT

La *Revista de la Universidad* ha deseado ofrecer una visión de Alejandro de Humboldt, quizá más amplia y diversa que la habitual en nuestro país. Salvo por lo que se refiere a los especialistas, el conocimiento de la obra del sabio alemán se limita, en México, al *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. La dirección de la revista encomendó a Miguel S. Wionczeck y Jaime Labastida la preparación del número. Las ilustraciones fueron proporcionadas por Wionczeck y la traducción de *Géographie des plantes* fue hecha por Labastida.

# ALEJANDRO DE HUMBOLDT



## ENSAYO SOBRE LA GEOGRAFIA DE LAS PLANTAS\*

### Prefacio

Alejado de Europa desde hace cinco años, y habiendo recorrido varios países, algunos de los cuales no habían sido visitados jamás por los naturalistas, habría debido, tal vez, apresurarme a publicar la relación abreviada de mi viaje a los trópicos, y la serie de fenómenos que sucesivamente se presentaron a mis investigaciones. Podría halagarme de que tal empresa fuera aprobada por el público, parte del cual ha mostrado el interés más generoso, tanto por mi conservación personal como por el buen éxito de mi expedición. He pensado, empero, que antes de hablar de mí mismo y de los obstáculos que he tenido que vencer en el curso de mis operaciones, sería preferible atraer la atención de los físicos sobre los grandes fenómenos que presenta la naturaleza en las regiones que he recorrido. Es el conjunto de los mismos el que presento en este ensayo. En él se ofrece el resultado de las observaciones que se encontrarán desarrolladas con todo detalle en otras obras que preparo para el público.

\* *Essai sur la Géographie des plantes; accompagné d'un Tableau physique des régions équinoxiales* fue el primero de los treinta volúmenes editados por Humboldt y Bonpland para ofrecer los resultados de su viaje a la América española. El libro, en tamaño gran in cuarto, fue publicado por Schoell, en París, el año de 1805, y luego fue considerado como el volumen XXVII del *Voyage aux régions équinoxiales* (el último tomo fue publicado en 1834).

Humboldt leyó su *Essai sur la Géographie des plantes* a la Clase de ciencias físicas y matemáticas del Instituto Nacional, el 17 nivoso del año 13, o sea, el 7 de enero de 1805. Posteriormente, editó el texto, acompañándolo de un prefacio y del *Tableau physique des régions équinoxiales*. Este último trabajo es la prolija explicación de un cuadro a color en el que Humboldt muestra, de manera sintética, la distribución de las plantas desde el límite de las nieves perpetuas hasta ciertas alturas por debajo del nivel del mar, tanto en el océano como en tierra firme, a más de catorce escalas de observaciones, debidamente medidas y graduadas.

A nuestro juicio, este ensayo es uno de los frutos más logrados del genio sintético del científico alemán: en él se conjugan multitud de problemas, y es importante no sólo porque con él se puede considerar fundada la Geobotánica, sino porque forma la base sobre la cual ha de desarrollarse posteriormente la ciencia europea en varias de sus más significativas ramas: Cuvier y la paleontología, Lamarck y los inicios de la teoría evolutiva, pero sobre todo Darwin, abrevaron en las fuentes de Humboldt.

Hasta donde tenemos conocimiento, la presente obra sólo ha conocido una edición española (Francisco José de Caldas, *Semanao del Nuevo Reino de Granada*, Santa Fe de Bogotá, 1808-1810, traducción de Jorge Tadeo Lozano; reimpresso en Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1942, Tomo II).

Aquí, hemos hecho una selección y traducción del original francés con objeto de presentar, aunque sea parcialmente, un texto que es muy poco manejado por los investigadores. [N. del T.]

En este ensayo abarco todos los fenómenos de física que se observan tanto en la superficie del globo, como en la atmósfera que lo envuelve. El físico que conoce el estado actual de la ciencia, y, sobre todo, el de la meteorología, no se asombrará de ver un tan gran número de cuestiones tratado en tan pocas hojas. Si hubiera podido trabajar más tiempo en su redacción, mi obra no sería más extensa de lo que ahora lo es, pues un cuadro general no debe presentar sino los grandes panoramas físicos, los resultados ciertos y susceptibles de ser expresados en números exactos.

Desde mi primera juventud concebí la idea de esta obra. Por 1790, hice conocer al señor Georges Förster, el célebre compañero de Cook, a quien la amistad y el agradecimiento me habían estrechamente ligado, el primer esbozo de una Geografía de las plantas. El estudio que he hecho de diversas ramas de las ciencias físicas ha servido para que mis primeras ideas se dilataran. Mi viaje a los trópicos me ha proporcionado materiales preciosos para la historia física del globo. Fue a la vista misma de los grandes objetos que debía describir, al pie del Chimborazo, sobre las costas del Mar del Sur, que redacté la mayor parte de esta obra. He creído necesario dejarle el título de *Essai sur la Géographie des plantes*, pues cualquiera otra denominación menos modesta, al descubrir todavía más la imperfección de mi trabajo, lo habría, al propio tiempo, vuelto menos digno de la indulgencia del público.

El cuadro que ofrezco hoy ha sido trazado sobre mis propias observaciones, y sobre las hechas por el señor Bonpland. Unidos por los lazos de la más íntima amistad, trabajando juntos desde hace seis años, compartiendo los sufrimientos a los que el viajero está necesariamente expuesto en las regiones incultas, hemos resuelto que todas las obras que sean fruto de nuestra expedición, lleven nuestros dos nombres a la vez.

### Geografía de las plantas

Las investigaciones de los botánicos están dirigidas, generalmente, hacia objetos que no abarcan sino una pequeña parte de su ciencia. Se ocupan casi exclusivamente del descubrimiento de nuevas especies de plantas, del estudio de su estructura exterior, de las características que las distinguen, y de las analogías que las unen en clases y en familias.

Este conocimiento de las formas bajo las cuales se presentan los seres organizados es, sin duda, la base principal de la historia natural descriptiva, y debe conside-

**ESSAI**  
SUR LA  
**GÉOGRAPHIE DES PLANTES;**  
ACCOMPAGNÉ  
D'UN TABLEAU PHYSIQUE  
DES RÉGIONS ÉQUINOXIALES,

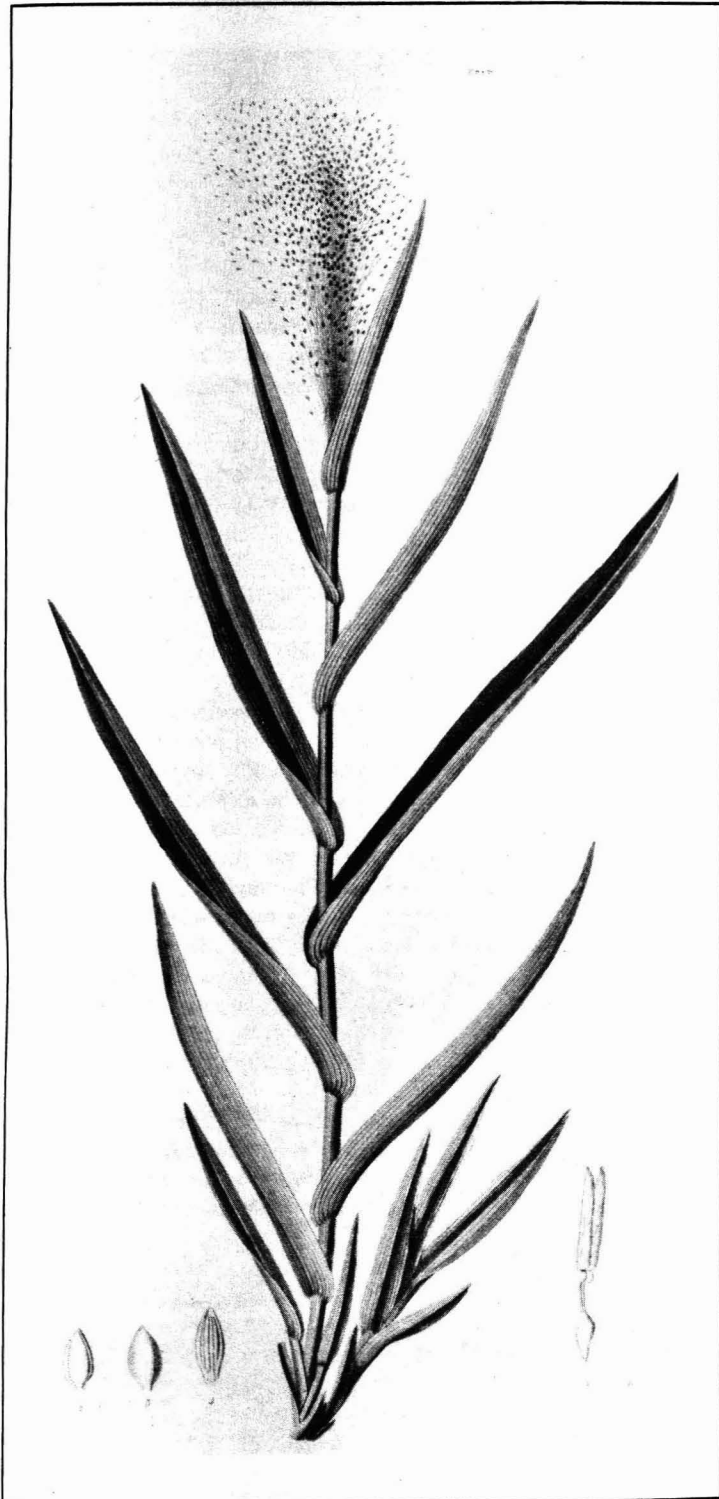
Fondé sur des mesures exactes, depuis le dixième degré de latitude boréale  
jusqu'au dixième degré de latitude australe, pendant les années 1799, 1800, 1801,  
1802 et 1803.

PAR  
**AL. DE HUMBOLDT ET A. BONPLAND.**

RÉDIGÉ PAR AL. DE HUMBOLDT.

A PARIS, <sup>lc</sup>

CHEZ LEVRAULT, SCHEU ET COMPAGNIE, LIBRAIRES  
M DCCC V



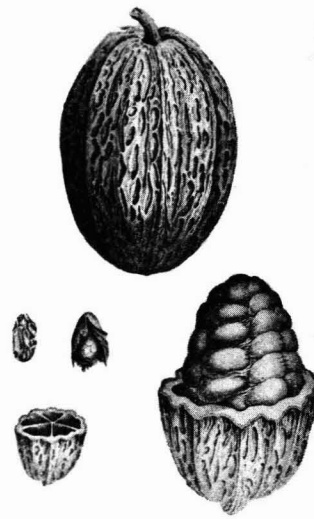
rársele como indispensable para el avance de las ciencias que tratan de las propiedades medicinales de los vegetales, de su cultivo, o de su aplicación a las artes. Pero si esto es digno de ocupar por entero a un enorme número de botánicos, si es incluso susceptible de ser examinado bajo puntos de vista filosóficos, no es menos importante definir la Geografía de las plantas, ciencia de la cual no existe aún más que el nombre y que, sin embargo, forma parte esencial de la física general.

Esta ciencia considera los vegetales bajo las relaciones de su asociación local en las diferentes comarcas. Vasta, como el objeto que abarca, pinta a grandes rasgos la inmensa extensión que ocupan las plantas, desde la región de las nieves eternas hasta el fondo del océano y el interior del planeta, donde vegetan, en oscuras grutas, criptógamas tan poco conocidas como los insectos a los que alimentan.

El límite superior de la vegetación varía, lo mismo que el de las nieves perpetuas, según la distancia a que los lugares se encuentren del polo, o de acuerdo con la oblicuidad de los rayos solares. Ignoramos hasta dónde se extienda el límite inferior de las plantas; pero exactas observaciones, hechas en la vegetación subterránea de los dos hemisferios, prueban que el interior del globo se encuentra animado, en todas aquellas partes donde los gérmenes orgánicos han encontrado un espacio apropiado para su desenvolvimiento y una alimentación análoga a su organización. Esas cimas rocosas y heladas que el ojo apenas distingue por encima de las nubes no están cubiertas sino de musgos y líquenes; análogas criptógamas, desmedradas o llenas de color, se ramifican en las bóvedas de las minas y las grutas subterráneas. Así, los dos límites opuestos de la vegetación producen seres de una estructura semejante, cuya fisiología nos es igualmente desconocida.

La geografía de las plantas no sólo ordena los vegetales según las zonas y las diferentes alturas a las que se encuentran; no se limita a considerarlos de acuerdo con los grados de presión atmosférica, temperatura, humedad y tensión eléctrica, bajo los cuales viven; distingue entre ellos, como se hace entre los animales, dos clases, que tienen maneras de vivir y, si se me permite decirlo así, costumbres muy diferentes: unos crecen aislados y dispersos. . . otros, reunidos en sociedad como las hormigas y las abejas, cubren terrenos inmensos, y excluyen cualquier otra especie heterogénea. . .

Para decidir acerca del antiguo enlace de continentes vecinos, la geología se funda sobre la análoga estructura



de las costas, los bajíos del océano y la identidad de los animales que los habitan. La geografía de las plantas proporciona materiales preciosos para este género de investigaciones: desde cierto punto de vista, puede hacerlos reconocer las islas que, antiguamente unidas, se han separado; muestra que la separación de Africa y América meridional se hizo antes del desarrollo de los seres organizados. Todavía más: esta ciencia nos muestra cuáles plantas son comunes al Asia oriental y a las costas de México y California. . . Con la ayuda de la geografía de las plantas se puede uno remontar con cierta certeza hasta el primer estado físico del globo. Ella es la que decide si, después de la retirada de las aguas (las rocas llenas de conchas petrificadas atestiguan su abundancia y sus agitaciones), toda la superficie de la tierra se encontraba cubierta, a la vez, de vegetales diversos, o si, de conformidad con las tradiciones de los diferentes pueblos, el planeta, vuelto al reposo, no produjo en un principio plantas más que en una sola región, de donde las corrientes marítimas transportaron, a lo largo de siglos y con una marcha progresiva, a las zonas más alejadas. . .

Si me atreviera a extraer conclusiones generales de los fenómenos que he observado en los dos hemisferios, diría que los gérmenes de las criptógamas me parecen los únicos que la naturaleza desenvuelve espontáneamente en todas las regiones. . .

Todavía no conocemos ninguna planta fanerógama cuyos órganos sean lo suficientemente flexibles como para permitirle su acomodo en todas las zonas y a todas las alturas. En vano se ha pretendido que la *alsine media*, la *fragarie vesca* y el *solanum nigrum*, gozan de esta ventaja, que no parece reservada sino al hombre y a algunos mamíferos de los que se rodea. . .

Conocemos tan poco el interior de las tierras, que debemos abstenernos de toda conclusión general: nos arriesgaríamos, por otra parte, a caer en el error de esos geólogos que construyen el planeta entero de acuerdo con el modelo de las colinas que los rodean de más cerca.

Para decidir sobre el problema de la migración de los vegetales, la geografía de las plantas descende al interior del globo terráqueo y consulta ahí los antiguos monumentos que la naturaleza ha dejado en las petrificaciones, los bosques fósiles y las capas de hulla que constituyen la tumba de la primera vegetación de nuestro planeta. Descubre los frutos petrificados de las Indias, las palmeras, los helechos arbóreos, las escitamíneas y el bambú de los trópicos, sepultados en las heladas tierras del Norte; considera si estas producciones equinociales, lo mismo

que los huesos de los elefantes, tapires, cocodrilos y didelfos, recientemente encontrados en Europa, han sido transportados a las regiones templadas por la fuerza de las corrientes en un mundo sumergido bajo el agua, o si estas mismas regiones alimentaron en la antigüedad las palmeras y el tapir, el cocodrilo y el bambú. Uno se inclina hacia esta opinión, cuando se consideran las circunstancias locales que acompañan estas petrificaciones de las Indias. Pero, ¿pueden admitirse estos enormes cambios en la temperatura de la atmósfera, sin recurrir a un desplazamiento de los astros o a un cambio en el eje de la tierra, que el estado actual de nuestros conocimientos astronómicos vuelve poco verosímil? Si los más asombrosos fenómenos de la geología nos atestiguan que toda la corteza de nuestro planeta se encontraba anteriormente en un estado líquido; si la estratificación y la diferencia de las rocas nos indican que la formación de las montañas y la cristalización de las grandes masas alrededor de un núcleo común no se efectuaron al mismo tiempo en toda la superficie del globo, se puede concebir que su paso del estado líquido al sólido ha debido liberar una inmensa cantidad de calórico y aumentar, por un cierto tiempo, la temperatura de una región, independientemente del calor solar: pero este aumento local de temperatura, ¿debió haber tenido también la larga duración que le exige la naturaleza de los fenómenos que debe explicar?

Los cambios observados en la luz de los astros han podido hacer suponer que aquel que forma el centro de nuestro sistema ha experimentado variaciones análogas. Un aumento de la intensidad de los rayos solares, ¿habría expandido, en ciertas épocas, el calor de los trópicos sobre las zonas vecinas del polo? Estas variaciones, que habrían hecho la Laponia habitable para las plantas equinociales, los elefantes, y los tapires, ¿son periódicas? ¿O son el efecto de algunas causas pasajeras y perturbadoras de nuestro sistema planetario?

He aquí puntos por los cuales la geografía de las plantas se liga a la geología. Al arrojar luz sobre la historia primitiva del planeta, ofrece a la imaginación del hombre un campo, tan rico como interesante, para ser cultivado.

Los vegetales, tan análogos a los animales en relación a la irritabilidad de sus fibras y a los estimulantes que los excitan, difieren esencialmente de ellos con relación a su movilidad. La mayor parte de los animales no abandona a su madre sino en estado adulto. Las plantas, al contrario, fijas en el suelo después de su desarrollo, no pueden viajar sino cuando aún están contenidas en el huevo, cuya



estructura favorece tal movilidad. Pero no son sólo los vientos, las corrientes y los pájaros los que ayudan a la migración de los vegetales: es el hombre, sobre todo, quien se ocupa de esto. . .

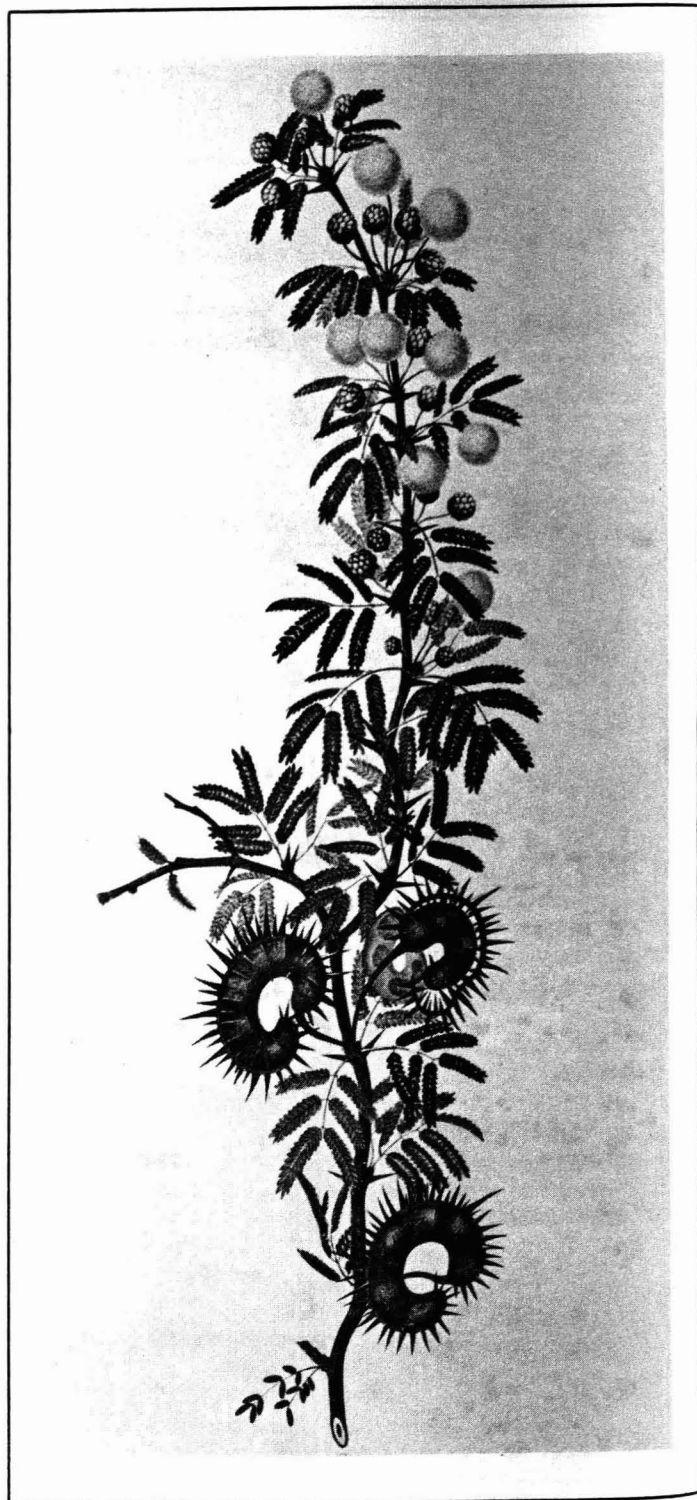
#### *Cuadro físico de las regiones ecuatoriales*

Bajo los trópicos, sobre la vasta extensión de cuatro mil ochocientos metros de altura, en esa rápida pendiente que se eleva desde la superficie del océano hasta las nieves perpetuas, los diversos climas se suceden y están, por decirlo así, sobrepuestos. A cada altura, la temperatura del aire no experimenta sino ligeros cambios; la presión del aire atmosférico, el estado higroscópico del aire, su carga eléctrica, todo sigue ahí leyes inalterables y tanto más fáciles de reconocer cuanto que los fenómenos son allí menos complicados. De tal estado de cosas resulta que cada altura bajo los trópicos, al presentar condiciones particulares, ofrece también productos variados según la naturaleza de las circunstancias, y que en los Andes de Quito, en una zona de dos mil metros (1 000 toesas) de anchura horizontal, se descubrirá una mayor variedad de formas que en una zona de la misma extensión en la pendiente de los Pirineos.

He tratado de reunir en un solo cuadro el conjunto de los fenómenos físicos que presentan las regiones equinociales, desde el nivel del Mar del Sur hasta la cumbre de la más alta cima de los Andes. El mismo cuadro indica: 1. la vegetación; 2. los animales; 3. las relaciones geológicas; 4. el cultivo del suelo; 5. la temperatura del aire; 6. los límites de las nieves perpetuas; 7. la constitución química de la atmósfera; 8. su tensión eléctrica; 9. su presión barométrica; 10. el decremento de la gravitación; 11. la intensidad del color azulado del cielo; 12. el debilitamiento de la luz a su paso por las capas del aire; 13. las refracciones horizontales y 14. el grado a que hierve el agua a las diferentes alturas.

Para facilitar la comparación de estos fenómenos con aquéllos de las zonas templadas, se ha añadido un buen número de alturas tomadas en las diferentes partes del globo, y la distancia a la que estas alturas pueden ser percibidas desde el mar, haciendo abstracción de la refracción terrestre.

Este cuadro abarca, por decirlo así, todas las investigaciones en las que me he ocupado durante mi expedición a los trópicos. Es el resultado de un gran número de trabajos que preparo para el público, y en los cuales se encontrará desarrollado cuanto aquí no he podido más







que indicar. Me he atrevido a pensar que este ensayo no sería interesante sólo por aquello que en sí mismo ofrece a los ojos del físico; he creído que lo sería aún más por las combinaciones y las relaciones que hará nacer en el espíritu de quienes se ocupan de la física general. Esta ciencia, que constituye sin duda una de las partes más bellas de los conocimientos humanos, no puede hacer progresos sino por medio del estudio individual y la reunión de todos los fenómenos y de todos los productos que presenta la superficie del globo. En este encadenamiento de causas y de efectos, ningún hecho puede ser considerado aisladamente. El equilibrio general que reina en medio de las perturbaciones e inquietudes aparentes, es el resultado de una infinidad de fuerzas mecánicas y de atracciones químicas que se contrapesan las unas a las otras. Y si cada serie de fenómenos debe ser examinada por separado para encontrar en ella una ley particular, el estudio de la naturaleza, que es el gran problema de la física general, exige la reunión de todos los conocimientos que tratan de las modificaciones de la materia. . .

El cuadro físico de las regiones equinociales no está destinado solamente a desarrollar las ideas sobre la geografía de las plantas, sino que he creído que podría servir al mismo tiempo para abarcar el conjunto de nuestros conocimientos sobre todo aquello que es variable en razón de las alturas a las cuales se eleva por encima del nivel del océano. Esta consideración es la que me ha inducido a reunir, en catorce escalas, multitud de números que son el resultado de investigaciones múltiples, y que han sido hechas sobre diferentes ramas de la física general. . .

#### *Panoramas geológicos*

Las regiones ecuatoriales poseen todas las rocas que se han descubierto en el resto del globo. Las únicas formaciones que no he observado ahí son la roca esteatita que el señor Werner denomina roca de Topaze, la mezcla de piedra calcárea y granulada, y la serpentina que posee el Asia menor, el oolito o *Rogenstein* de los alemanes, el *grau wakke* y la greda. Pero en toda la superficie de la tierra existe no solamente una identidad de formaciones rocosas; también existe en el orden o superposición de estas masas una armonía que prueba cómo la naturaleza obra en todas partes de acuerdo con leyes tan simples como universales. El granito, en la América meridional, constituye la base sobre la que reposan las otras formaciones más recientes. Se encuentra al descubierto al pie de los Andes, sobre las costas del Mar del Sur, lo mismo que

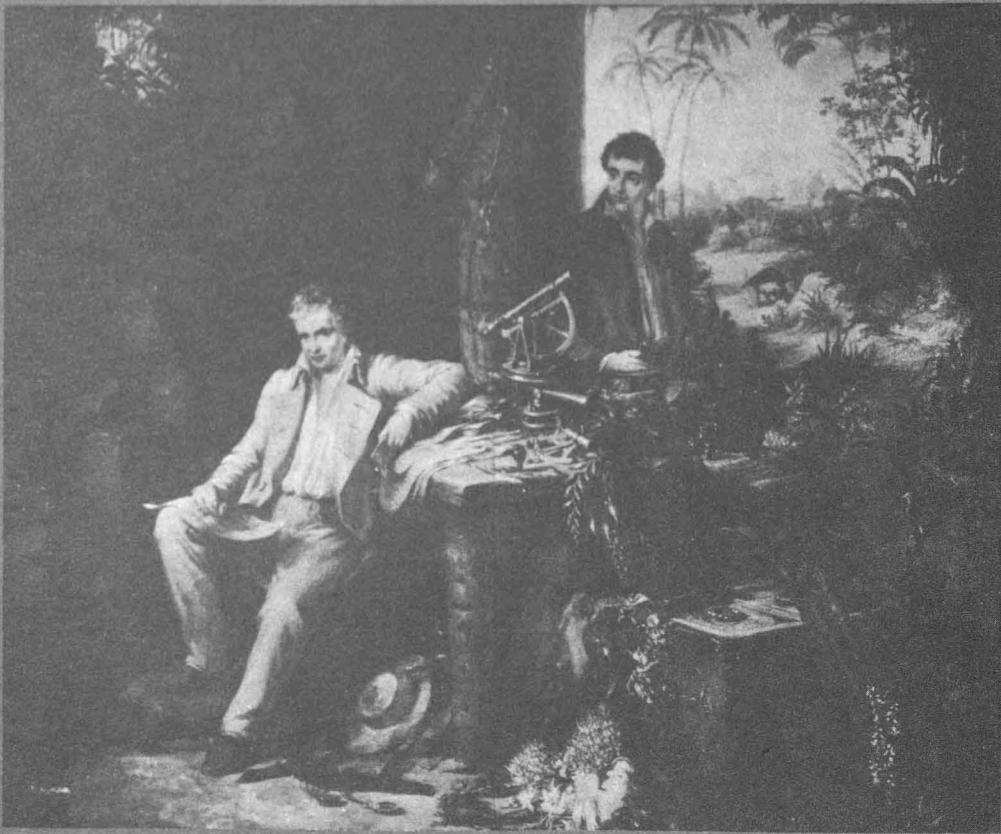
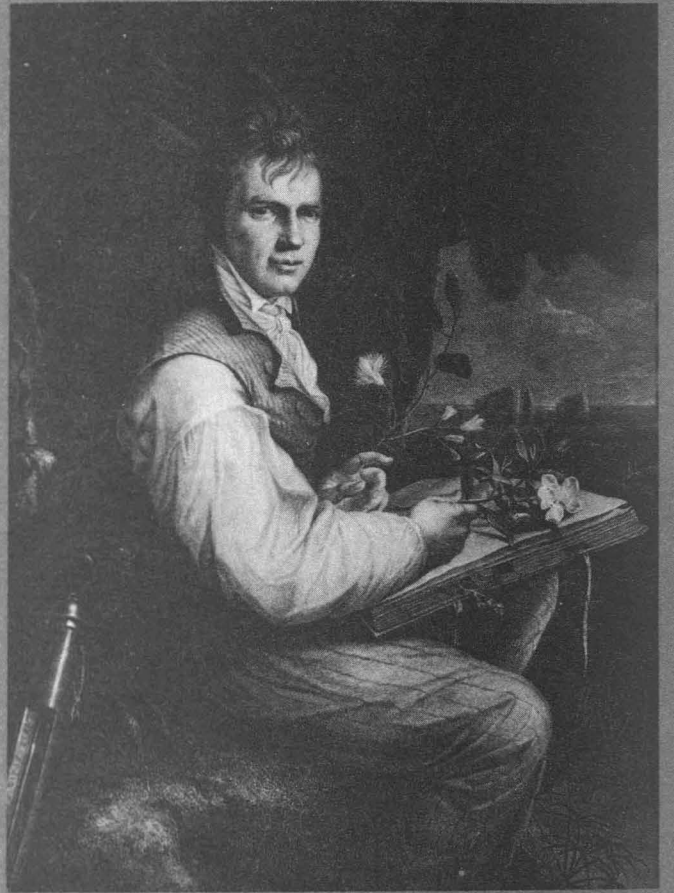
en las costas del Océano Atlántico, en las desembocaduras del Orinoco y el Amazonas. Sostiene por igual la elevada armadura de los Andes que las formaciones secundarias de los valles. El granito extremadamente cuarzoso, que contiene un poco de mica y gruesos cristales de feldespato, parece más antiguo en los Andes que el granito de pequeños granos que abunda en minúsculas tablas hexagonales de mica. . . Sobre el granito, la roca más antigua del globo, y alternando algunas veces con él, se encuentra el *gneuss* o granito hojaldrado. . .

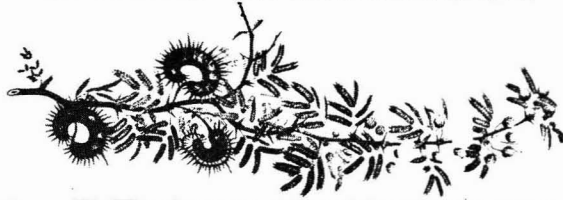
La identidad de estratificación que reina en la superficie de nuestro globo es aún más asombrosa cuando se comparan las formaciones secundarias de la América meridional con las del antiguo continente. La naturaleza, constante en su tipo, parece haber repetido los mismos fenómenos geológicos en los valles del Orinoco, en las costas del Mar del Sur, en Francia, en Polonia, y en los desiertos de Africa. . .

#### *Alturas tomadas en diferentes partes del globo*

Como todos los resultados físicos desarrollados a lo largo de esta obra están ligados a ideas de altitud, parece conveniente añadir un cierto número de medidas hechas en diferentes partes del planeta, para que sirvan de comparación a las realizadas en la Cordillera de los Andes. Las he reunido en un cuadro que abraza el antiguo y el nuevo continentes, y no pongo en duda que estas comparaciones harán nacer, en el espíritu de quienes se ocupan de los grandes fenómenos de la naturaleza, asociaciones en extremo curiosas.

El mismo dibujo indica las más grandes alturas a las que los hombres han llegado, desde el nivel del mar. Ahí se encontrará señalado el viaje de Saussure al Mont-Blanc, a cuatro mil setecientos cincuenta y seis metros (2 440 toesas); el de Bouguer y La Condamine al Corazón, a 4,814 metros (2,470 toesas); y el punto del Chimborazo al que pudimos llegar el 23 de junio de 1802, a 5,909 metros (3 032 toesas). Pero todas estas elevaciones parecen pequeñas aún cuando se considera la altura a la que llegó el señor Gay-Lussac, solo, en globo, por encima de París, el 16 de septiembre de 1804: se elevó a 7 016 metros (3 600 toesas); en consecuencia, más de seiscientos metros (308 toesas) por encima de la cúspide de la montaña más alta del globo. Este viaje, que ofrece un bello ejemplo de valentía y devoción a las ciencias, ha proporcionado datos importantes para la teoría del magnetismo y el conocimiento químico de la atmósfera.





## LAS APORTACIONES DE HUMBOLDT A LA ANTROPOLOGIA MEXICANA

Se ha reprochado a Humboldt el que, pese a su enorme cúmulo de conocimientos, no haya descubierto, como Newton o Darwin, una ley científica universal.<sup>1</sup> Pero este reproche olvida que Humboldt fue el primero en demostrar científicamente, merced a sus observaciones de geología y mineralogía, la unidad geológica del globo terrestre, manifiesta en que las mismas capas sedimentarias se encuentran tanto en el viejo como en el nuevo mundo;<sup>2</sup> que gracias a sus investigaciones de zoología y geografía, tanto física como humana, echó por tierra las afirmaciones de todos cuantos habían sostenido la "degeneración" o la "inmadurez" de América;<sup>3</sup> que fue el fundador de nuevas ramas científicas; que su viaje al nuevo continente (1799-1804), por sus resultados, ejerció una enorme influencia sobre la ciencia de su tiempo; que el viaje amplió de una manera notable la visión que entonces se tenía del mundo y que contribuyó a hacer avanzar las ciencias naturales y humanas en todos sus dominios. Pero este reproche olvida, por encima de todo, que al llevar hasta sus últimas consecuencias el método comparativo (en historia y antropología, en botánica y zoología, en geología y geografía, entre otras disciplinas), Humboldt rompió para siempre la antigua visión estática de la Naturaleza, y abrió las puertas para que las ciencias naturales pudieran acercarse a un objeto en desarrollo, a un mundo que evolucionaba, y que, por tanto, no era susceptible de ser tratado de una manera quieta.

Podemos, pues, afirmar que el viaje de Humboldt a tierras de América fue bastante más que un "segundo descubrimiento" del continente que Colón halló interpuesto en su camino al Asia. Lo mismo que el viaje del Gran Almirante, el de Humboldt fue el inicio de una serie mayor de resultados científicos. Humboldt, así, no "descubrió" de nueva cuenta, a un nivel superior, si se quiere expresarlo de este modo, a un nivel científico, el continente americano. Hizo eso, por supuesto, y más: sentó las bases de una valoración científica del planeta entero que habría de culminar, después de su viaje por tierras asiáticas, cuando el científico era algo más que septuagenario, en su *Cosmos*, que no por casualidad lleva el subtítulo de *Ensayo de una descripción física del mundo*. Al respecto, cabe recordar que esta idea de unidad o *cosmos* había nacido en el espíritu de Humboldt desde su viaje americano, y había encontrado ya expresión en el estudio comparado que se presenta en los *Cuadros de la naturaleza*, escritos el año de 1808.

El método de que Humboldt se vale, y el propósito que persigue, ha sido descrito en estas palabras: "la naturaleza, que forma un todo, debe ser comprendida y estudiada como un todo; esta noción, cara a Goethe y los enciclopedistas, determina de un modo riguroso la elección del método humboldtiano. Una sola regla prevalece: es necesario medir, pesar, calcular los fenómenos naturales; sólo mediante una multitud de observaciones y determinaciones es como Humboldt, fiel al empirismo razonado que

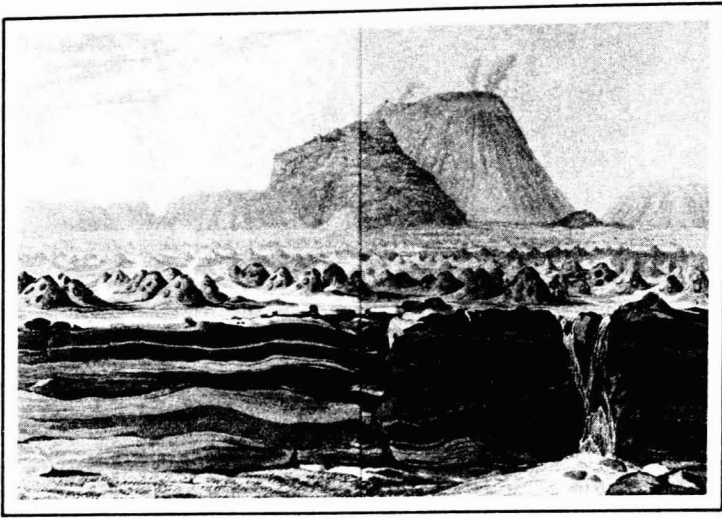
constantemente reivindica, va a estudiar los mil aspectos de la naturaleza americana. Esta es la razón por la que concede una enorme importancia a los instrumentos de medición que ha llevado consigo en su viaje".<sup>4</sup> Este mismo método, que revela, además, su cautela extrema, aplicará en el estudio de los problemas de historia y antropología que contempla en *Vues des cordillères*.

Ahora bien, ¿qué se propuso Humboldt en este libro, al que incluso llamó un *Atlas pintoresco*? Recoger materiales dispersos que no podían entrar, por su contenido, en libros especializados de zoología, botánica y observaciones astronómicas; que tampoco iban a ser tratados, al menos de esta manera sistemática, en la *Relation historique* del viaje; o que, por último, habían quedado fuera de los dos libros específicamente dedicados a Nueva España y la Isla de Cuba.<sup>5</sup>

Tal vez, Humboldt habría podido recoger algunos de los textos referentes a paisajes en sus *Tableaux de la nature*, esa hermosa obra de juventud. Al menos, la manera de tratar el asunto es, por entero, semejante en una y otra obra; se trata, como dice Humboldt en el prefacio a la primera edición de los *Tableaux*, de una "manera estética de tratar las ciencias naturales".<sup>6</sup>

En efecto, Humboldt es un científico; pero es también, y esto es particularmente visible en su juventud, un hombre sensible y apasionado, un artista. No sólo está preocupado por la veracidad de cuanto escribe, sino por la belleza de lo que le rodea. Es heredero del Renacimiento, pero también de los enciclopedistas; participa del movimiento romántico y gusta, como el joven Werther, de establecer una comunicación entre el paisaje y el espectador: "La impresión que en nosotros deja el espectáculo de la naturaleza es provocado en menor medida por la fisonomía particular del paisaje, que por la luz bajo la cual se destacan los montes y los campos, ya iluminados por el azul del cielo, ya oscurecidos por una nube flotante. De igual manera, la pintura de las escenas naturales nos impresiona con mayor o menor intensidad siempre que esté o no en armonía con las necesidades de nuestros sentimientos. Pues el mundo físico exterior se refleja, como en un espejo, sobre el mundo moral interior. El perfil de las montañas que se dibujan en el horizonte, como en una lejanía nebulosa, el tinte sombrío de los bosques de abetos, el torrente que se precipita tumultuosamente al través de abruptos peñascos, en fin, todo cuanto constituye el carácter de un paisaje, se anuda, por un antiguo lazo misterioso, a la vida sentimental del hombre."<sup>7</sup>

Este lazo, que a su modo de entender proporciona "los más nobles goces de la naturaleza", es el que le lleva a abordar el problema del paisaje bajo el doble aspecto científico y estético. "La descripción geográfica no debe limitarse a los estudios puramente geológicos, geognósticos, orográficos o tectónicos; sino que debe tener también en cuenta, y en primer lugar, el paisaje. Humboldt mismo emplea este método", señala con precisión



Minguet.<sup>8</sup> Por esto es que lo primero que le interesa es la *visión general* del paisaje, visión que debe englobar los diversos aspectos de situación geográfica, clima, suelo y, de igual modo que un pintor, *la luz*.

Así, entonces, las láminas de cordilleras que Humboldt incluye en su *Atlas* no son sólo “vistas pintorescas”, sino contribuciones científicas al estudio de la geología, la geografía, la botánica y la superficie del planeta. Por ejemplo, al describir los *Puentes naturales de Icononzo*, nos hará saber la altura sobre el nivel del mar a la que éstos se encuentran, la latitud y la longitud geográfica a que están situados, la constitución geológica de las montañas circundantes, las dimensiones de los arcos, la altura existente entre el lecho del río y la superficie de los mismos, la hipótesis de cómo se formaron, a más de la impresión que en su espíritu deja la contemplación de esta escena, a la que califica de majestuosa. Pero así como ha empleado un cronómetro de Berthoud para medir la altura del puente sobre las aguas torrenciales que corren bajo sus arcos, ha de emplear un sextante de Ramsden para medir los ángulos y las diferentes partes de los perfiles de una montaña. “Me ha parecido —establece—, que tiene un gran interés para la geología el poder comparar las formas de las montañas en las partes más alejadas del globo, del mismo modo como se comparan las formas de los vegetales bajo climas diversos. Muy poco material —añade—, se ha reunido todavía para este importante trabajo; sin el auxilio de instrumentos geodésicos por los que se midan aun los pequeños ángulos, es casi imposible determinar los contornos con la precisión debida.”<sup>9</sup> ¿Qué sentido tiene esta precisión? “Al repetir este trabajo de siglo en siglo, se podrían llegar a conocer los cambios accidentales que experimenta la superficie del globo.” Se trata, por tanto, de un *experimento*, de una cuidadosa observación científica, rigurosamente controlada. Por ello, nos indica siempre el lugar exacto desde el que los paisajes fueron tomados.

Pero, tan importante como lo anterior es el impacto que en el alma sensible del viajero dejan estos paisajes. Al comparar el Salto del Tequendama con las Cataratas del Niágara, nos dirá que “la impresión que las cascadas dejan en el alma del espectador depende del concurso de muchas circunstancias; es preciso que el volumen de agua que se precipita sea proporcionado a la altura de la caída, y que el paisaje posea un carácter romántico y salvaje”.<sup>10</sup>

En este sentido, pues, el barón alemán se inscribe por propio derecho dentro del círculo de los pintores que han sido considerados como los “descubridores” del paisaje mexicano y americano en general: antes que Rugendas, Gros, Egerton o Nebel, Humboldt dibujó, “en circunstancias con frecuencia penosas”, como él mismo lo dice, varios aspectos del paisaje mexicano y de América del Sur, y los dio a conocer en Europa, lo mismo en *Vistas de las cordilleras*, que en el *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*.<sup>11</sup>

La intención de Humboldt en cuanto a la reproducción de los dibujos que se refieren a los restos de monumentos precolombinos, como él los llama, es otra cosa, muy distinta. En primer término, no los considera en modo alguno bellos: su criterio estético está apoyado sobre los módulos del arte clásico o, en otro sentido, el neoclásico de su época. Gusta, así, de la estatua ecuestre de Carlos IV, obra de Tolsá; pero el Sagrario, de estilo barroco, le merece el calificativo, en él peyorativo, de “arte que vulgarmente llamamos gótico”. Se complace, como otrora el humanista Francisco Cervantes de Salazar,<sup>12</sup> en el trazo “a cordel” de las calles de la Ciudad de México, que coinciden con sus criterios urbanísticos abiertos, claros, modernos y, por ende, opuestos a los trazos de las ciudades medievales.

No vacila en calificar las figuras representadas en los códices, o las esculturas prehispánicas, de “monstruosas”, “desproporcionadas”, “carentes de belleza”, “escasos restos de arte o, mejor dicho, de la industria de los pueblos del nuevo continente”, obras que “denuncian la infancia del arte”, etcétera.

Pero, entonces, cabe preguntarse, ¿de dónde proviene el interés de Humboldt por dar a conocer estos monumentos? Ya hemos dicho que, a su entender, no es por la belleza de sus formas, si exceptuamos sólo dos ejemplos (un bajorrelieve que representa el triunfo de un guerrero, de evidente origen maya; y el Palacio de Mitla). Si no fueron, pues, ni la belleza ni el colorido de los códices lo que atrajo su atención, ¿qué fue? Humboldt es claro: se trata, para él, de monumentos que tienen importancia histórica; que sirven para mostrar, de una parte, los posibles vínculos que existieron entre los pueblos del viejo y el nuevo mundo, antes de la conquista, y, por otra, arrojan luz sobre el desarrollo del hombre hacia la civilización: “Cuando, en el curso de estas investigaciones, precisa Humboldt, empleo las expresiones *monumentos del nuevo mundo, progreso en las artes del dibujo, cultura intelectual*, no he deseado dar a entender con ello un estado de cosas que indique lo que, vagamente, se llama una civilización avanzada. Nada es más difícil que comparar naciones que han seguido caminos diferentes en su perfeccionamiento social. Los mexicanos y los peruanos no podrían ser juzgados según los principios extraídos de la historia de los pueblos a los que nuestros estudios nos acercan sin cesar”, es decir, los griegos y los romanos.<sup>13</sup> Todavía más: a su juicio, las obras de arte de griegos y romanos “excitan nuestra admiración” por “la armonía y la belleza de las formas” y “el genio con que fueron concebidas”, no así las producidas por aztecas o incas que, insiste, sólo tienen importancia histórica. En este mismo sentido, al señalar las dificultades con las que griegos y romanos obtenían el papel de papiro, y compararlas con la facilidad con la que los nahuas obtenían el papel de la *agave americana*, Humboldt lamenta la situación. Y en otro lugar, concluye: “Al echar una ojeada sobre esta informe





*del prof. Romo 1845*

*A. de Humboldt al ret. prim. del 1804*

*de Humboldt 1804*

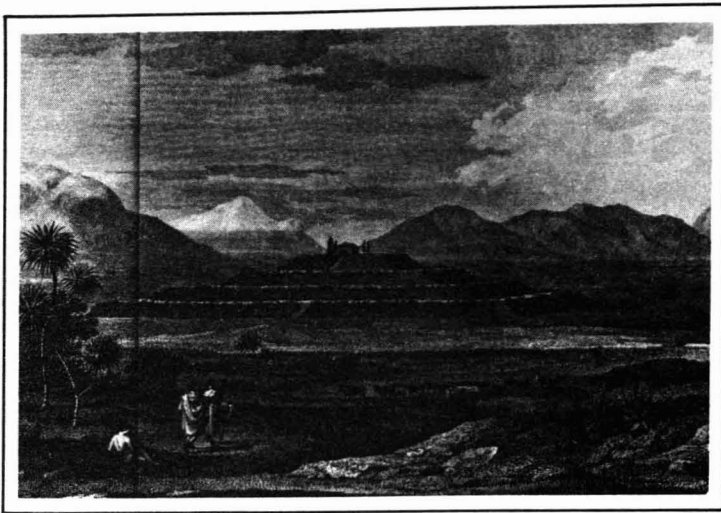
## *Pic d'Orizaba,*

escritura de los mexicanos, y la observación se presenta por sí misma, se deduce que las ciencias perderán bien poco si nunca se logra descifrar lo que un pueblo, poco avanzado en la civilización, ha consignado en sus libros.” Pero se cuida de añadir, líneas adelante, que “estas consideraciones, tan justas como puedan ser, no deben, sin embargo, a lo que pienso, hacer que se descuide el estudio de los caracteres simbólicos y sagrados. El conocimiento de estos caracteres está íntimamente ligado a la mitología, las costumbres y el genio individual de los pueblos; arroja luz sobre la historia de las antiguas migraciones de nuestra especie e interesa vivamente al filósofo, al presentarle, en los puntos más alejados de la tierra, en la marcha uniforme del lenguaje de los signos, una imagen del primer desarrollo de las facultades del hombre”.<sup>14</sup>

Así, pues, la intención resulta perfectamente clara: es una intención científica, filosófica, antropológica, etnográfica, arqueológica, histórica. Pero no artística. De esta suerte, Humboldt coincide, en cuanto a método de investigación, con la moderna arqueología, que no se cuida de la belleza de las piezas con que trata, sino de la impronta que en ellas ha dejado el trabajo humano: lo que interesa es descubrir, al través de estas manifestaciones groseras, bárbaras o como quiera llamárselas, al hombre, a la

sociedad que las produjo. Es necesario señalar, empero, que la posición de Humboldt también difiere en buena medida de la antropología y la arqueología modernas; para él, estos testimonios a los que da el nombre de bárbaros, son otros tantos hitos en el progreso ininterrumpido del hombre hacia la “civilización”, idea que comparte con el evolucionismo del siglo XVIII y la llamada “ilusión del progreso” del siglo XIX. Así, Humboldt encuentra que los pueblos americanos están situados en un determinado lugar dentro de la escala que va de los pueblos más primitivos a los más civilizados: su perspectiva es más amplia que la de la etnología actual y, por ello, Humboldt puede ser considerado, a no dudarlo, como el fundador científico de la antropología americana.

Para comprobar lo anterior, hay que analizar la obra de Humboldt comparándola con las obras anteriores, e incluso con las contemporáneas y aun las posteriores a la suya, para comprender de modo más cabal cuán por encima está de los que le precedieron, y las enormes aportaciones que, a nuestro entender, hizo en este campo. Dos en especial merecen ser destacadas. En primer término, Humboldt aporta una perspectiva distinta a las anteriores: son diferentes su objetivo y su método, pues utiliza un verdadero método científico en el estudio de las culturas precolombinas; en



segundo, para citar a un notable investigador de las antigüedades americanas, Paul Kirchhoff, Humboldt propone un modelo a seguir para comparar los casos en los que se presenta la posibilidad de una analogía entre las culturas del viejo y el nuevo mundo.<sup>15</sup> Concretamente, Humboldt realiza una aportación definitiva al estudio comparado de las altas culturas.

Si comparamos, pues, la obra de Humboldt en este terreno con la de sus predecesores, bien pronto advertimos una diferencia metódica notable. Con Ignacio Bernal, podemos afirmar “que no había mucha arqueología que Humboldt pudiera aprender de sus predecesores o contemporáneos”,<sup>16</sup> y concluir que, al leerlo comparativamente aun con algunos de los investigadores posteriores, como Dupaix (su viaje a Nueva España es de 1808) o Lord Kingsborough (el primer tomo de sus *Antiquities of Mexico* apareció en Londres en 1831), se tiene la impresión de entrar en una nueva atmósfera espiritual: la atmósfera del espíritu científico y romántico, unido en su persona, del siglo XIX. Humboldt, en este aspecto, no sólo es heredero de la mejor tradición humanista que arranca del Renacimiento, sino, aún más en concreto, de los enciclopedistas franceses: de Diderot, D’Alembert, Condorcet, Rousseau, lo mismo en cuanto a contenido que en cuanto a estilo literario. En Humboldt no encontramos otra preocupación que no sea la de comprender racionalmente (y en ciertos casos intuitivamente), el fenómeno que estudia. El mismo método de “empirismo razonado” que aplica a los fenómenos naturales, ha de aplicar a los fenómenos culturales, buscando, fundamentalmente, la cultura objetivada, plasmada, coagulada en obras. Intenta, primero, comprender el fenómeno en sí mismo, sin “agregados extraños”, pudiéramos decir, para luego compararlo con fenómenos que considera similares en el viejo mundo. Pero no siempre extrae de esta comparación la consecuencia de que se trata de un “préstamo cultural” hecho por el viejo mundo al nuevo. Humboldt es lo suficientemente cauto para no incurrir en error tan grosero. Su método no es “apriorístico” y no parte de un esquema previamente formulado por el que, pongamos por caso, se intentara demostrar que cuanto existe en el mundo precolombino ha debido venir del Asia, no. En este sentido, su posición no es difusionista, como sostiene Ignacio Bernal,<sup>17</sup> ni antidifusionista: se limita a mostrar las analogías, cuando las encuentra, y a evitar una falsa generalización o una conclusión apresurada; su actitud, y lo dice de modo expreso, está equidistante de quienes generalizan sin apoyo suficiente en los datos, y de quienes sólo ofrecen hechos, sin atreverse a elevar su espíritu por encima de las observaciones empíricas inmediatas.

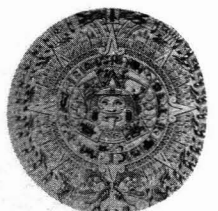
Para sostener sus afirmaciones, Humboldt analizará, de modo principal, las semejanzas existentes entre los zodiacos de los pueblos del antiguo continente (desde chinos, tártaros, hindúes y japoneses hasta egipcios y griegos), con aquellos prehispánicos que

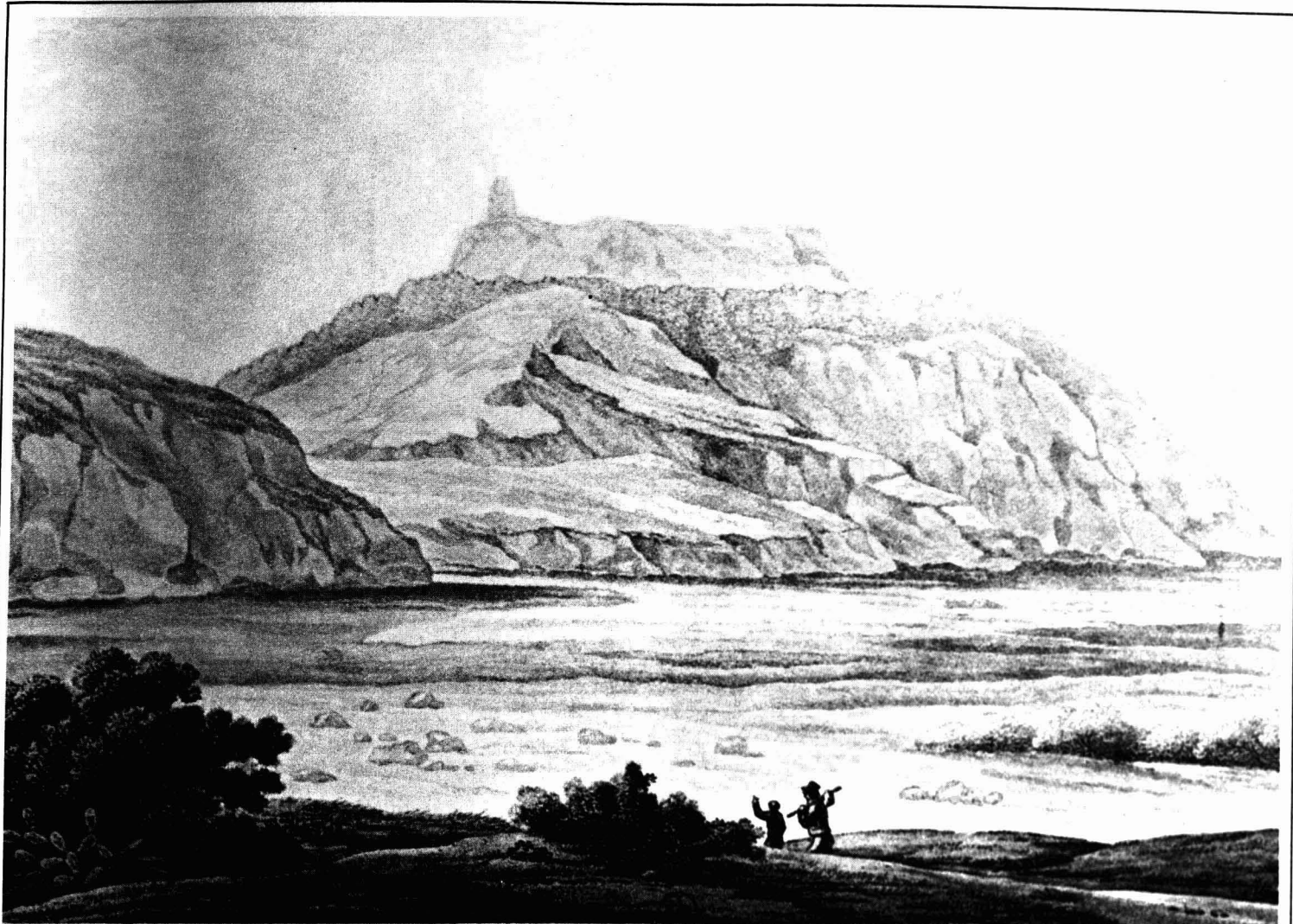
pudo conocer. Pero se cuida mucho de pronunciar juicios apresurados a este respecto: por ello, nos dice que, “en todos los pueblos de la tierra, las ideas supersticiosas toman la misma forma al comienzo y al fin de la civilización y es por causa de esta analogía que resulta difícil de distinguir aquello que ha sido comunicado por una nación a otra, de aquello que los hombres han extraído de una fuente interior”.<sup>18</sup> Todavía más, establece con precisión que “se puede concebir que pueblos que jamás hayan tenido relaciones entre sí, dividan de modo igual, en veintisiete o veintiocho partes, la eclíptica, y den a cada día lunar el nombre de las estrellas cerca de las cuales se encuentra colocada la luna, en su movimiento progresivo de oeste a este. También parece natural que pueblos cazadores y pastores designen esas constelaciones y esos días lunares por medio de los nombres que son el objeto constante de su devoción o sus temores. Así, el cielo de las hordas nómadas se encontrará poblado de perros, ciervos, toros y lobos, sin que de ello se deba concluir que estas hordas formaron, antaño, parte de un mismo grupo, pues es necesario no confundir los rasgos de semejanza puramente accidentales o nacidos de una identidad de situación, con aquellos que atestigüen un origen común o antiguas comunicaciones”.<sup>19</sup>

Pero, añade Humboldt, “los zodiacos tártaro y mexicano no encierran, tan sólo, los animales propios de las regiones que estos pueblos habitan en la actualidad, pues se encuentran en ellos tigres y monos. Estos dos animales son desconocidos en las mesetas del Asia central y oriental. . . Los tibetanos, los mongoles, los manchúes y los calmucos, en consecuencia, han recibido de un país meridional ese zodiaco que, de modo demasiado exclusivo, se llama ciclo tártaro’.

Y con respecto de los nahuas, dice en *Vues des cordillères* que “los monos y los tigres que figuran entre los jeroglíficos de los días y en la tradición mexicana de las *cuatro edades* o *destrucciones del sol*, no habitan en la parte septentrional de la Nueva España ni en las costas noroestes de América. Por consiguiente, los signos *ozomatli* y *océlotl* hacen sumamente probable la idea de que los zodiacos de toltecas, aztecas, mongoles, tibetanos, y tantos otros pueblos actualmente separados por vastas extensiones de tierra, se hayan originado en un mismo lugar del antiguo continente”.<sup>20</sup>

Por tanto, puede advertirse con meridiana claridad que el método comparativo ha permitido a Humboldt el acceso a un descubrimiento que tiene apoyo en hechos probables, no en conjeturas. Pues, en efecto, Humboldt no se satisface con encontrar la semejanza, busca también la diferencia específica; y no sólo eso: trata de demostrar en qué se basa esta semejanza, es decir, si es accidental o producto de condiciones similares de la existencia, o si, por el contrario, puede concluirse que se trata de un préstamo. Todavía más: si la semejanza existe, el científico alemán procura mostrar también las causas que hacen visibles las diferen-





*vue d'après une esquisse de M. de Humboldt par M. Schouw, à Paris*

*Copie de*

cias. Así, aun cuando pueda hablarse de una analogía de los zodiacos y los calendarios del antiguo y el nuevo mundo, también se advierten hondas y marcadas diferencias: Humboldt reconoce que la división del tiempo entre los nahuas no guarda relación con ninguna forma de división que podamos encontrar en Europa o Asia: “en lugar de los ciclos de sesenta años, de los años divididos en doce meses, y de los pequeños períodos de siete días, usados por los pueblos de Asia, entre los mexicanos encontramos ciclos de cincuenta y dos años, años de dieciocho meses, cada uno de veinte días, medias décadas y medias lunaciones de trece días. El sistema de las series periódicas, cuyos términos correspondientes sirven para designar las fechas de los días y los años, es el mismo en los dos continentes; una gran parte de los signos que componen las series en el calendario mexicano ha sido recibida del zodiaco de los pueblos del Tibet y la Tartaria; pero ni su número, ni el orden en el que se suceden, son los que observamos en Asia”.<sup>21</sup>

Así, pues, Humboldt encontrará que ciertos animales, semejantes en muchos casos, quedarán plasmados en la visión que del cielo tienen tanto los pueblos americanos como los de Asia y aun los de Europa; que el zodiaco que el mundo occidental ha heredado de los griegos tiene un origen más antiguo, probablemente asiático;

que, en sus inicios, los pueblos midieron el tiempo por el movimiento lunar y no por el solar; y que la evolución de estas ideas de astronomía vulgar o astrología está directamente relacionada con la situación específica que vive una determinada sociedad. En una conclusión verdaderamente luminosa, Humboldt establecerá que “los pueblos nómadas cuentan por lunaciones: ellos distinguen la luna de los conejos, la de los tigres, la de las cabras, etcétera, según que en diferentes épocas del año, los animales salvajes o domésticos les ofrezcan goces o les inspiren temores. Cuando, poco a poco, las medidas del tiempo devienen medidas del espacio, y los pueblos forman las dodecatemorias del zodiaco de las lunas llenas, los nombres de los animales salvajes y domésticos pasan a las constelaciones mismas. Es así como el zodiaco tártaro, que no encierra más que verdaderos zodia [animales], puede ser considerado como el zodiaco de los pueblos cazadores y pastores. El tigre, desconocido en Africa, le da un carácter exclusivamente asiático. Este animal no se vuelve a encontrar más en los zodiacos caldeo, egipcio o griego, en los que el tigre, el caballo, la liebre y el perro son reemplazados por el león de Africa, Tracia y Asia occidental, por la balanza [libra], los gemelos y, lo que es en extremo notable, por los símbolos de la



agricultura: el zodíaco egipcio es el zodíaco de un pueblo agrícola”<sup>22</sup>

Son, pues, las condiciones específicas de vida, la relación que la sociedad establece con la naturaleza al nivel del trabajo, la manera de transformar el medio que rodea al hombre, lo que origina, en su conciencia, una forma u otra de concebir el mundo. Véase que este precepto, no establecido empero de modo explícito por Humboldt, informa sin embargo su análisis de los zodíacos tártaro y egipcio. Y que fue gracias a este método comparativo como determinó que la forma de contar el tiempo (por medio de series periódicas), y el reflejo en el cielo de determinados animales que se plasman en constelaciones zodiacales, podría ser resultado, dadas las semejanzas existentes, de un préstamo cultural del viejo al nuevo mundo.

Humboldt inició, con máximo rigor científico, las investigaciones por las que se comparaban las antiguas altas culturas. Continuar sus huellas, precisar sus aportaciones, perfeccionar su método, aclarar y explicar sus posibles errores, debiera ser la tarea de las nuevas generaciones de estudiosos mexicanos que se acerquen al conocimiento de su obra.

#### Notas

1. Lo que aquí se presenta está apoyado en mi trabajo introductorio al libro de Alejandro de Humboldt, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1971.

2. A principios del siglo XIX, la geología moderna daba apenas sus primeros pasos. “No se sabía, escribe un investigador de la historia de la geología, si en toda la superficie del planeta se podrían encontrar rocas de una sola y misma calidad, y si éstas se presentarían en el mismo orden de capas sedimentarias. Fue durante su estancia en América que Humboldt obtuvo una idea clara de la estructura geológica de América del Sur. A partir de esta adquisición, Humboldt escribió, por 1823, el trabajo titulado *Essai géognostique sur le gisement des roches dans les deux hémisphères*. En esta obra, Humboldt demuestra que la estructura de la corteza terrestre es idéntica en los dos hemisferios y que está formada, con pocas diferencias, por rocas de una sola y misma calidad, que, en conjunto, forman las mismas capas sedimentarias” (D. I. Cherbakov, *Al. von Humboldt's Rolle bei der Entwicklung der geologischen Wissenschaft*, trabajo presentado a la Sociedad Alemana de Geografía, en Postdam, el 6 de mayo de 1959). Cabe aclarar que ya desde 1805, en su *Géographie des plantes; accompagnée d'un tableau physique des régions équinoxiales* (Levrault, Schoell et Cie., París, 1805), Humboldt expuso esta misma idea (pág. 115 y ss.).

3. Este problema ha sido minuciosa y extraordinariamente bien analizado por Antonello Gerbi, en *La disputa del nuevo mundo* (traducción de Antonio Alatorre, F.C.E., México, 1960). Antes que Humboldt, ello es verdad, multitud de autores, tanto europeos como americanos, respondieron a las tesis de De Buffon, De Pauw y otros; pero ninguno, a juicio nuestro, lo hizo con el método, la claridad y las pruebas de Humboldt. Por ello, Gerbi reconoce que, aunque compenetrado de los términos de la polémica, Humboldt permanece “al margen” de la misma, y que, en rigor, su posición es lógicamente posterior a la del propio Hegel (los juicios de éste parecen, a los ojos de Humboldt, grotescos por completo). Gerbi establece, con

precisión, a propósito de la fauna americana, la diferencia entre De Buffon y Humboldt: mientras para aquél el problema es de meridianos, ya que se trata de establecer las correspondencias entre los dos hemisferios, para éste es de paralelos y se refiere directamente al clima: por tanto, Humboldt, en su manera de proceder, hace uso de “una ley climática general, válida para todos los continentes, y que opera de modo uniforme desde los polos hasta el ecuador” (A. Gerbi, *op. cit.*, pág. 383). Humboldt es, por otra parte, suficientemente explícito: “Por tanto, si es verdad que en uno de los lados de nuestro planeta [acaba de comparar Africa con América del Sur, J. L.] el aire es más húmedo que en el otro, esta diferencia se explica por el examen del estado actual de las cosas. Para resolver el problema, el físico no tiene necesidad de recurrir a ficciones geológicas, y suponer que en el antiguo planeta, la destructiva lucha de los elementos se haya aquietado más pronto en el hemisferio oriental que en el occidental, o que América ha surgido al último del caos del diluvio, bajo la forma de un islote pantanoso, morada de serpientes y cocodrilos” (*Tableaux de la nature*, 3a. edición francesa, Librairie de Firmin Didot frères, París, 1850, Tomo I, pág. 23). En la nota 19, que acompaña este texto, Humboldt reproduce un escrito suyo de 1806 (*ibid.*, pág. 155 y ss.), y que dice: “Escritores justamente célebres han repetido con demasiada frecuencia que América es, en toda la acepción del término, un continente nuevo. Esa riqueza de vegetación, esa abundancia de grandes corrientes, esos volcanes enormes, fogones en actividad, anunciarían que ahí la tierra, sin cesar temblorosa y no seca por entero, se encuentra más cercana del periodo primordial, el estado caótico, que en el antiguo continente. Mucho tiempo antes de mi viaje, estas ideas me habían parecido tan poco filosóficas como contrarias a las leyes de la física generalmente reconocidas. Estas imágenes de sequedad y decrepitud progresivas de la tierra no pueden nacer sino en quienes se divierten en buscar contrastes entre los dos hemisferios, pero que no se esfuerzan por comprender en su conjunto el globo terráqueo. ¿Podría decirse que el sur de Italia es más moderno que el norte porque está casi de continuo agitado por temblores de tierra y erupciones volcánicas? . . . Por lo demás, la sucesión e identidad de las capas sedimentarias, lo mismo que las plantas y los animales fósiles que esas capas encierran, prueban que muchos de esos grandes depósitos se formaron al mismo tiempo, en todo el planeta.”

4. Charles Minguet, *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole (1799-1804)*, François Maspero, París, 1969, pág. 543.

5. *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle-Espagne*, Schoell, París, 1807-1811; *Essai politique sur l'île de Cuba*, Gide et fils, París, 1826 (en esta obra, en realidad, Humboldt reproduce la última parte del tercer volumen de la edición *in quarto* de su *Relation historique du voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, Smith et Gide fils, París, 1825, a más de la carta de la isla y un suplemento sobre la población de los diversos estados de las diferentes Américas: inglesa, española y portuguesa).

6. *Tableaux de la nature*, ed. cit., tomo I, pág. 2.

7. *Ibid.*, págs. 228-229. Es curioso hacer notar que en Humboldt se unían de modo indisoluble, las observaciones cuantitativas y las cualitativas: llevó consigo, a lo largo de su viaje, un *cyanómetro*, construido por Paul, en Ginebra, por medio del cual midió la intensidad del azul del cielo, comprobando cómo, a medida que la masa de aire al través de la cual los rayos solares llegan a nosotros es menor, el tinte azulado del cielo se hace más y más fuerte, hasta aproximarse al negro, cuando se está en el límite superior de la atmósfera (*Géographie des plantes*, ed. cit., pág. 102 y ss.). Razón y sensibilidad se encontraban en él, en equilibrio.

8. Charles Minguet, *op. cit.*, pág. 571. En *Géographie des plantes*, Humboldt establece, en 14 escalas, el conjunto de los fenómenos físicos que presentan las regiones equinocciales, desde el nivel del mar hasta la que él consideró, por aquella época en que aún no se habían descubierto ni el Ancohumá ni el Aconcagua, la cima más elevada de los Andes, o sea, el





Chimborazo: vegetación, animales, relaciones geológicas, cultivos, temperatura del aire, límite de las nieves perpetuas de acuerdo con la latitud, constitución química de la atmósfera, tensión eléctrica del aire, presión barométrica, decremento de la gravitación, intensidad del color azulado del aire, debilitamiento de la luz, refracciones horizontales y grado a que el agua se pone en ebullición a diferentes alturas. Pero estas escalas cuantitativas le sirven, fundamentalmente, para captar lo que él considera el carácter constitutivo de un paisaje, paisaje que intenta contemplar como totalidad. Por el énfasis que Humboldt pone en la explicación *cuantitativa* de todos los fenómenos, aun aquellos que la física anterior había considerado como imposibles de quedar sujetos a medida (por ejemplo: tanto Galileo como Descartes afirmaban que los colores eran "inexistentes", cosas "oscuras y confusas" que provenían de los sentidos —ver Jaime Labastida, *Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1969, capítulo VI), por ese énfasis en lo cuantitativo, sin demérito de lo cualitativo, el barón alemán puede ser considerado como un brillante continuador de la física moderna, que parte de Galileo.

9. *Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, Schoell, París, 1810-1813, Tomo I, explicación de la lámina IV.

10. *Ibid.*

11. Ver Manuel Romero de Terreros, "Los descubridores del paisaje mexicano", *Artes de México*, núm. 28, Vol. V, año VII (México, 1959) Romero de Terreros hace caso omiso de Humboldt en su análisis. Por su parte, Manuel Moreno Sánchez, en "Una teoría del paisaje mexicano", ha expuesto las ideas que, sobre el clima y el paisaje del altiplano de Nueva España poseía el barón alemán (*Revista Filosofía y Letras*, núms. 51-52, México, julio-diciembre de 1953). Esta idea ha sido desarrollada, con mucho acierto, por Juan A. Ortega y Medina, al relacionar "las descripciones poético-pictóricas de Humboldt y las obras pictóricas de la escuela paisajista

mexicana, especialmente las de la cabeza representativa y sin par de toda ella, José María Velasco"; añade Ortega: "se podría incluso admitir que los cuadros del Valle de México de José María Velasco vienen a ser como perfectas ilustraciones que no sólo recrean bellamente la naturaleza geológica, vegetal, animal, telúrica, en suma, de dicho paisaje-modelo, sino que realizan y verifican con hermosa precisión las ideas o *cuadros* descriptivos de Humboldt. La técnica científica, literario-poética de Humboldt, encuentra su más perfecta réplica en la técnica también científica, pictórico-poética del gran Velasco" (Juan A. Ortega y Medina: *Humboldt desde México*, México, UNAM, 1960, pág. 186). Como se sabe, Humboldt pensó originalmente incluir las *vistas pintorescas* de los volcanes Popocatepetl, Ixtaccihuatl y Citlaltépetl en *Vues des cordillères*; empero, con posterioridad juzgó conveniente unirlas al *Ensayo político* para que sirvieran de suplemento a la carta geográfica del Valle de México.

12. Ver Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*, tres diálogos latinos en traducción castellana de Joaquín García Icazbalceta. Antigua Librería de Andrade y Morales, México, 1875.

13. *Vues des cordillères*, ed. cit., Introducción.

14. *Ibid.*, Explicación de las láminas XLVI, XLVII y XLVIII, o sea, de las "pinturas jeroglíficas extraídas del manuscrito mexicano que se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena".

15. Los estudios de Humboldt recogidos en *Vues des cordillères*, al decir de Paul Kirchhoff, "contienen un planteamiento general del problema que nunca ha suscitado la discusión que amerita, y un verdadero programa de investigaciones que nunca ha sido realizado... los estudios de Humboldt y entre ellos en primer lugar su estudio sobre los calendarios del Viejo y el Nuevo Mundo, se basan en una metodología que estudios posteriores no han sabido superar o siquiera desarrollar". Más adelante, Kirchhoff precisa: "Humboldt no sólo hizo una aportación importante al problema de las supuestas influencias asiáticas en las altas culturas americanas que ya no permite ninguna duda acerca de la realidad de estas influencias, sino que nos dejó un modelo a seguir, para las investigaciones de otros casos en que se presenta la posibilidad de una transmisión del Viejo al Nuevo Mundo". La valoración final de Kirchhoff es definitiva: la aportación de Humboldt al estudio comparado de las civilizaciones arcaicas "es de una actualidad inquietante que representa un reto para el historiador, el etnólogo, el orientalista y todos los que se dedican a la investigación de los *disyecta membra* de este gran conjunto de datos y problemas que constituyen las antiguas civilizaciones del mundo" (Paul Kirchhoff, "La aportación de Humboldt al estudio de las antiguas civilizaciones americanas: un modelo y un programa", *Ensayos sobre Humboldt*, UNAM, México, 1962, págs. 92, 95 y 103). Cabe lamentar, empero, que Kirchhoff se apoye en la incompleta traducción que del *Atlas pintoresco* realizó Bernardo Giner el siglo pasado (*Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Librería de Gaspar, Madrid, 1878). Esta traducción es parcial y mutila el texto; el propio título ha sido alterado. Pero lo más grave es que, aparte de dejar de lado algunas de las memorias y suprimir las partes que creyó conveniente de otras, Giner alteró el orden de los capítulos y no reprodujo a color las láminas del *Atlas*.

16. Ignacio Bernal, "Humboldt y la arqueología mexicana", *Ensayos sobre Humboldt*, ed. cit., pág. 124.

17. *Op. cit.*, pág. 131.

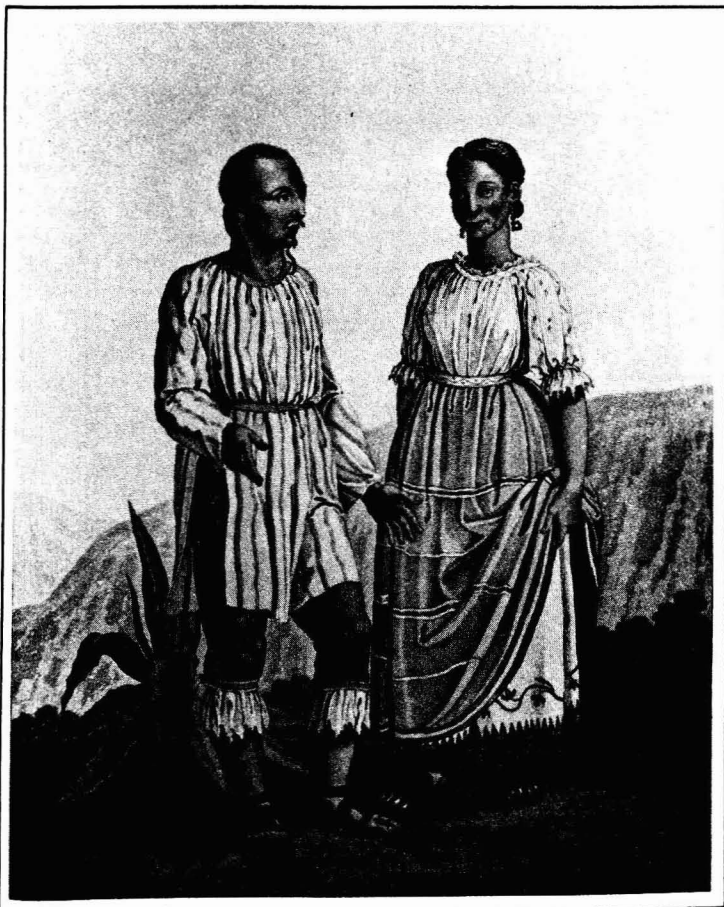
18. *Vues des cordillères*, ed. cit. Explicación de la lámina XXIII, "relieve de basalto en el que se representa el calendario mexicano".

19. *Ibid.*

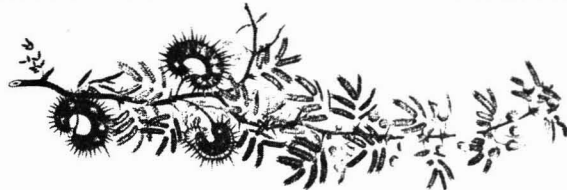
20. *Ibid.*

21. *Ibid.*

22. *Ibid.*, Explicación de la lámina XXIX, "Idolo azteca de pórfido basáltico, encontrado bajo el adoquinado de la gran plaza de México".







## HUMBOLDT Y EL MEXICO DEL INICIO DEL SIGLO XIX

No es nada fácil escribir acerca de Alejandro de Humboldt (1769-1859), el último hombre universal que heredó la mejor tradición del Renacimiento, logró dominar en distintos grados todas las ciencias naturales y sociales de fines del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX, en las que tienen sus raíces directas los conocimientos científicos de nuestros tiempos. Por estas y otras razones, apreciar con justicia sus aportaciones a la ciencia y a la cultura modernas escapa a las posibilidades de una sola persona.

La bibliografía completa de los escritos de Humboldt sobre antropología, astronomía, botánica, economía política, estadística, fisiología, geografía, geología, geofísica, meteorología, oceanografía y zoología, incluyendo breves comunicaciones publicadas entre 1794 y 1859 en las principales revistas científicas de toda Europa, excede fácilmente de quinientos títulos. Su correspondencia —en gran parte científica y nunca publicada en una sola obra— se estima en más de 35,000 cartas. Empero, para la mayoría de la gente culta de ambos hemisferios Alejandro de Humboldt es el autor de *Ensayo político sobre el reino de Nueva España* (1808-1811), del *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* (1814-1829) y del *Cosmos* (1844-1862), obras que suman un total de 18 volúmenes. Los mexicanos le recuerdan principalmente como el autor del *Ensayo político* cuya primera edición española completa apareció en París en 1822<sup>1</sup> y la sexta en México en 1966.

La literatura mexicana sobre Humboldt es más amplia y más completa que la de cualquier otro país latinoamericano visitado por el gran científico en su viaje por el Nuevo Continente, iniciado en las costas de Venezuela en julio de 1799 y terminado en La Habana en abril de 1804. De esta literatura destacan dos ediciones críticas del *Ensayo político* (la de Vito Alessio Robles y la de Juan A. Ortega y Medina) y varias monografías sobre las relaciones entre el sabio y México, como *Humboldt y México* de José Miranda y *Humboldt desde México* de Ortega y Medina. Todas ellas aparecieron en el último cuarto del siglo, marcando ya la quinta etapa del interés de México por el ilustre visitante de Nueva España en vísperas de la Independencia.

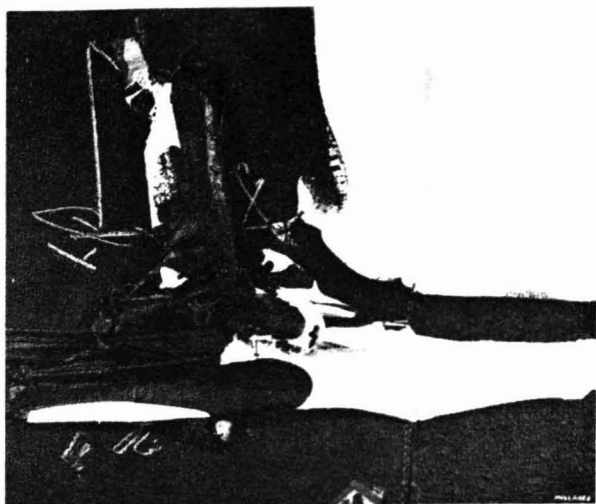
La primera etapa corresponde a su estancia en México en 1803-1804; la segunda cubre el decenio de 1820 coincidiendo con la divulgación del *Ensayo político* por todas partes del mundo y la apertura del México independiente hacia la Europa no hispana; la tercera, viene con la Reforma y el resurgimiento de la vida intelectual en el país después de casi cinco décadas de desastres internos y externos; la cuarta se inicia curiosamente a fines del porfiriato, en tiempos de los "científicos"; la última coincide con la aceleración del desarrollo cultural de México, iniciada a comienzos de los cuarenta.

A pesar de estas olas intermitentes de interés por Humboldt,

que han ampliado nuestros conocimientos en cuanto a su impacto sobre las *élites* intelectuales mexicanas, queda todavía mucho por estudiar. La tarea es muy ardua, debido a muchos factores. Primero, se trata de un hombre universal, de un genio polifacético que dejó su huella en todos los conocimientos científicos del siglo XIX. Consecuentemente, para estudiar a Humboldt a fondo se necesita tener acceso al abrumador acervo de las fuentes históricas y científicas de la época. En vista de que este acervo sencillamente no existe en México, un estudioso de Humboldt tendría que trabajar en las grandes bibliotecas y archivos de Estados Unidos y Europa. Segundo, en el pasado nuestros autores han tratado de establecer una división artificial entre el Humboldt "mexicano" y el Humboldt universal que introduce elementos poco científicos en la apreciación de sus aportaciones. Tercero, a pesar de los centenares de trabajos escritos por investigadores de nacionalidades diversas en distintas épocas, el análisis del Humboldt universal no ha sido siquiera terminado. Para que esta tarea gigantesca termine de manera satisfactoria, se necesita contar con la recolección de sus innumerables obras menores y con la publicación de su correspondencia completa, esparcida por el mundo entero y que fácilmente llenaría veinte o más grandes volúmenes. Cuarto, suponiendo que se pudiera sostener la división entre el Humboldt universal y el "mexicano", habría que acudir tanto a la copiosa literatura política y científica del México de todo el siglo XIX, como a los escritos científicos del sabio, distintos del *Ensayo político* y llenos de referencias a nuestro país. Además, habría que tener acceso a los nueve volúmenes inéditos de las notas de viaje por el Nuevo Continente, escritos con puño y letra de Humboldt que se encuentran en la Staatsbibliothek en Berlín Oriental. Dos de estos volúmenes (el octavo y el noveno) contienen notas y datos científicos sobre la estancia de Humboldt en Nueva España.<sup>2</sup>

Se acepta casi como un axioma que Humboldt ha ejercido un gran impacto intelectual sobre las *élites* políticas y científicas del México del fin de la colonia y del México independiente. No obstante, por la escasez de estudios sobre la historia socioeconómica y, especialmente, sobre la científica del país a lo largo de este complicado periodo, la magnitud de esta influencia aún no ha sido apreciada de manera cabal. Al parecer, la repercusión que tuvo la obra de Humboldt en el México del siglo pasado, fue mucho mayor que la que suele deducirse de la lectura de escritos de intelectuales mexicanos como fray Servando Teresa de Mier, Tadeo Ortiz de Ayala, Lorenzo de Zavala y Lucas Alamán. Fue también considerablemente mayor de lo que podría revelar el relativamente escaso volumen de las obras de Humboldt publicadas en México en la primera mitad del siglo pasado.

Hasta la aparición, entre 1850 y 1860, de la nueva generación de intelectuales mexicanos, nacidos después de la Independencia, Humboldt fue la fuente principal de información sobre su propio



país, para las élites que de una manera u otra recordaban el pasado colonial. Es fácil comprobar tal aseveración mediante la lectura de los periódicos, revistas literarias y científicas y miles de folletos que aparecieron en el país entre 1821 y 1860, cuyo contenido ofrece un cuadro mucho más amplio y completo de la vida política, social y cultural del México de aquel entonces que el que proporcionan las pocas obras de grandes pensadores mexicanos de esa época. Hasta la primera edición mexicana del *Ensayo político*, que data de 1869, Humboldt fue leído en México, tanto en las ediciones castellanas publicadas en Europa entre 1822 y 1836 como en otros idiomas, principalmente en francés. De hecho, durante la mayor parte del siglo pasado, es difícil encontrar algún otro extranjero que tuviera influencia intelectual semejante a la de Humboldt. La extensión de esta influencia se debe sólo en parte al *Ensayo político*, la esencia de lo que se considera como el Humboldt "mexicano". Se debe en gran medida al Humboldt universal, al científico completo que además de incorporar en su obra sobre el Nuevo Continente (unos treinta grandes volúmenes) conocimientos directos de su visita a Nueva España en 1803-04, siguió de cerca —a través de amistades mexicanas y de sus contactos con el resto de la América antes española— los acontecimientos en México durante el cuarto de siglo posterior a su famoso viaje. De hecho la correspondencia de Humboldt con sus amigos mexicanos termina por el año de 1829, fecha de su expedición al Asia central y de la aparición de los tomos finales de sus 30 volúmenes sobre el viaje al Nuevo Continente.

Respecto a la enorme influencia de Humboldt sobre los políticos y los científicos mexicanos del primer medio siglo de la Independencia, basta señalar casi al azar dos ejemplos correspondientes a un momento particularmente crítico y doloroso para México: el año 1846, tan lejano, tanto de los viajes de Humboldt por el desaparecido virreinato como de los tiempos de la cúspide del éxito mundial del *Ensayo político* alrededor de 1825. En julio de 1846, en vísperas de la ocupación norteamericana de Monterrey, del ataque a Nuevo México y a California, el general Mariano Paredes y Arrillaga, presidente interino de la República, emitió un manifiesto a la nación dedicado a aducir los cargos detallados contra la invasión norteamericana. El manifiesto señalaba como uno de los testigos de la invasión al "célebre y acreditado viajero geográficas de Nueva España, impresa en París, en 1811, que fijaba las fronteras entre Nueva España y Estados Unidos y, concretamente, las fronteras de Texas al final de la Colonia.<sup>3</sup>

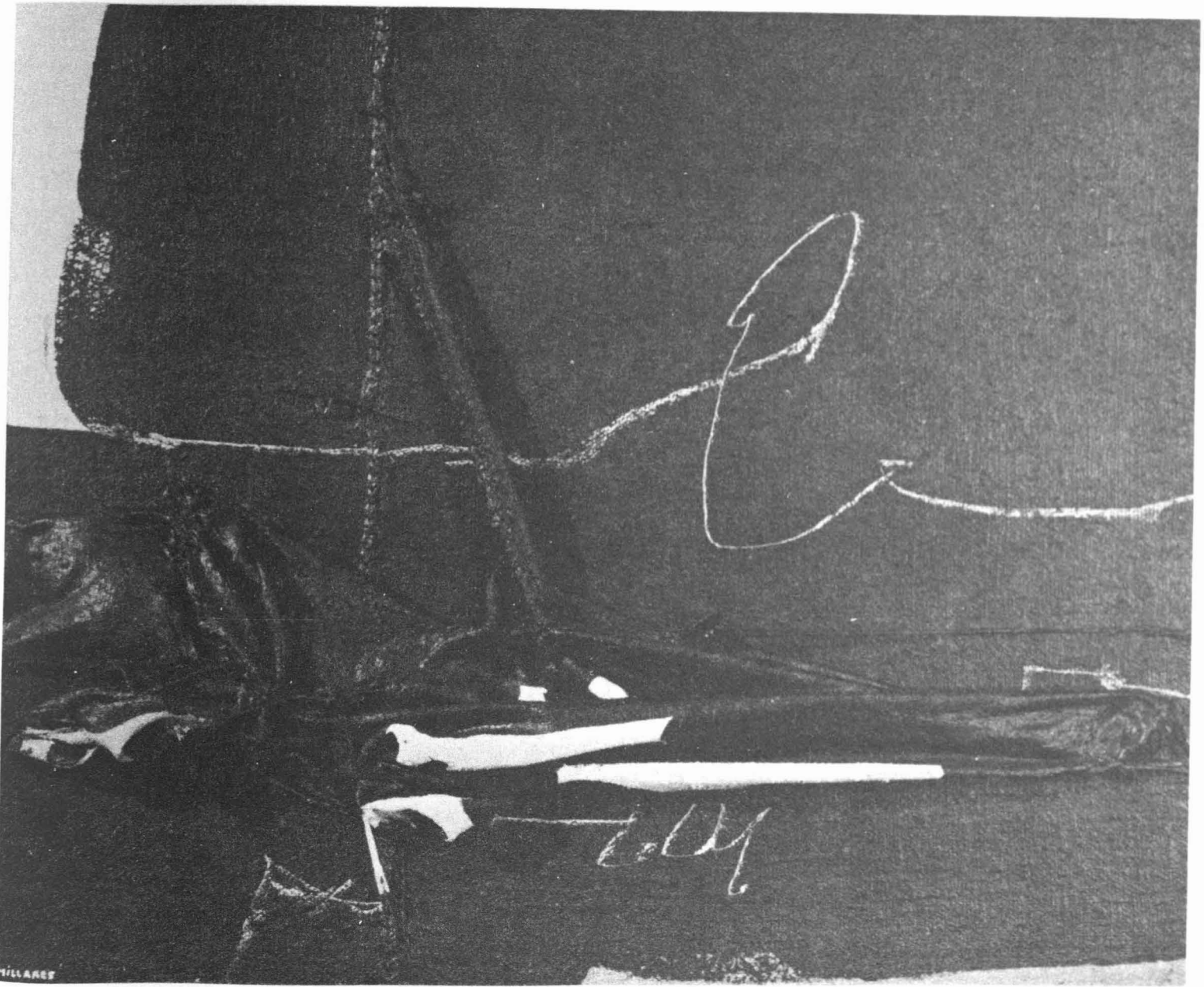
En segundo lugar, debe recordarse que más o menos a mediados del mismo año de 1846, se daba cima en la capital a una de las más importantes hazañas editoriales mexicanas de la primera mitad del siglo pasado: a la publicación en castellano, por Ignacio Cumplido, de la *Historia de la conquista de México* escrita unos

años antes por William H. Prescott. Se agregaba un volumen elaborado por el director del Museo Nacional, Isidro R. Gondra, con el fin de ampliar el cuadro histórico que estaba en gran parte basado en la obra de Humboldt *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique* publicada en París en 1810.<sup>4</sup> Aunque en aquella época esta obra no existía en castellano, circulaba al parecer con bastante amplitud entre los estudiosos mexicanos de la historia antigua del país. Estos dos ejemplos, nunca mencionados por los humboldtistas mexicanos, ponen de relieve que la evaluación de la importancia de las obras de Humboldt para el México del siglo XIX está todavía por elaborarse.

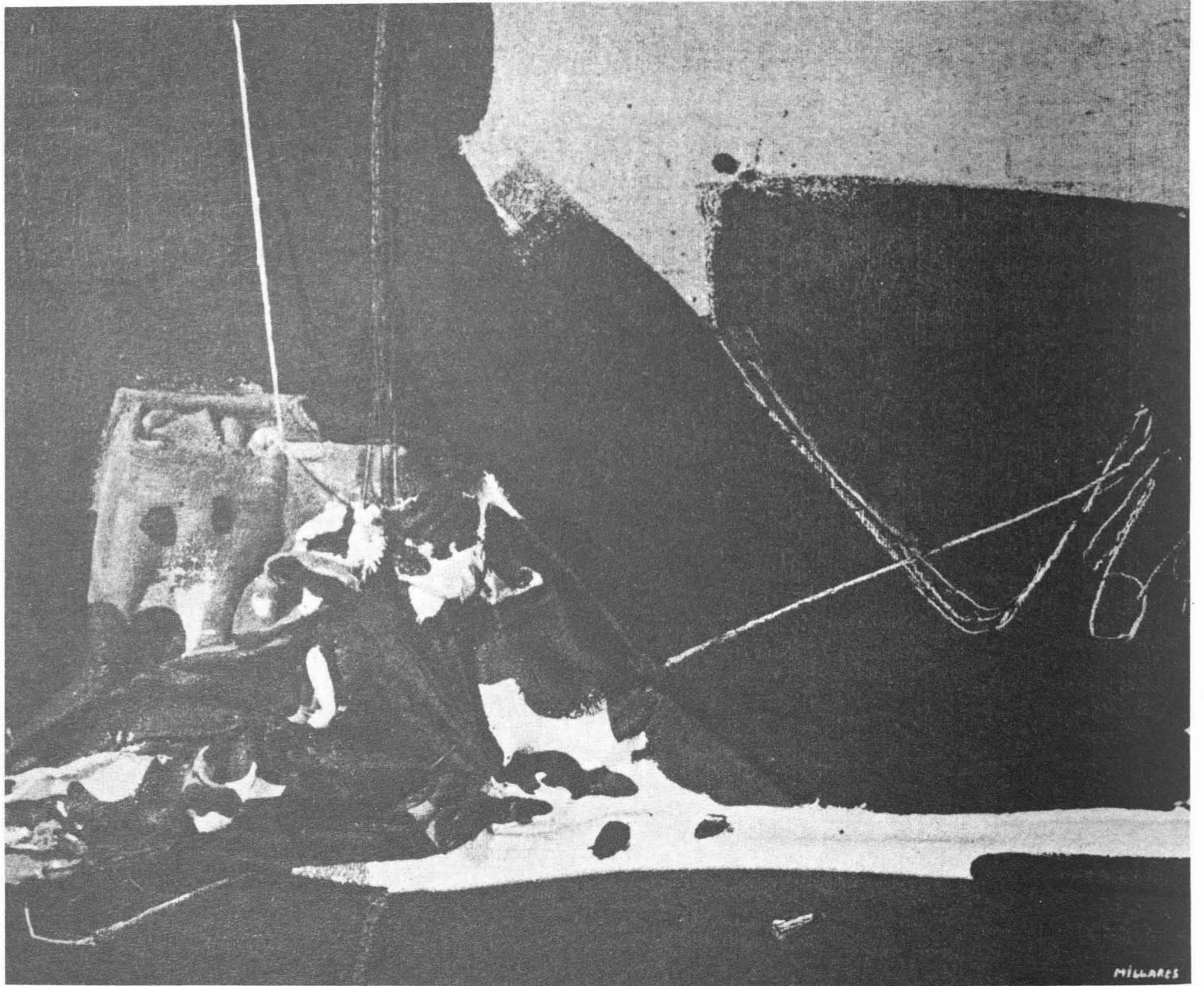
Esta tarea tendrá que empezar por un estudio de las *Tablas geográfico-políticas sobre el reino de Nueva España*, redactadas en español por Humboldt a fines de 1803 y presentadas al virrey Iturrigaray en enero de 1804, semanas antes de la salida del autor hacia el puerto de Veracruz, y de los inéditos diarios del mismo viaje.

Se ha escrito muy poco acerca de las *Tablas* en la literatura mexicana sobre Humboldt. Notando lo lacónico de la respuesta de Iturrigaray a este envío, al parecer se llegó precipitadamente a la conclusión de que al haber sido archivado como tantos otros que el virrey recibía de distintas procedencias el documento no tuvo influencia alguna en sus tiempos. Existen, sin embargo, indicios en el sentido contrario. Las *Tablas geográficas políticas* fueron leídas tanto en México como en el extranjero durante una década después de su presentación al virrey.<sup>5</sup> De hecho, hay razones para suponer que Humboldt las dejó en México no tanto en señal de agradecimiento a las autoridades coloniales sino considerándolas algo así como una memoria científica dirigida a los intelectuales novohispanos que con tanto empeño le habían ayudado en la recolección de los datos sobre la economía y la sociedad del país antes dispersos en los archivos del virreinato o y en poder de los particulares. Además, no faltan tampoco elementos para creer que copias de las *Tablas* circularon en Washington y en la Corte de Madrid, donde fueron enviadas por su autor. En lo que respecta a Madrid lo indica así la correspondencia cruzada entre Humboldt y sus amigos europeos entre 1806 y 1808, durante la redacción del *Ensayo político*, y el prefacio a la primera edición francesa del mismo. La rápida aparición del *Ensayo* fue resultado, entre otras cosas, de la preocupación de su autor porque alguien, en alguna parte del mundo, cometiera un acto de piratería intelectual tan común en aquellos tiempos, publicando las *Tablas* sin permiso de Humboldt.

La importancia contemporánea de las *Tablas*, elaboradas apenas unos cuantos años antes de la deposición de Iturrigaray por los colonialistas de la línea dura en 1808, y antes de la explosión popular de 1810, se derivó tanto de su contenido estadístico como



Manolo Millares:  
Siete obras de la serie *Humboldt en el Orinoco*



MILLARS



de sus observaciones político-sociales. El solo título del memorandum enviado al virrey Iturrigaray comprueba que no se trataba de un compendio estadístico puro, como suele creerse, sino de un documento político. Incluso la carta de Humboldt al virrey, que acompañaba a las *Tablas*, contenía matices políticos, y en ella subrayaba el ilustre visitante de Nueva España que la población del país era mayor que la estimada por “varios escritores enemigos de la nación y del gobierno español”. ¿Por qué, al virrey o cualquier otro lector de *Tablas* tendría que preocupar tanto la cantidad de la población? La respuesta es sencilla. Cualquier político de los tiempos del joven Humboldt y del viejo Iturrigaray, que acababa de llegar de Madrid a la ciudad de México dos meses antes del arribo de Humboldt a Acapulco, estaba consciente, en 1803-04, de que los poderosos enemigos del imperio español tenían puestos sus ojos sobre la posesión colonial más codiciada en todas las Indias: el virreinato de Nueva España.

Sin embargo, en tanto que a las autoridades coloniales del país interesaba el estado de la defensa y el tamaño de la población, los intelectuales novohispanos se sentían acuciados por otro tipo de información sobre el país. Los que, directa o indirectamente, habrían de apoyar unos años después a la insurrección de 1810 tenían interés en conocer las opiniones del famoso visitante sobre el estado social y político del país; otros que iban a participar en las Cortes de Cádiz de 1810-1814 estudiaban los datos político-económicos.<sup>6</sup> Como toda esta información fue sintetizada convenientemente en las *Tablas*, es imposible creer que —como suele sostenerse— el opúsculo haya quedado olvidado en el archivo virreinal y que, por tanto, la influencia de Humboldt sobre el pensamiento mexicano date desde que los ejemplares de la edición original francesa del *Ensayo político* cayeron en manos de viajeros mexicanos a Europa en la segunda década del siglo.

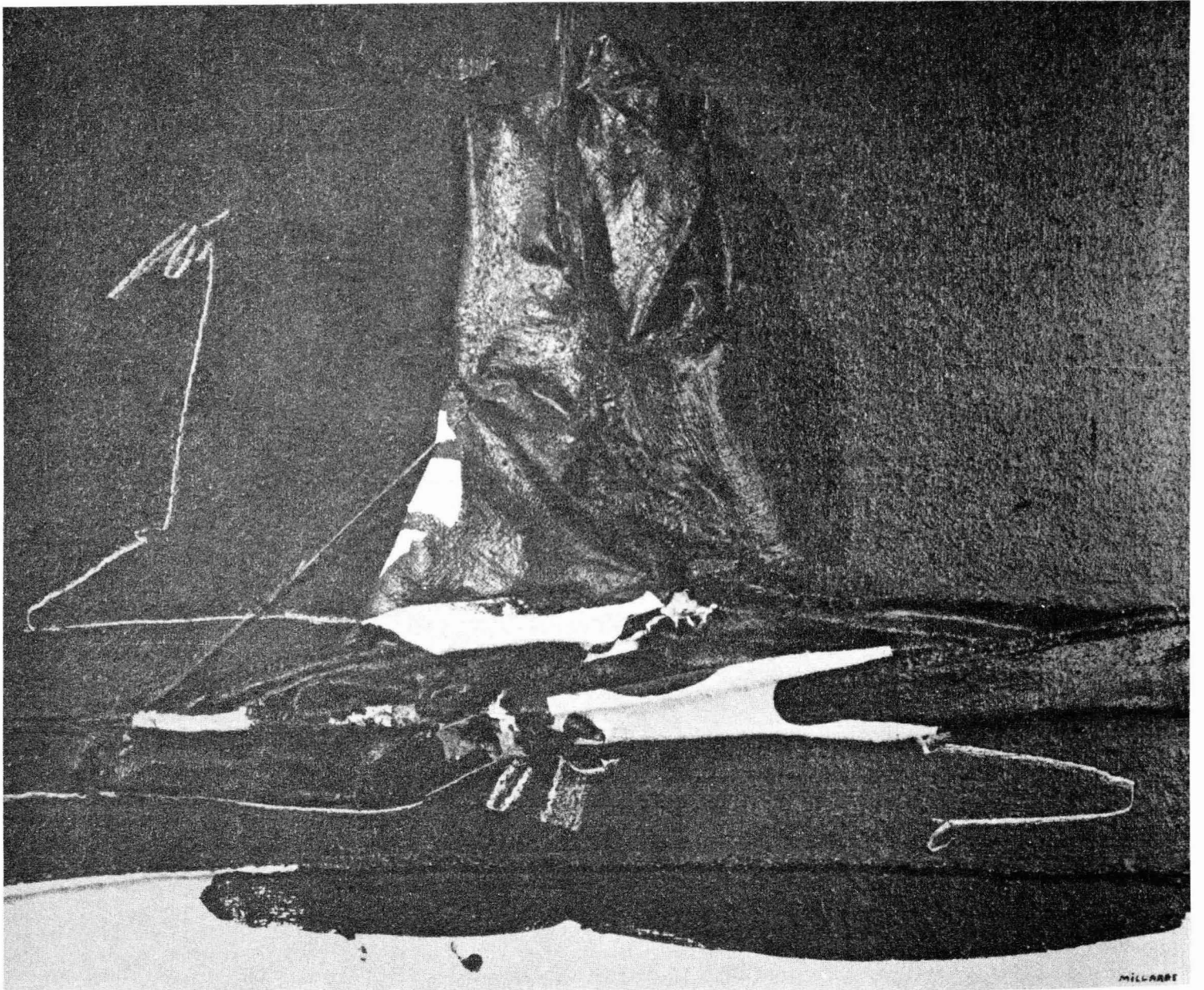
La influencia de Humboldt sobre México, iniciada con su llegada al país, se vio fortalecida por la redacción de las *Tablas*. De hecho, en la primavera de 1807, uno de los primeros y más claros críticos del régimen colonial y, después, uno de los insurgentes, Carlos María Bustamante, hizo un intento de publicarlas en su *Diario de México*. La iniciativa editorial de Bustamante tuvo su origen en las noticias procedentes de París según las cuales el barón de Humboldt y su compañero Aimé Bonpland iban a incluir en su relato del viaje al Nuevo Continente un atlas geográfico “con la carta del Reino de Nueva España a la que se acompañará la estadística del país, con muchas observaciones sobre la influencia del clima por lo respectivo a la organización en general, sobre el antiguo cultivo de estas regiones, con noticia muy por menor de la dirección de las minas”. Con la noticia recibida por Bustamante —con toda probabilidad por iniciativa de Humboldt mismo— y publicada en *Diario de México* del 21 de abril de 1807 ofrecía al público sus obras en alemán, francés e inglés, Bustamante prome-

tió, mientras tanto, a sus lectores “las noticias estadísticas, de que tenemos una copia bastante exacta”.

Es factible reconstruir las razones del fracaso de la iniciativa de Bustamante. En mayo de 1807 aparecieron en *Diario de México* —en diez breves entregas— partes de las *Tablas* relativas a la superficie y población de Nueva España. Empero, su publicación fue interrumpida quizá por la intervención directa del virrey quien censuraba el periódico personalmente y pudo haber considerado inconveniente la aparición de las partes restantes, en vista de que contenían algunos datos reservados y otros eran, por lo menos, políticamente controvertibles. Al parecer, Bustamante persistió en su intento de sacar a la luz pública el documento en su totalidad, anunciando en *Diario de México* de 10 de junio de 1807 la apertura de la suscripción para un “precioso cuaderno de las *Tablas* de Humboldt” que “merece la atención de los eruditos”. El cuaderno no apareció nunca. Mientras avanzaba el año de 1807 las autoridades de la Colonia reforzaban las medidas de seguridad externa e interna en la expectativa de un ataque militar directo por parte de los ingleses, y el virrey, acusado de liberal por sus enemigos, fortaleció la censura de prensa. Así, la primera edición de las *Tablas* intentada por Bustamante fue víctima de las circunstancias políticas y no de falta de interés por ellas.

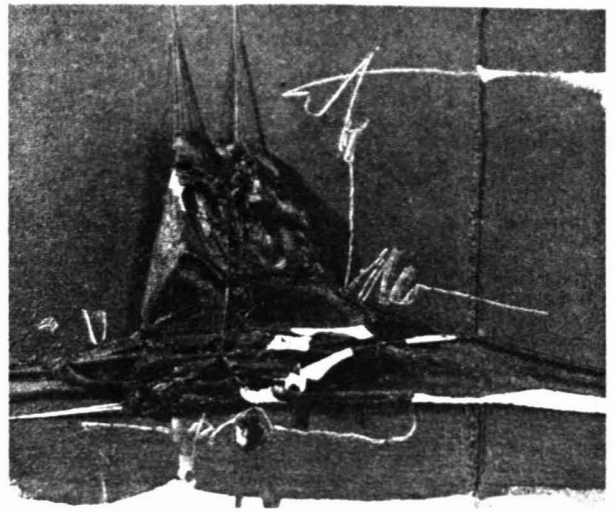
A pesar de esto, es difícil creer que Bustamante haya sido el único que dispusiera de una copia de las *Tablas* en México. Seguramente circularon otras, tanto entre los futuros insurgentes como entre los liberales de la administración colonial misma. Fernando Navarro y Noriega, autor de una *Memoria sobre la población del Reino de Nueva España*, preparada originalmente en 1814 para la Diputación Provincial de México a las Cortes de Cádiz, menciona “la estadística de Nueva España hasta el 3 de enero de 1804 en que el barón von Humboldt presentó al virrey D. José de Iturrigaray las primeras nociones de esta especie relativas a este reino, fruto apreciable de las luces y observaciones de aquel sabio viajero”. José María Quiroz en su *Memoria del Real Consulado de Veracruz*, publicada en 1817, cita en varias ocasiones “las noticias que recopiló el barón de Humboldt en su estadística de Nueva España”. En síntesis, aunque no fueran publicadas sino hasta después de la Independencia, las *Tablas geográficas políticas* circularon al parecer ampliamente en el México de la última década de la Colonia, sirviendo de estímulo intelectual para los economistas y los pensadores políticos de los años inmediatamente anteriores a la Independencia.

El interés novohispano en las *Tablas* fue alimentado por las noticias procedentes de Europa sobre el gran éxito editorial del *Ensayo político* desde el momento de la aparición de su primer volumen en francés en 1808, en alemán en 1809 y en inglés en 1810, todos ellos con anterioridad a la insurrección de Hidalgo. Aunque es imposible definir con detalle en qué fecha llegaron a la



MILLARD





Nueva España las primeras ediciones del *Ensayo político* mismo, no parece correcta la tesis de que su influencia en México tardara en hacerse sentir hasta la aparición de la edición española en París en 1822 particularmente si tomamos en cuenta la publicación de una versión abreviada en Madrid en 1818. Como el resto de las élites españolas y criollas de las colonias, los novohispanos que andaban por Europa en misiones oficiosas del gobierno colonial, los participantes en las Cortes de Cádiz y los emisarios secretos del movimiento insurgente conocían en su gran mayoría el francés. Vista la importancia del tema tratado y la popularidad mundial de la obra, los primeros ejemplares de su edición francesa de 1808-1811 y de la edición abreviada madrileña de 1818 tuvieron que llegar a México antes de la independencia. De hecho, en 1820 Ontiveros publicó en la ciudad de México un pequeño folleto intitulado *Población de Nueva España por el barón de Humboldt*, identificando el editor su fuente de manera explícita como “el capítulo 4 del *Ensayo político sobre la Nueva España*, que publicó Humboldt el año de 1811”. Si hasta la Independencia no se publicaron en México las *Tablas geográficas políticas* o más extractos del *Ensayo político* mismo, esto difícilmente pudo haberse debido a falta de interés en los escritos de Humboldt. Fue más bien el resultado de la censura del fin de la Colonia que con razón consideraba estas obras subversivas.

Esta hipótesis se ve comprobada en el hecho de que en menos de un año, después de la declaración de la Independencia, las *Tablas geográficas políticas* vieron finalmente la luz pública, formando un folleto de más de 40 páginas en octavo, impreso también por Ontiveros en 1822. Pero ni esta vez las *Tablas* aparecieron en su versión completa, lo cual indica que alguna gente poderosa del breve Imperio de Iturbide seguía considerando políticamente peligroso el texto fiel del opúsculo. La versión de Ontiveros, reproducida dos veces más —en 1869 en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* y en 1886 en el periódico *La voz de México*, cuyo subtítulo *Diario político, religioso, científico y literario* indica claramente su tendencia— comprendía no tan sólo graves errores, sino que prescindía, sin advertencia alguna, de alrededor de una cuarta parte del texto: se notan cortes particularmente significativos en el original de los capítulos finales de las *Tablas* que trataban de los problemas de orden económico y social.<sup>7</sup>

La edición de Ontiveros —cabe añadir— coincidió con la extensión entre las élites criollas del México independiente, del interés en la estadística económica, acompañado por la clara aversión de la mayoría de los gobernantes hacia las reformas económicas y sociales. El folleto de Ontiveros llegó a manos del público muy poco después de la expedición de los dos primeros decretos sobre la recopilación de la estadística —el primero expedido por la Soberana Junta Provisional Gubernativa del Imperio del 28 de

diciembre de 1821, que pedía que para “preparar las operaciones del futuro congreso... se vayan adelantando los trabajos sobre estadística y división del terreno y partidos” por juntas provinciales y ayuntamientos; y el segundo, expedido por el Primer Congreso Constituyente, de 30 de marzo de 1822, que instaba a “que se forme la estadística general del imperio” y que para este fin “se analice a la brevedad posible los planes del Conde de Revillagigedo que corrieron con general aplauso y podrán existir en la Secretaría del gobierno”. La publicación de las *Tablas* siguió también a la elaboración por Tadeo Ortiz de Ayala del *Resumen de la Estadística del Imperio Mexicano* terminado en octubre de 1821. En la advertencia a los lectores Ortiz declaraba con franqueza encomiable que “para formar este resumen, no solamente se han tomado ideas de la estadística del barón de Humboldt sino que se han adoptado pensamientos enteros”. En suma, el contenido de las *Tablas geográficas políticas*, reforzadas por la aparición en Europa en 1808-1811 del *Ensayo político*, fomentaron ampliamente el pensamiento económico y político de México en la etapa formativa de la nación.

#### Notas

1 Una versión abreviada en dos tomos, bajo el título de *Minerva. Ensayo político sobre el Reyno de Nueva España*, apareció en Madrid en la Imprenta de Núñez ya en 1818.

2 Para detalles véase Miguel Antonio Rojas-Mix. “Las notas de viaje de Alexander v. Humboldt en la Staatsbibliothek de Berlín Oriental”, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Band 7, Böhlau Verlag, Colonia, 1970.

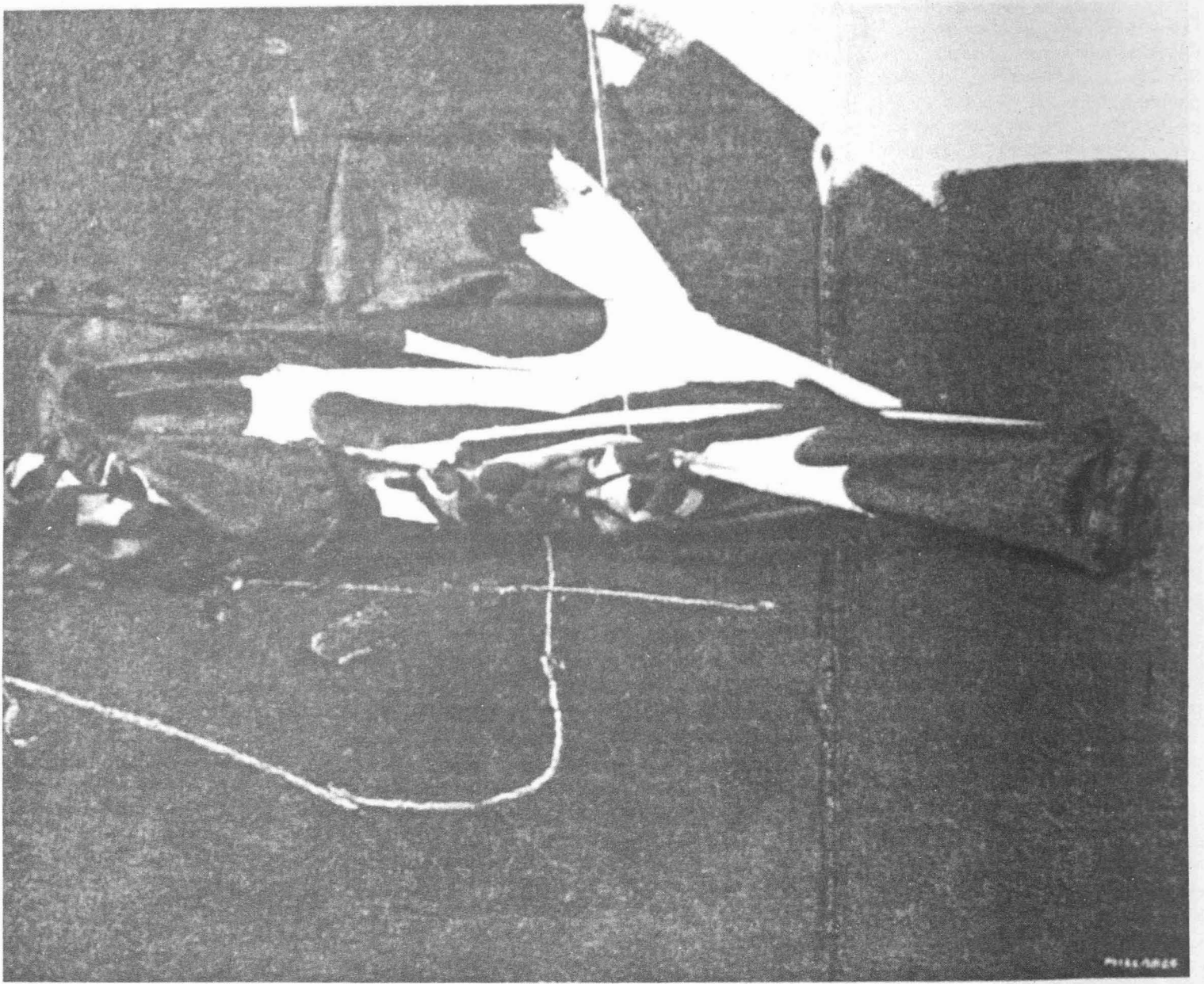
3 Se trata de un mapa que apareció originalmente en *Atlas géographique et physique du royaume de la Nouvelle Espagne*, París, Schoell 1811, como “Carte du Mexique et des pays limitrophes situés au nord et à l'est, dressée d'après la grande Carte de la Nouvelle Espagne de A. de Humboldt, et d'autres matériaux par J. B. Poirson 1811” y fue reproducido en varias ediciones del *Ensayo político* en castellano entre 1822 y 1836.

4 La primera versión completa de esta importante obra de Humboldt, dedicada en su mayor parte a la antropología y el arte precolombino en México, preparada por Miguel S. Wionczek y Jaime Labastida, aparecerá dentro de unos meses en una edición auspiciada por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público como homenaje al sabio en ocasión del bicentenario de su natalicio.

5 Iturrigaray mismo, un año después de la entrega del documento por Humboldt, emprendió un viaje a Veracruz “para reconocer toda la costa de Veracruz, la posición local de los pueblos que se hallan en ella y los puntos de defensa de este reino”. Véase “Diario del Viaje que hizo el virrey Iturrigaray a Veracruz.” 1805 [por Luis Martín], *Boletín del Archivo General de la Nación*, Tomo XIV, núm. 1, (México, 1943), pp. 153-171.

6 Véase sobre el particular Nettie Lee Benson (editor), *Mexico and the Spanish Cortes, 1810-1822*, University of Texas Press, 1966 y Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, 1958.

7 La versión completa y anotada de las *Tablas* aparece por primera vez en Alejandro de Humboldt, *Tablas Geográficas Políticas del Reino de Nueva España y Correspondencia Mexicana*, edición de Homenaje, Dirección General de Estadística, México, 1970.

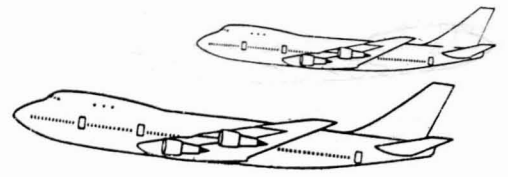


PHILADELPHIA

**SERGIO**

**PITOL**

# **EL PRIMER TOMALIN**



¿Como era Paz? ¿Le podría decir alguien cómo era Paz Naranjo? ¿Era posible tratar ahora de detener y apresar sus gestos, cuando la japonesa de Macao avasallaba cualquier otra imagen posible? Paz era esa japonesa y una larga falda de brocado de plata, era un modo de andar entre gasas y dragones y eran huesos a punto de hacer estallar la piel sobre los pómulos. ¿Cómo, cómo carajos era Paz? Cuando se abrió la puerta una mancha de terciopelo verde se replegó sobre la enorme cama color rata. Paz fue una ameba de terciopelo crispada, moribunda, bajo una descarga química. Una gota del Veronés caída en una superficie innoble. Por un instante sólo existió el grito en el corredor y aquella mancha que era como su eco, como su negación también, y que era Paz Naranjo. Fue en el otoño de 1949.

Encontró una tarjeta al llegar a su apartamento: "Llámame por favor a este número. . . Habitación 34. Estamos en un antro espantoso. Tienes que dar mi nombre y el número del cuarto. Insiste, porque esos cabrones nunca quieren subir a avisarnos. No nos moveremos de ahí en toda la tarde. Un abrazo. Carlos y Paz." Al instante, antes de haberla leído, y con gran sorpresa, reconoció la letra. Hacía poco más de un mes había recibido una última carta suya que no hacía presentir ese viaje. Todo lo contrario. Lo felicitaba, fugazmente, por haber logrado vencer las resistencias de sus padres y haberse ido a Nueva York a estudiar cine. Trasudaba entusiasmo. Se había apasionado por Roma. Repetía y ampliaba sus loas anteriores a la ciudad. Se vanagloriaba de su suerte excepcional. Desde el principio el azar lo había relacionado con un grupo privilegiado. Las circunstancias imperantes facilitaban todos los contactos. Los muros protectores de ciertos círculos considerados tradicionalmente como inaccesibles dejaban vislumbrar atractivas fisuras. Casi sin advertirlo se había encontrado en el interior de dos o tres plazas fuertes a primera vista inexpugnables. Había tenido por Virgilio a una mujer de excepción: Paz Naranjo. Paz lo había sumergido en el corazón de Roma. Paz era, por cierto, levemente mexicana. Había logrado integrarlo a otra época, paradójicamente la más

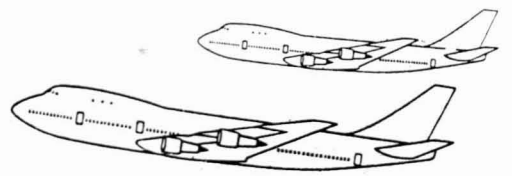
viva, la más contemporánea. Circundada por el panorama conmovedor que ofrecía la ciudad se sentía masticar cultura, transpirar cultura, orinarla, beberla, padecerla. Sus nuevos amigos no acababan de reponerse del sobresalto de la guerra; había significado para ellos la inmersión en un horror de tal magnitud que no se atrevían aún a enfrentarlo. Él, que había estado en 1946 en Londres se indignó ante aquel despliegue de retórica. Pero como si adivinara sus reparos, Carlos añadía que sí, que desde luego lo de Inglaterra era otra cosa, un sano ejercicio de pragmatismo colectivo, una secuencia de hechos que nunca habían perdido su coherencia: Munich, Chamberlain, la guerra, el blitz, la victoria, la posguerra, las tarjetas de racionamiento, donde las relaciones de causa y efecto quedaban siempre tácita pero firmemente establecidas. La problemática en Roma era distinta. No se podía olvidar que el fascismo estaba detrás. Nadie, a ciencia cierta, parecía saber qué era aquello. Todos habían sido resistentes. Quienes no, vivido al margen de marchas y medallas; apenas tenían idea de lo que había ocurrido. Y, en verdad, ¿qué eran? ¿Derrotados? ¿Vencedores? ¿Liberados? "La conciencia", decía, "se presta a todo. Se integra y desintegra con sorprendente facilidad, se retrae o se extiende, se acomoda siempre. Pero, en el fondo, ese vaivén, por fuerza tiene que producir un desgarrón, y en los seres más sensibles, una vislumbre trágica." La vida era regalada; con dólares se podía vivir entonces como un príncipe. Fue, desde luego, su época más snob. La novela avanzaba en cierto sentido, aunque, según decía, había hecho una pausa para cargar energía. Era imposible seguir escribiendo sin conocer antes a los austriacos. Le parecía vergonzoso que fueran tan poco leídos en todas partes. El bajel de Kafka comenzaba a desplegar las velas. Los otros eran ignorados fuera de pequeños círculos de elegidos, no sólo en Roma, también en Londres, en París, en Nueva York. En México, ni se diga. Serían necesarios años, quizás una o dos generaciones para que los nombres de Musil, de Broch, de Canetti, de Roth, comenzaran a sonar, "engolosinada como anda nuestra intelligenza con sus últimos descubrimientos; Mauriac, Maurois,



Maurras, Moréas.” Por primera vez le agradecía a sus padres que lo hubieran hecho estudiar en el hasta entonces destacado colegio alemán. La atmósfera que lo envolvía era la más indicada para penetrar esa literatura. La teatralidad de aquellas cartas de Roma lo irritaba. Cuando lo había tratado en Londres y luego, cuando desde allí se comenzaron a escribir, Carlos era otra cosa. Debía ser la influencia de la gente que lo rodeaba. En Londres Charlie oscilaba entre dos mundos, uno muy opulento de extranjeros sudamericanos, y otro de latinoamericanos jóvenes con su buena dosis de ingleses y continentales: estudiantes, escritores y artistas. Por París había pasado una que otra vez (siempre habían sido estadías muy breves); parecía no haber encontrado allí un medio propicio y haberse reducido al trato de compatriotas poco interesantes. Pero desde su llegada a Roma las cartas no eran sino la ratificación de un énfasis constante. Un toque de trompetas y clarines subrayaba las frases, enfatizaba las pausas. El exceso de calificativos revelaba un deslumbramiento ramplón y hasta cursi. ¡No estaba bien que se dejara impresionar de esa manera! ¡No se educa uno en Londres para sucumbir después a tales fiebres! Se lo escribió. Carlos respondió de inmediato que por fortuna los viajes no le habían hecho perder la inocencia original, la capacidad primigenia para descubrir y gozar la belleza del mundo. “Si Europa —desde luego no Londres— me han enseñado algo, es ver. Y Roma me satisface esa necesidad con creces.” ¡Muy bien!

El recado no indicaba ni el motivo de su presencia en Nueva York ni la duración de su estancia. Llamó por teléfono. Quedó de ir a saludarlo entre las ocho y las nueve de la noche. ¿Le parecía bien? Por supuesto que le gustaría ir en ese mismo momento, pero esa tarde tenía que presentar un examen en el estudio del que dependía su admisión definitiva. Tan pronto como terminara volvería al hotel. Después, ya en la noche, pasada la prueba, que resultó mucho más fácil de lo que había previsto, se lanzó a localizarlos. Buscó la dirección en un plano de la ciudad. No vivían lejos del Village. Durante todo el día no había hecho sino pensar en el encuentro. En el taxi no podía mantener las



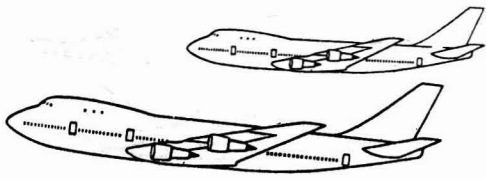


manos quietas. De pronto descubrió que el hotel no quedaba en la parte agradable, ni en la pintoresca, sino que el automóvil se introducía en uno de los rumbos más sórdidos de la zona. ¡Imposible conciliar al Carlos conocido en Londres, menos aún al que disfrutaba de la sibarítica vida romana descrita en sus cartas, y a Paz, su Virgilio en aquellos salones, con semejantes andurriales, a menos que se hospedaran en algún inmueble antiguo construido cuando el barrio no había sido todavía atacado por la lepra que ahora lo carcomía! Quizás el hotel hubiera, contra viento y marea, logrado mantener su prestigio. Nueva York sabía ofrecer esas sorpresas. El coche se detuvo. El hotel resultó estar a la altura del barrio.

Serían más o menos las nueve de la noche. Una angosta escalera lo condujo al primer piso. El recepcionista, un hombrecillo enjuto, con una barba de tres días y una visera de mica verde, le indicó, con voz estrangulada, de asmático, que subiera otros dos pisos. En el recuerdo aquella ascensión tiene la consistencia de un desplome en los infiernos. Muchas veces al recordar ese hotel pienso que fue el primer Tomalín en que iba a encontrar a su cónsul; fue el pregusto de un Tomalín fugazmente visitado. Más tarde todas las ciudades tendrían un Tomalín que lo atraería inexorablemente, un Tomalín que comenzaría a crecer, a abarcarlo, a cercarlo, hasta hacerle saber, al final, cuando todas las puertas hubieran quedado clausuradas, que no había escapatoria posible, que aquel Tomalín final que aparecía en la película era después de todo... ¿Después de todo qué? ¿El mundo? ¿Un infierno elegido? Pero, ¿hasta donde podía hablarse de una libre elección en aquel Tomalín último? Bueno, nada de eso podía saber cuando en Nueva York, en una noche ventosa de otoño subía las escaleras de un destartado edificio cerca de Stuyvesant Park. No, de haberlo siquiera intuido lo hubiera sacado de allí, aunque fuera a golpes. Lo único que entonces cabía era sorprenderse de la luz amarillenta, los escalones de madera reseca, crujiente, agrietada, los girones que rajaban el papel tapiz, las sombras que se deslizaban en los corredores como animales agazapados.

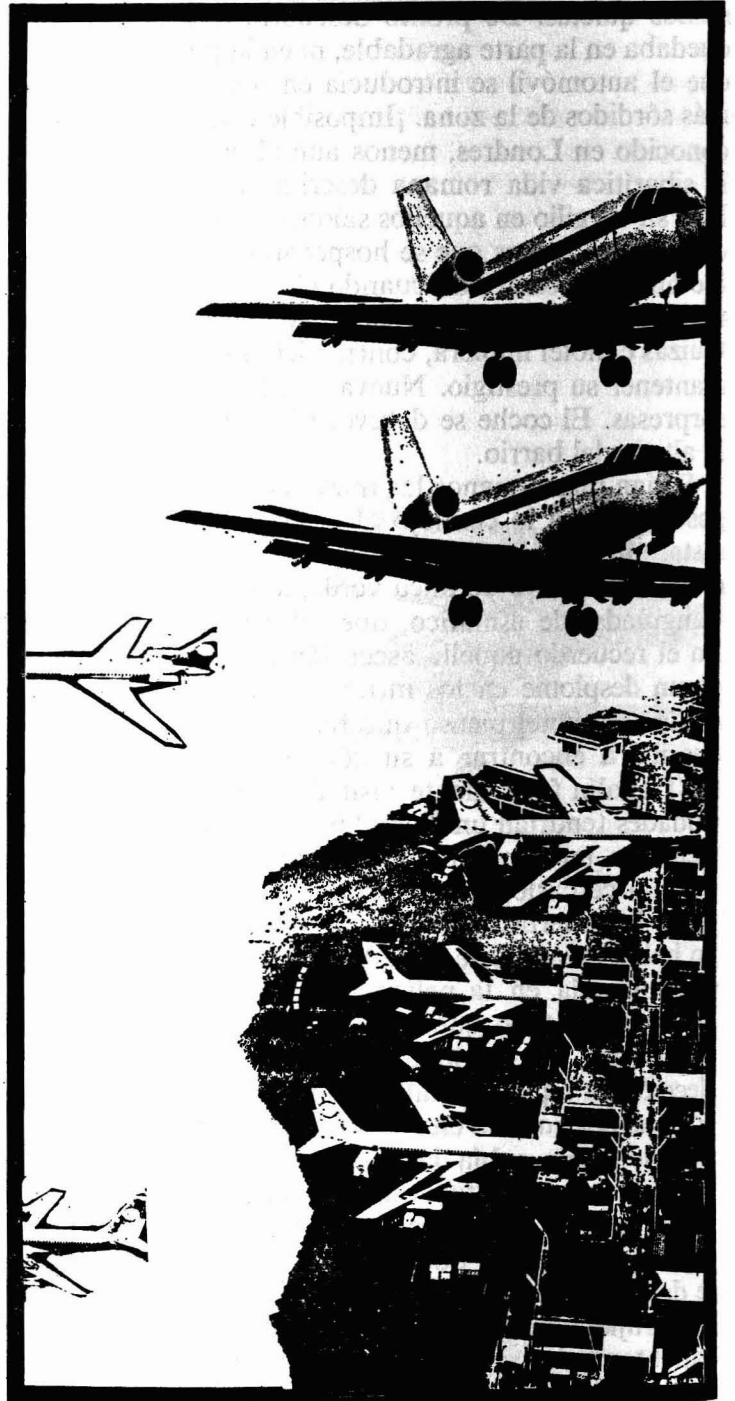
En el piso indicado, el corredor era más amplio que en los otros. Se detuvo un instante para recuperar el aliento. A unos cuantos pasos del cubo de la escalera había un banco de madera. Un grupo de niños morenos, entre los tres y los diez años, puertorriqueños, o tal vez mexicanos, tiraban, en medio de una festiva algarabía, de los pantalones sucios de una anciana ebria que, despatarrada, semiinconsciente, emitía una especie de graznido áspero con los que pretendía alejar la jauría. Agitaba la mano derecha y una pierna con movimientos torpes como si aquellas bestezuelas detestables fueran sólo producto de una visión alcohólica susceptible de desaparecer con un simple ademán. Era un gesto más adecuado para espantar a las moscas que para librarse del acoso infantil al que se veía sometida. Se acercó a la banca e increpó violentamente en español a los chicos, quienes, sorprendidos, corrieron al fondo del corredor. Con un evidente esfuerzo, la mujer trató de enfocar la mirada como si quisiera reconocerlo. Luego, cuando ya estaba por retirarse, ella se le colgó rápidamente de un brazo, le mostró una pierna hinchada y un tobillo deforme vendado con un trapo sucio y exclamó con un grito rasposo y hueco que por lo menos le diera un *dime* para curarse. Unos cuantos pasos más adelante, detenido frente a la puerta 34 volvió a oír el griterío. La jauría embestía una vez más y ahora con mayor furia tratando de apoderarse de la moneda que la mujer guardaba en un puño cerrado. De pronto uno de los mayores la sujetó por la muñeca y comenzó a torcérsele mientras los otros trataban de abrirle el puño. La mujer lanzó un aullido espantoso; un grito igual al chillido de un cerdo en el momento de ser degollado. En ese instante con el grito taladrándole los oídos, se abrió la puerta y vió la mancha verde en la cama.

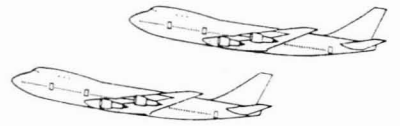
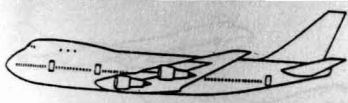
“Los venecianos nos hicieron el regalo del color”, se dijo inconscientemente, recordando su Berenson, mientras contemplaba, con estupor, cómo la mancha verde al contraerse iluminaba con reverberaciones insólitas el sombrío espacio que la enmarcaba. Luego, lentamente, esforzándose por superar el sentimiento de disminución de la realidad que lo abrumaba desde su llegada



ber vuelto a quemar los zapatos mientras dormía. Ayer fue algo horrible, no se lo podrá nunca figurar... ¡Algo verdaderamente horrible!

Trató de relatar la escena que acababa de presenciar. Carlos apenas lo dejó concluir. Insistía en que debía convencer a Paz para salir esa noche a celebrar el encuentro. Ella hablaba como si lo conociera desde hacía muchos años; pero esa aparente camaradería, lo comprendió al instante, más que intimidación transparentaba un desinterés absoluto, lo que, por supuesto, lo ofendió. La mujer conversaba con él, pero como si no existiera, igual que ante un mueble, o frente al empleado de un hotel, no el botones de uno de categoría cuya presencia exige determinada discreción, sino precisamente un recadero de aquel, espantoso, en el que se alojaban; un ser anodino ante el cual se puede tener la conversación más íntima sin que el hecho tenga significación alguna. Paz se oponía a salir, con la negligencia burlona de quien ha decidido anteponer unas leves defensas, más que nada por el placer de verlas sucumbir, de alentar y disfrutar ese derrumbe (más tarde descubriría que era una de sus armas de mayor eficacia), oponía argumentos graves que no se concedían con el tono lánguido y desdeñoso con que los exponía: se sentía muy enferma, muy fatigada; era casi seguro que la presión le había vuelto a bajar; que fueran ellos a cenar a donde quisieran: ¿Por qué no al teatro que en Nueva York podía ser, como ya lo habían comprobado, excelente? ¿Por qué no intentaban ver de nuevo *Las tres hermanas*? ¿La habían visto? La Cornell era impresionante. ¡A momentos aquello parecía realmente Chéjov! ¡Y Chéjov en grande! A Carlos le gustaría volver a verla. Claro que a esa hora imposible encontrar localidades; además, la función ya habría empezado. Podían, en cambio, ir a una taberna del Village; seguramente preferirían estar solos, tomarse unos whiskeys, hablar largo y tendido después de tanto tiempo de no verse; al fin de cuentas eran un par de muchachos, no había que olvidarlo, tendrían muchas cosas que contarse; una ruina como ella sólo les estorbaría. El frío era glacial. Le daba una pereza atroz vestirse. Ya ese día, Carlos cuatro veces la había,

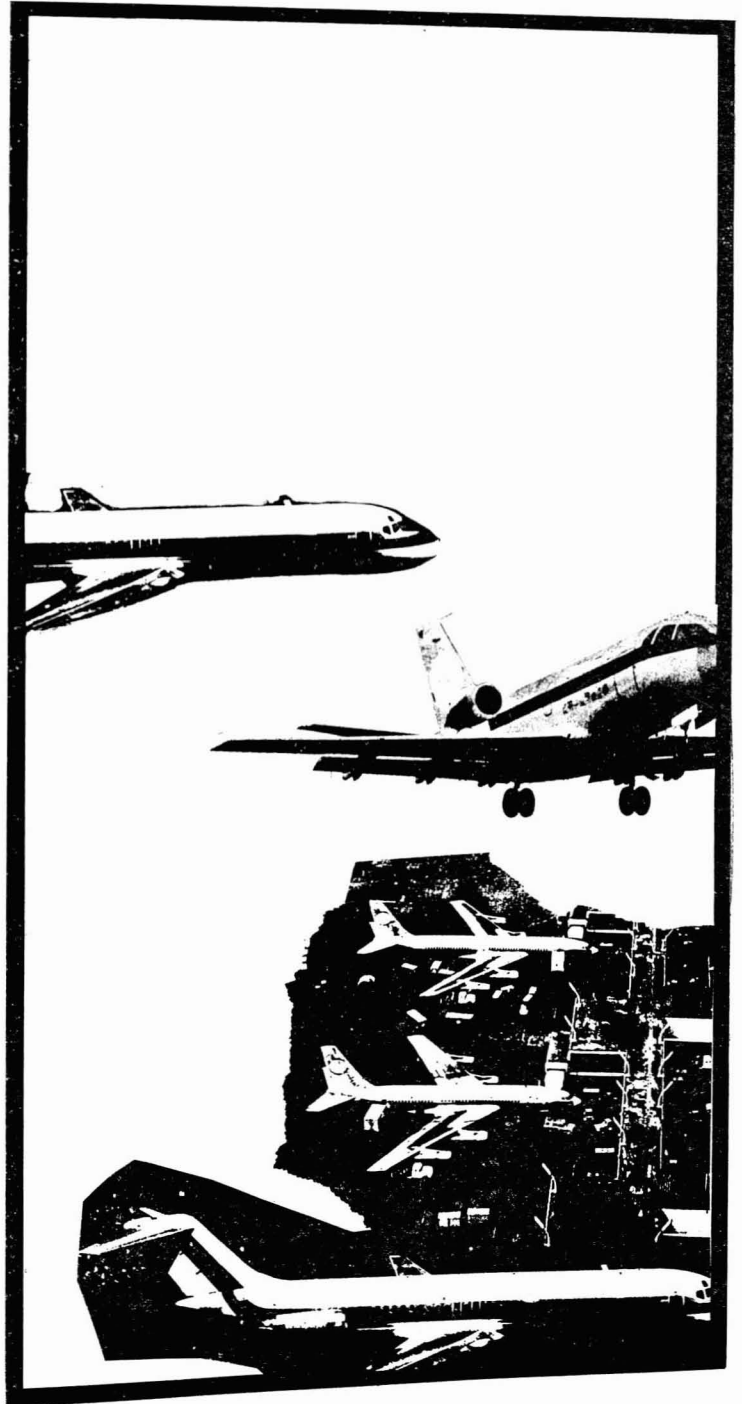


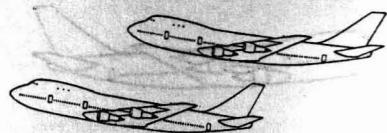
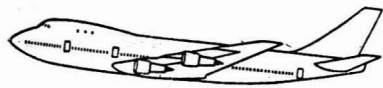


al hotel, acrecido por la escena del corredor, por el aullido, por la inesperada aparición de la mancha de terciopelo, fue registrando todo lo demás: los brazos extendidos de su amigo, el desorden en el cuarto, las maletas apiladas, la bata y las toallas colgadas tras la puerta, los muebles desastrosos. El chillido gutural de la ebria se mezcló con un ruido de pasos en el pasillo, de voces y carreras y golpes y llantos infantiles. Volvió a hacerse el silencio. El terciopelo comenzó a tomar vida, se movió con suavidad, onduló, adquirió de golpe sombras, pliegues, reflejos. La luz que expulsaba una lámpara de mala muerte sacó de él destellos auténticamente venecianos. De abajo de la mancha, de su interior, emergió un rostro afilado, unas manos lívidas. Paz Naranjo se cubría los oídos mientras afuera iba muriendo el estrépito. Carlos saltaba de júbilo; lo abrazó cordialmente inmune al vocerío del corredor; los presentó, señaló que era un acto del todo innecesario pues ambos debían conocerse de memoria. A Paz le había hablado de él hasta hartarla, y Arturo sabía por sus cartas quién era Paz, qué hacía, qué pensaba, qué escribía. Por supuesto no se atrevió a aclarar que sólo en una carta la había mencionado y de manera bastante confusa, una persona levemente mexicana, su Virgilio en algunos círculos romanos; y supuso que igual de imprecisas y furtivas debían ser las referencias a su persona; un compatriota conocido en Londres por azar. Pero, ¿qué interés podía tener su persona fuera del meramente amistoso? ¿Qué podía esperar que alguien, cualquiera, dijera entonces de él? ¿Que era un joven agradable, ingenuo a más no poder, que había convencido por fin a sus padres para que lo dejaran ir a estudiar cine en Nueva York?

La mujer al incorporarse se transformó en su negación. Dejó de ser a pesar del terciopelo verde (y de sus mencionados pliegues, reverberaciones y reflejos), una visión del siglo del color, por no permitírsele ya ni la delgadez extrema, ni el rostro demacrado, ni la aparente carencia de vitalidad.

—Si vuelve a gritar no podré resistirlo, te lo juro. Me tiraré por la ventana. ¿La vio usted? ¿Qué le sucedió ahora? Esos monstruillos miserables le deben ha-





¡se podía acaso imaginar lo que era aquello!, embotellado en el museo de horrores que era el Metro. Lo peor de cualquier salida resultaba siempre el regreso. No tenía idea de lo siniestro que podía ser caminar por la noche en esas calles, ¿había visto la fauna que pululaba por ellas?, la siniestrez se hacía peor a medida que las horas pasaban. ¡Lo desolador que era llegar cuando todo estaba en silencio, empujar la puerta y comenzar a subir unos escalones tan agresivamente chirriantes que a cada paso parecían advertir: éste será el último, my dear, antes de que tu piesecito se detenga en el siguiente, el maderamen, la estructura, las paredes mismas, todo, se derrumbará e irás a parar en medio de polvo y ladrillos sobre las fritangas del griego de allá abajo! Pero mientras decía todo eso, se movía en medio de las maletas que colmaban el poco espacio restante entre la cama, el armario y una especie de tocador escuálido pegado a la pared: sacaba y volvía a poner con precisión en las maletas, vestidos, blusas, chaquetas; observaba las prendas con melancolía sin decidirse por nada; desdoblaba, examinaba, volvía a doblar y a la vez insistía, ya sin la menor convicción, que sería mejor que fueran, caso de no querer o poder prescindir de su alegre compañía, a la esquina a comprar algo de comer y unas botellas de vino para cenar en el cuarto. Podían ir a traer una de esas pizzas repelentes que el hambre les había obligado a devorar hacía unas cuantas noches en aquel antro que tenía el descaro de llamar platos italianos a las atrocidades que su trastienda consumaba, y aunque era una cocina que nunca la había hecho en exceso feliz, como amante de Italia se sentía en la obligación de por lo menos protestar, o bien, si el proyecto de las pizzas tampoco les seducía, lo que podía comprender perfectamente, que pensarán en algo que no la obligara a salir. Pero, por favor, les pedía que se volvieran un instante hacia la puerta, y mientras él permanecía con los ojos clavados en el suelo, con ganas de escapar a la carrera, la oyó decir que Carlos la torturaba. No sabía cómo, si lo conocía bien, podía seguir llamándose su amigo. Era una voz chirriante, fatigada, hipnótica. Mientras la oía hablar y trataba de definir el timbre pensó en manzanas

ácidas, pensó en cerezas no del todo maduras, y ante esos parangones frutales estuvo a punto de soltar la carcajada en el momento en que decía que necesitaba que alguien la defendiera de sus atropellos, que ojalá encontrara en él un aliado, que Carlo no le daba tregua: en las dos semanas que llevaban en Nueva York había conocido todas las sensaciones imaginables menos la de tranquilidad. Luego afirmó que detestaba con toda su alma la ciudad, el país entero. Había estado en otra ocasión, muchos años atrás, antes de la guerra, con su primer marido, también de paso rumbo a México, y aunque las condiciones eran muy diferentes, como bien podían suponer, tampoco entonces logró entusiasmarlo. Era increíble; durante años y años había sido partidaria de toda aceleración, de las formas más dinámicas, de la belleza de la máquina, y al llegar a la metrópoli no hacía sino asustarse ante su ritmo. Chéjov decía (¡dale con Chéjov!), y era una frase que ella podía suscribir sin reservas, que en la electricidad y en el vapor había más amor al hombre que en la castidad y el ayuno. Pero los hechos resultaban más fuertes de lo que uno se podía imaginar. Acabaría por clavarse en Siena, en Micenas. ¡Qué horror: su vestido era una pura colección de arrugas! Podían ya volver la cara si querían contemplar a la mujer más desastrosa del mundo.

—¿Adónde vamos? —dijo después.

Les propuso un restaurante japonés. Había estado hacía poco y le había parecido excelente.

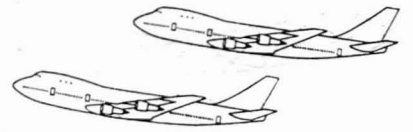
Le resultaba incomprensible estar metido con la pareja en aquel cuarto. Que ellos y aquellas ocho, nueve, diez maletas estuvieran ahí. Que en torno suyo flotara ese perfume opaco. No se atrevía a preguntar a su amigo qué hacían en tal hotel. Había algo patético en el ademán con que Paz se ladeó el sombrero antes de salir, cuando pasaba frente a un espejo sucio colgado al lado de la puerta. Carlos estaba por cerrar cuando pareció recordar algo, entró de nuevo en la habitación, volvió a prender la luz; en dos zancadas llegó hasta una de las maletas y sacó un pañuelo. En ese momento, al comprobar que el equipaje de ambos estaba en el mismo cuarto advirtió que desde su llegada, sin lo-



WALTER

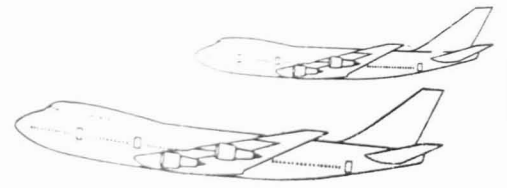
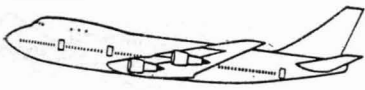
BACER

HUNTER



grar expresarlo, no pensaba en otra cosa, y que el voluble monólogo de Paz no tenía otro propósito que el de hacerle saber lo que la bata roja con lunares azules colgada de la percha clamaba a gritos y que él se había negado a reconocer; que Paz y Charlie compartían aquel inmenso lecho cubierto por una horrible colcha gris. Pero aún en ese momento se negaba a creer, le irritaba pensarlo, que la pareja estuviera ligada por un vínculo carnal (lo sorprendió, y aquello intensificó su malestar, que hasta en el pensamiento se acercara a las relaciones de la pareja con semejante prudencia victoriana, y que mentalmente tuviera que emplear fórmulas verbales, ¡sólo eso le faltaba!, como “vínculos carnales”).

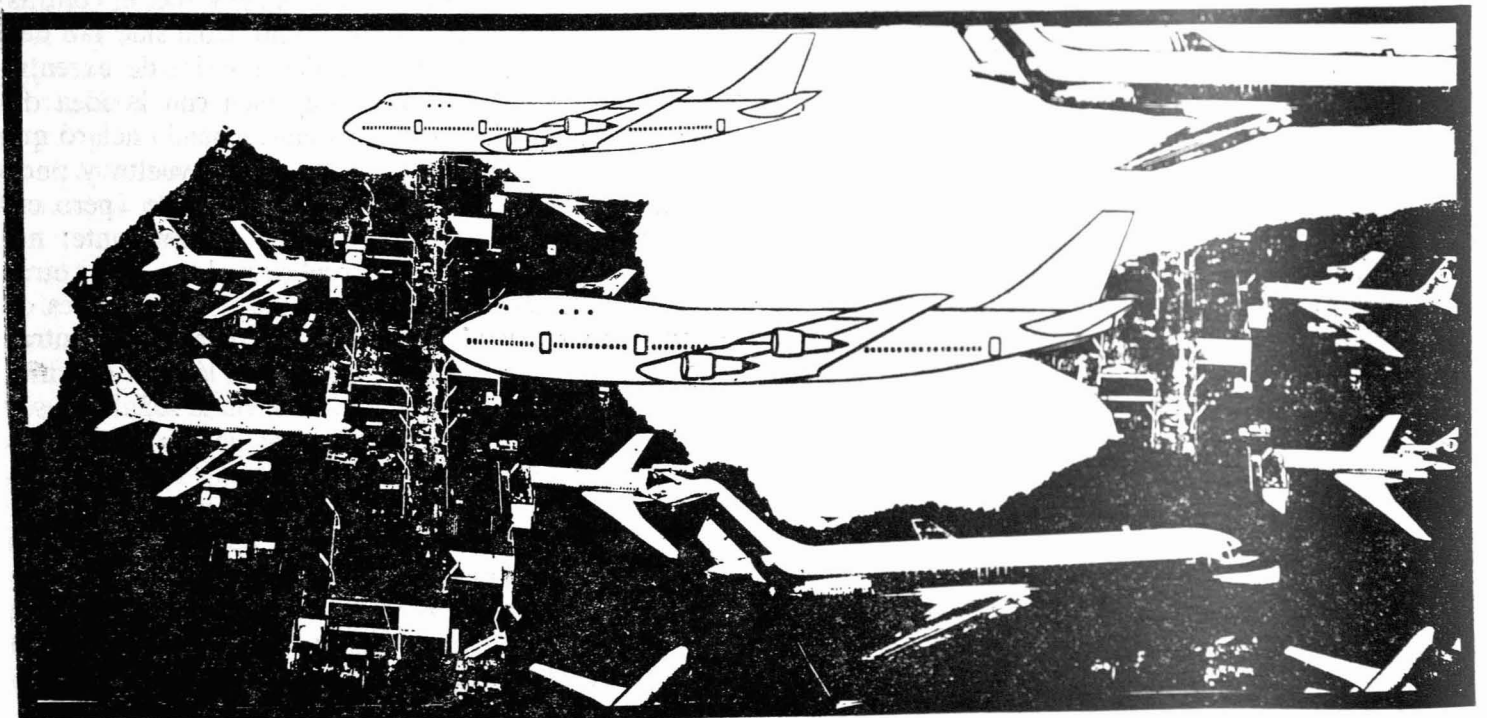
Cuando llegaron a la calle, la energía de Paz ya visiblemente mermada, se derrumbó casi por completo. Por un momento fue sólo un rostro acosado, unos ojos huidizos, un sistema nervioso desgastado, una silueta a punto de hacerse trizas, la misma silueta de la mujer atormentada de Macao. Mientras había permanecido en la cama envuelta en su terciopelo verde, el contraste con el resto de la habitación no había sido tan desmesurado. Poseía aquella túnica un aire de excentricidad que se correspondía muy bien con la idea del tránsito a que aludían las maletas. Cuando aclaró que había terminado de vestirse y se dio vuelta y pudo contemplar a aquella mujer deslumbrante (pero entonces no debió haberle parecido deslumbrante; no, es casi seguro que eso lo descubriera después, en otras ocasiones), abrocharse los grandes botones verdes de una chaqueta verde; y luego, al comentar, mientras se pasaba el lápiz labial, que era una lástima que ninguna Helena Rubinstein diera todavía la señal de usar un lipstick verde, ya que ella habría podido hacer combinaciones geniales con el color de sus ojos, y mientras él contemplaba la cara en el espejo y la espalda erguida, enfundada en la chaqueta esponjosa, de lanas que parecían fibras suaves, entretejidas con otros hilos negros y los puños revestidos de pequeñas piezas metálicas negras, no pudo menos que estremecerse porque la falta de relación con la pobreza del edificio y la fealdad del cuarto era detonante. Pero en la ca-

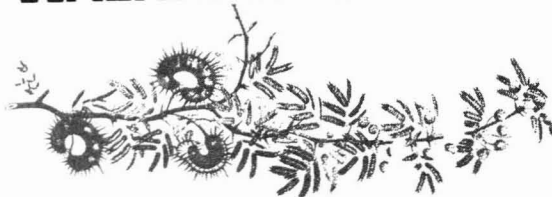


Ile aquel desequilibrio se volvía agresivo. En el cuarto se le podía encontrar cierto sentido; se podía pensar en esa pocilga como el equivalente de un refugio de guerra, un escondrijo al que se va a parar en momentos de emergencia, de derrota transitoria. Podía ser mucho peor, podía haber habido costales de granos y grietas en los muros y sórdidas ratas glotonas y musgos en el suelo y un montón de paja húmeda que equivaliera a un lecho. El carácter provisorio explicaría el desorden; se estaba ahí únicamente de paso; el refugio terminaría tan pronto como el orden roto fuera restaurado, cuando la vibración descontrolada que por un instante había alterado el equilibrio volviera a encauzarse. Cuando el Francia rescatara a Cordelia y devolviera a Lear su malversado trono. ¿Nunca entonces? No, no, cuando el triunfante Fortinbrás llegara de Polonia a erradicar los pútridos olores. Pero la calle era otra cosa; demostraba, con abierta crueldad, que no había ninguna alteración visible, que el ritmo de la

vida era el normal, el mismo que veían, el acostumbrado y cotidiano; la calle atraía y reducía a Paz a su vaivén, al oleaje de ebrios miserables y sucios, a sus contornos de botes de basura, de tiendas aguachirles, de restaurantes con tufo a grasa quemada, de tintorerías igual y agresivamente malolientes, de muros desconchados, grises, opacos, renegridos. En ese momento se evaporó de golpe la antipatía que durante todo el tiempo había sentido por Paz, y sin darse cuenta siquiera se convirtió en el aliado que mitad en broma mitad en serio la mujer solicitaba. Paz, casi tartamudeando, propuso que entraran en la pizzería de la esquina; no era tan mala como había dicho, tenía la ventaja de que podrían regresar a su cuarto tan pronto como terminaran de comer; tenían en el cuarto un coñac excelente. Pero Carlos no la dejó terminar; lo que hizo fue silbarle a un taxi que en ese momento doblaba la esquina.

—Lo único que ahora nos puede levantar el ánimo es salir de esta inmundicia.





## BACON O HUMBOLDT\*

Creo que todos tenemos una idea vaga de lo que los historiadores modernos quieren decir cuando caracterizan la ciencia norteamericana de principios y mediados del siglo XIX, como "baconiana". Cuidadosamente, he evitado la lectura o relectura de obras recientes sobre la materia, para extraer algunas definiciones explícitas. El término "baconiano" está tan extendido, que no puede ser atribuido a ninguna persona en particular. Hay mucho trabajo de tipo "misionero" por hacer y no puede lograrse atacando un solo libro o artículo. Aún más, hay escritores que desean que la ciencia inglesa de ese periodo sea baconiana, aparentemente sin saber que el baconismo fue un producto natural para la Colonia, pero no para la madre patria.

Puede hablarse de la presencia de Humboldt en la ciencia de entonces, pero no de Bacon, sino del "baconismo". Eran muchos los científicos que expresaban su admiración por Bacon; para bien o para mal, la enseñanza de Bacon se difundía a principios del siglo XIX, pero no en relación precisa con lo que llamamos "baconismo", sino como advocación del método de análisis, generalización y deducción: una combinación que suena más bien como moderna. Esta enseñanza irradió, como era de esperarse, del Trinity College, en Cambridge. Esto se expone admirablemente en el *Preliminary Discours on the Study of Natural Philosophy*, de John Herschel (1831), en una sección que parece haber sorprendido recientemente al Profesor Agassi.<sup>1</sup> No me interesa determinar si Herschel representa de manera correcta al Bacon histórico. Para mis fines, necesito señalar solamente que en esa sección, como en otras partes del *Discours*, Herschel representaba la opinión general de su grupo profesional, y algunas particulares herejías propias se las reservó para publicaciones posteriores.<sup>2</sup>

\* Smithsonian Institution. La primera versión de este trabajo fue una especie de conferencia dictada en el seminario de profesores del Smithsonian's Department of the History of Science, en agosto de 1969; la segunda versión fue una charla, en diciembre de 1969, ante la History of Science Society. He conservado el espíritu oral del trabajo.

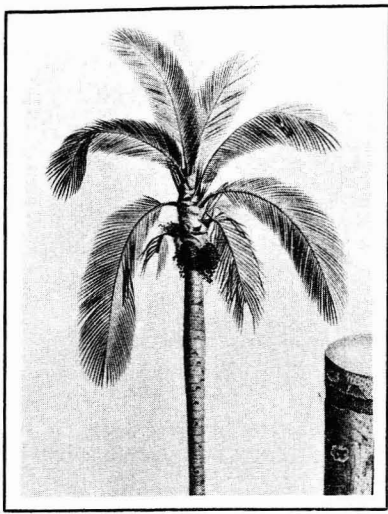
La primera idea de analizar el trabajo de Humboldt me vino al oír la conferencia del doctor Hans Baumgärtel sobre Humboldt en la Conferencia de New Hampshire sobre Historia de la Geología, en septiembre de 1967. Deseo expresar mi agradecimiento al doctor Nathan Reingold, del Smithsonian Institution, con quien sostuve varias conversaciones; y al profesor Frank Haber, de la Universidad de Maryland, por su estímulo.

[Traducción de Jaime Augusto Shelley y Jaime Labastida. Los traductores han dejado las referencias de Cannon a la traducción inglesa de la obra de Humboldt, *Relation Historique du Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, 3 volúmenes, Schoell, París, 1814, Tomo I; Maze, París, 1819, Tomo II, y Smith et Gide fils, París, 1825, Tomo III; pero confrontaron la versión inglesa con el original francés]

Podemos llegar aún más lejos, con la ayuda de un verso de un exestudiante del Trinity College, Byron: "¿No era, en verdad, grande Locke, y aún más grande Bacon?"<sup>3</sup> En alguna ocasión, Locke y Newton fueron señalados como los dos grandes aplicadores del método de Bacon, uno en las ciencias morales y el otro en las ciencias físicas. Si encontramos, entonces, que un científico norteamericano aprueba a Bacon, no significa de ninguna manera que sea un creyente en lo que se llama "baconismo"; solamente indica que estaba de acuerdo con la interpretación predominante en esa época acerca de lo que Bacon había dicho y hecho.

No voy a tratar de definir el baconismo en una forma satisfactoria. Significa algo así como una especie de recolección de hechos, muchos hechos, en todo tipo de lugares, y una misteriosa aplicación a todas las materias; la ausencia de una teoría analítica o de herramientas matemáticas elaboradas; la creencia de que una hipótesis surgirá, en alguna forma, de la sola acumulación de hechos, y demás cosas por el estilo. Con ello se pretende insinuar que éstas son actividades muy adecuadas para un país nuevo, en el que la recolección de piedras y especies nuevas es fácil, mientras que aprender las ecuaciones diferenciales es muy difícil.

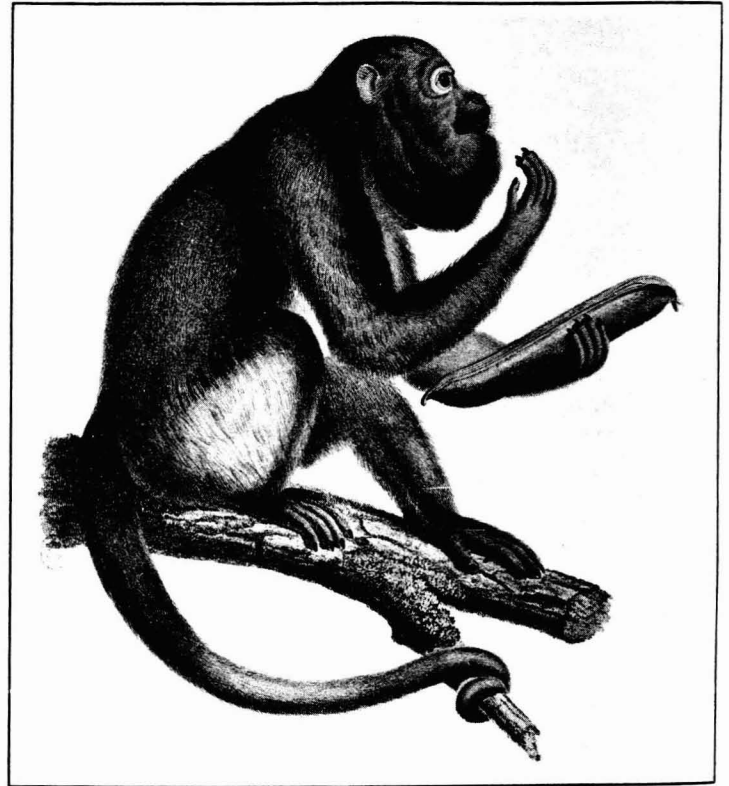
Antes que definir el baconismo de una manera más minuciosa (ya que, según la idea que está en la mente de los historiadores del siglo XX, tendría que estudiarlos a ellos en vez de estudiar a los del siglo XIX), me propongo tratar a grandes rasgos lo que Alejandro Humboldt<sup>4</sup> significó para la ciencia, y sugerir que las actividades de muchos científicos americanos se ajustan de manera bastante precisa a los propósitos de Humboldt, más que a ese baconismo entendido de modo tan difuso. En lo personal, no intentaré llevar a cabo esta correlación. Lo que sé acerca de la ciencia norteamericana, sugiere que tal correspondencia es posible en varios casos; pero los historiadores norteamericanos tendrán que decidir qué tan exacta es y qué tan difundida está. Candidatos obvios a considerarse serían: Joseph Henry, del Smithsonian Institution; James Hall, de Nueva York; William Rogers, Asa Gray, Bache, Maury, Nicollet, la expedición de Long, la expedición de Wilkes, la red de observadores de Ellicott, y otras muchas investigaciones geológicas estatales. Debemos, por supuesto, distinguir entre lo que un científico deseaba realmente hacer y los argumentos que empleó con objeto de convencer a las entidades de carácter público para que lo ayudaran al sostenimiento de sus actividades. Cualquier Estado desearía explotar sus recursos minerales; cualquier gobierno nacional desearía explorar sus tierras occidentales; pero ello no explica por qué Hall y Long trabajaron en la forma que lo hicieron. El grupo explorador de Humboldt, en particular, se caracterizó por el minucioso cuidado y la adopción de los más modernos instrumentos de medición, incluso un sextante diseñado por Troughton (el favorito de Humboldt para sus viajes en canoa),<sup>5</sup> del tamaño de una caja de rapé.



En esa época (de 1800 hasta, aproximadamente, 1830), Alejandro Humboldt dirigió con todo éxito la atención de los más famosos científicos europeos, en particular los más jóvenes, hacia un nuevo complejo de intereses para los cuales nunca había existido un término del todo satisfactorio. "Geografía física" ("Physical Geography") fue la frase más usada en Inglaterra, pero en la actualidad el término geografía tiene un sentido poco profundo. "Geofísica" ("geophysics") suena más moderno, pero es un concepto sumamente limitado: no cubre la distribución geográfica de las plantas y los animales, uno de los más promisorios objetivos de Humboldt. Aun "ciencia de la tierra" ("Earth Science") no indica ninguna relación con la astronomía. Por el momento, catalogaré la ciencia humboldtiana sólo como el estudio de fenómenos amplios pero interrelacionados, y pasaré a examinar los ejemplos de la misma.

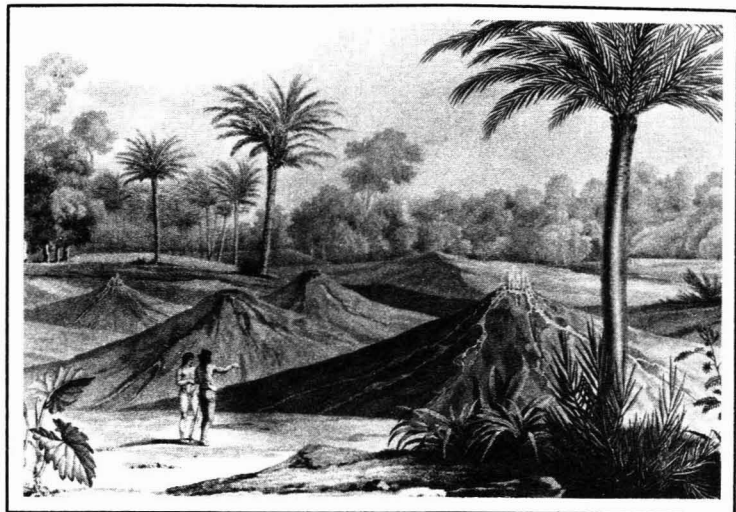
Un interés primordial de Humboldt era la geología; estudió en Freiberg durante un año y después fue administrador minero durante otros cuatro, antes de poder, a la muerte de su madre, independizarse en lo económico. Humboldt quería alcanzar una explicación dinámica acerca del origen de las cadenas montañosas, dado el hecho singular de que, en Europa, éstas no están a menudo orientadas al azar, sino generalmente en una línea noreste-sureste. Sin embargo, Humboldt se oponía a aquellas explicaciones excesivamente simples y demasiado universales que en la actualidad (posiblemente con un cierto margen de error) asociamos con Werner y Buffon. Si las cordilleras se alinean con frecuencia en esa dirección, hay muchas excepciones. La ley dinámica que las explica debería, a su vez, explicar las excepciones; y no sólo eso, sino también la inclinación de los estratos y, más aún, el eje magnético de alguna montaña en particular, si éste se diera.<sup>6</sup> El célebre viaje de Humboldt a Sudamérica en 1799-1804, fue motivado hasta cierto punto por un deseo de ver nuevas montañas en un nuevo panorama, visión que debiera estimular nuevas ideas respecto a las causas. La acumulación de medidas le permitió, eventualmente, refutar la idea original, pero vio que podría probar algo más interesante: que las cordilleras estaban formadas por las mismas fuerzas que trastornan y fracturan los estratos adyacentes.<sup>7</sup> Así, la hipótesis de un grupo de gigantes fuerzas que emergen desde el interior de la tierra era mucho más plausible que la de un océano universal o cualquier otro agente neptuniano.

En suma, Humboldt quería fomentar la observación a nivel mundial, no debido a sus propios e intrínsecos intereses, sino en un afán de alcanzar teorías generales, inconforme con las demasiadas sencillas del pasado, que se basaban en la generalización de meras observaciones locales; por ello se opuso a que se extendieran los nombres geológicos de las formaciones europeas a las formaciones americanas supuestamente análogas. Esta posición general llevó a Humboldt, en ocasiones, a poner más interés en refutar una



teoría del siglo XVIII, que en establecer otra nueva. A menudo hacía ostensibles llamados de atención respecto al hecho de que él mismo se limitaba a regularidades verificables. Pero es una característica de su manera de presentar las cosas el que, a menudo, cuando se enfrascaba en la denuncia de una opinión hipotética y en una loa de las mediciones precisas y reiteradas, a continuación elaboraba una hipótesis suya, improbable.<sup>8</sup> Su credo era el de las mediciones, y una vez que había aliviado su conciencia mediante la repetición de esta profesión de fe al lector, descansaba y gozaba de su amor profano: la especulación. Como él mismo decía: "Algunos aspectos de la física y de la geología son meramente conjeturables; puede decirse que la ciencia perdería mucho de su atractivo, si intentamos confinar esta parte conjeturable dentro de límites demasiado estrechos."<sup>9</sup>

Este tipo de pesquisa geológica, por tanto, es la que Humboldt deseaba. Por el hecho de que él mismo no haya logrado encontrar las leyes analíticas y las causas dinámicas que buscaba, algunas personas no llegan a entender que ése era el fondo de todo su esfuerzo. Humboldt no sentía más que desprecio por aquello que



llamaba “la estéril acumulación de hechos aislados”.<sup>10</sup> Sin embargo, hubieron de pasar unas dos o tres generaciones de discípulos científicos antes de que la perspectiva humboldtiana fructificara y aun así, esto no ocurrió con frecuencia. Por ello, en la década de 1830 a 1840, la ciencia humboldtiana que aparentemente había tenido éxito, o sea, aquella en la que una ley analítica había sido localizada, fue el estudio del magnetismo terrestre. Para promover este estudio, Humboldt había originalmente planeado llevar al cabo mediciones en todo el mundo durante su viaje de 1799, pero los acontecimientos bélicos determinaron que no pasara más allá de América.<sup>11</sup> Los que proveyeron los análisis fueron Hansteen primero y luego Gauss. Esta exitosa empresa se convirtió en modelo y en inspiración. En la década de 1830 parecía que complejos estudios humboldtianos, tales como la meteorología, la oceanografía y el movimiento de las mareas podrían fructificar, digamos, en otros diez años, para alcanzar el mismo grado de esfuerzo conjunto que había producido tan buenos resultados en cuanto al magnetismo. Desafortunadamente, en estas disciplinas no se manifestaron nuevos Gausses.

Ahora bien, Humboldt predicaba que todas las materias que varían con la posición geográfica deberían ser medidas en sus variaciones. Una de éstas es el efecto de la luz del sol; y uno de los orígenes modernos de la astrofísica es el intento de Humboldt por medir el poder del sol en diferentes lugares y a diferentes alturas.<sup>12</sup> Una vez más, Humboldt no lo hizo tan bien; fueron necesarios John Herschel con su *actinómetro*, luego Pouillet con su *pirheliómetro*, y finalmente Langley con su *bolómetro*, para hacer realidad los deseos de Humboldt.

A veces he llegado a tener la idea de que el interés de algunos astrónomos no sólo es localizar estrellas dobles, sino, además, medir sus rotaciones en forma precisa para demostrar que éstas se explican por una ley dinámica, y este hecho está relacionado con la influencia humboldtiana. No se requieren estas explicaciones en el caso de John Herschel; su interés siempre se puede entender como originado en una “piedad filial”, pero esas explicaciones pueden ayudar en otros casos. En realidad, me imagino que John Herschel estaba influido tanto por lo que hizo Humboldt con los intereses personales de William Herschel, como de manera directa. El “astrómetro” de Humboldt, para medir la intensidad relativa de la luz de las estrellas, es un caso para discutir.<sup>13</sup>

Humboldt había sido adiestrado como administrador público de asuntos económicos y luego desertó y se dedicó a la geología. Su continuo interés en la economía política es manifiesto en sus escritos más conocidos, pero esto, según entiendo, no lo inclinó hacia los problemas malthusianos de la población; ni siquiera lo llevó a una más profunda comparación de la distribución geográfica de los seres humanos en relación con la de otros organismos. Su interés en cuanto a los cálculos cuantitativos lo indujo a proponer,

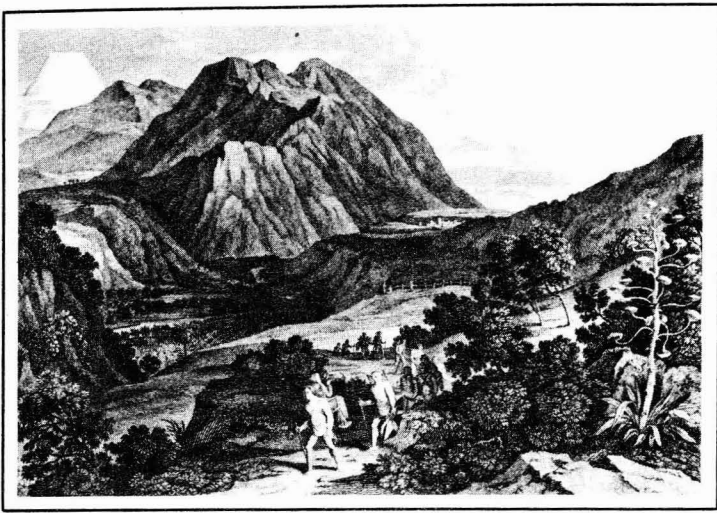
más bien, una analogía formal entre dos instrumentos distintos y la manera como pueden ser utilizados; por ejemplo, el medio para estimar la población es similar al que se usa para medir la temperatura.<sup>14</sup> Su heredero intelectual en esta materia parecería ser, por tanto, no cualquier biólogo, sino precisamente Quetelet.

A menudo me he puesto a pensar quién —dentro de mi propio campo y en la ciencia británica— realizó en forma más concienzuda los planes de Humboldt bajo su influencia directa. Ahí está Edward Sabine, por supuesto, pero el trabajo geodésico con el que alcanzó reputación, era, por tradición, más viejo que Humboldt. John Herschel era realmente un humboldtiano, pero antes que nada era herscheliano. Una comparación de las materias tratadas muestra que uno de los seguidores de Humboldt fue ese joven, tan entregado a la especulación, Charles Lyell. Lyell llegó a conocer y a admirar a Humboldt en París, en 1823.<sup>15</sup> Pero la insistencia de Humboldt en las mediciones sirvió simplemente, sobre todo, para desechar el hincapié excesivo en ese sentido y orientar adecuadamente a quien deseara llegar a ser un gran descubridor geológico en la década de 1820 a 1830. En esa década, los ingleses intentaron una nueva forma de hacer geología, que hizo que los métodos específicos de Humboldt parecieran injustamente limitativos, por más que hubieran sido interesantes en 1805.

El catastrofismo de Humboldt era menos restrictivo. Era su forma de negar el lento proceso de un océano universal “werneriano” y de insistir en el estudio de los terremotos, los volcanes y los procesos ampliados de elevaciones y fracturas de estratos. Inserto esta observación sólo para acentuar el hecho de que el catastrofismo no era, primordialmente, un prejuicio bíblico; para Humboldt, era una forma de investigar un proceso geofísico, descartando un océano universal hipotético, o cualquier otro mito. Aunque, sin duda, Lyell podía aceptar la combinación de geología y biología de Humboldt y su búsqueda de causas generales; aunque podía incluso utilizar el ensayo de Humboldt sobre las líneas isotermas, como base teórica para su exitosa teoría del cambio climático, tanto los métodos específicos de Lyell como su visión total, no eran humboldtianos.<sup>16</sup>

Pospuse mi búsqueda del mejor humboldtiano británico hasta que un reciente estudio de Sandra Herbert me proporcionó el dato que hizo que embonaran todas las otras piezas.<sup>17</sup> El sucesor de Humboldt en la Gran Bretaña fue precisamente aquel joven que dijo inspirarse en la *Personal Narrative* de Humboldt; el que enfiló hacia Sudamérica y cubrió la parte del continente que Humboldt había omitido, el que publicó, imitando a Humboldt, su propia narración personal, y el que trató de producir una teoría dinámica de extensión continental respecto a las montañas y los estratos de Sudamérica. Me refiero, por supuesto, al joven Charles Darwin.

El deseo de Darwin de imitar a Humboldt fue más allá de la profundización de sus teorías científicas, y se adentró en su



comportamiento instintivo como hombre de ciencia. En Humboldt encontró modelos de argumentación: “¿Por qué no podría...?”, “a fin de explicar... debemos admitir”, “lo que no me parece posible”. Este método humboldtiano de hipótesis es básico; en verdad, es el corazón lógico de *On the Origin of Species*.<sup>18</sup> Darwin aprendió de Humboldt a considerar las plantas como emigrantes autoconscientes, como “colonos” o miembros de una “colonia”.<sup>19</sup> Hasta llegó a aprender cómo ser emotivo con propiedad. Humboldt no determinó la decisión de Darwin sobre qué debía encontrar más sublime, si las cimas de los Andes o las lluvias tropicales de la selva (Humboldt prefería las cataratas del Orinoco); pero dejó perfectamente claro que el viajero debía encontrar sublime alguna de estas cosas: ésa era una de las razones para viajar.<sup>20</sup> Y la famosa denuncia de Darwin acerca de la esclavitud (lo que parecía perfectamente normal a cualquier inglés de esa época), me parece que es un débil eco de la constante condena hecha por Humboldt no solamente de aquellos que continuaron la institución de la esclavitud, sino de casi toda la civilización de Occidente, por haberla introducido.

Uno de los intereses más importantes y más conocidos de Humboldt, fue la distribución geográfica de las plantas y los animales. No trataré de decir cuánto debe esta disciplina a Humboldt o qué tan grande era el interés preexistente, pero sin duda es un error discutir la influencia de De Candolle, por ejemplo, sin recordar la prolongada fama del trabajo de Humboldt. Quiero llamar la atención aquí respecto a una de las formulaciones aparentemente negativas de Humboldt. Este investigó las leyes de la distribución de los seres, pero afirmó, en su *Personal Narrative*, que “las causas de la distribución de las especies se encuentran entre el número de aquellos misterios que la filosofía natural no puede alcanzar”, ya que esto requeriría “la investigación del origen de los seres”.<sup>21</sup> Expuesto esto en forma positiva, quiere decir que, a fin de explicar la distribución geográfica, debe explicarse el origen de los seres. Y Humboldt en alguna parte dijo: “En vano prohibiría la razón al hombre que formule hipótesis sobre el origen de las cosas; él no es el menos atormentado con estos problemas insolubles de la distribución de los seres”. Si agregamos a esto la aseveración de Humboldt de que el clima y otros factores ambientales no constituyen una explicación suficiente, sus referencias a la *historia* de la naturaleza, y su inclinación a desarrollar especulaciones, podemos ver que *el problema correcto estaba a mano*, traducido al inglés, desde 1821, para aquel que leyera a Humboldt con cuidado y creyera que el origen de los seres era un misterio que la filosofía natural *sí podía* alcanzar.<sup>22</sup>

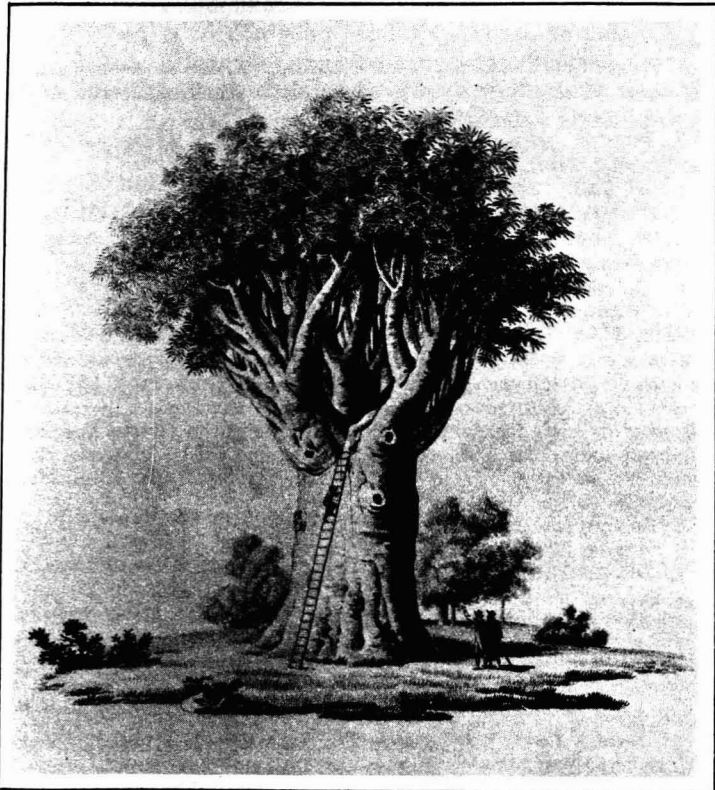
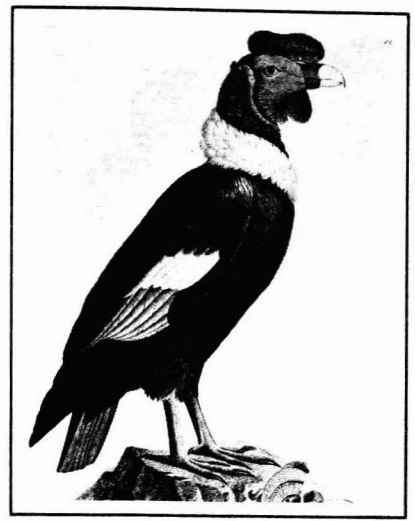
Mi propia creencia, por lo que pueda valer, es que ese pasaje es la fuente retórica de la frase de John Herschel: “ese misterio de misterios, el reemplazo de las especies extinguidas por otras”, en su famosa carta a Charles Lyell en 1836, frase que tuvo tal

impacto en Darwin que la utilizó al principio de *On the Origin of Species*.<sup>23</sup>

En su visita a las islas Galápagos, Darwin vio exactamente cuán especializada podía ser esa distribución geográfica; pero su observación no era más específica que las hechas por Humboldt sobre los insectos del río Orinoco, donde advirtió que cada nuevo afluente de éste se caracterizaba por una nueva especie de mosquito.<sup>24</sup> Puedo decir que Darwin fue muy afortunado; al haber sido puesto sobre aviso por Humboldt respecto al problema, pudo reconocer un ejemplo en un caso muy simple, donde el límite geográfico era tan claro y obvio como una extensión de agua. Los insectos de Humboldt, que variaban en especie de afluente a afluente, de hora en hora del día, por la altitud sobre el nivel del mar y por su distancia respecto del agua, constituían un problema mucho más complicado. Y, por supuesto, Humboldt estaba primordialmente interesado en probar una tesis negativa: que el clima no era explicación suficiente para la distribución geográfica. Darwin no solamente se benefició por la simplicidad de la situación que lo había impresionado, sino, además, por encontrarse libre de las viejas teorías que Humboldt había desechado.

Nótese, sin embargo, que solamente he dicho que la simplicidad de la situación de las islas Galápagos facilitó a Darwin ver y pensar acerca del problema. El Darwin maduro nunca admitió que el aislamiento geográfico en sí pudiera ser la causa de la diferencia de las especies. Esa explicación simple y unidireccional habría estado contra todos los buenos instintos humboldtianos.

La ciencia humboldtiana dio origen a una herramienta característica. Como Humboldt dijo, “Las observaciones no son realmente interesantes, excepto cuando podemos disponer de sus resultados de manera que nos conduzcan a ideas generales”.<sup>25</sup> Registrar las observaciones en tablas numéricas, como a menudo lo hizo Humboldt, no siempre era la mejor forma. Los datos geográficamente distribuidos se pueden disponer mejor en un mapa. Pero no cualquier clase de mapa. Humboldt lo hacía en lo que yo llamo el “iso-mapa” o sea, un mapa que muestra las líneas de igualdad de cierta información: isotermas, isóteras, isobáricas, isodinámicas, isógonas o iso-cualquier cosa que se prefiera. No todos estos “isos” dieron resultado, pero el ímpetu dado a la presentación de los datos en forma gráfica, llevaba a toda clase de cosas divertidas. Resulta difícil para nosotros recordar lo novedosas que eran las gráficas en la década de 1820. Si existe algo que muestre lo que Lagrange perdió, excepto como gran técnico, es esto. En realidad, no creo que haya sido Humboldt solo quien lo notara; pero la secuencia de mareas, a gráficas de mareas, a analizadores armónicos y sintetizadores (o, como diríamos hoy, computadores análogos) es bastante clara. Si agregamos bastante topología (o, cuando menos, la relacionada con Gauss, Dirichlet y Riemann), como instrumentos generados por los problemas de la geodesia, y añadimos



la ciencia humboldtiana: el estudio de los fenómenos reales, amplios pero relacionados entre sí, a fin de encontrar una ley analítica y una causa dinámica. Comparado con esto, el estudio de la naturaleza en el laboratorio, o el perfeccionamiento de ecuaciones diferenciales era anticuado, era una ciencia simple que tenía que ver con variables sencillas. Siempre que se encuentre a un científico norteamericano estudiando la distribución geográfica, el magnetismo terrestre, la meteorología, la hidrología, las corrientes marítimas, la estructura de las cordilleras, la orientación de los estratos y la radiación solar; cuando se le vea pasar el tiempo jugando con diagramas, mapas y gráficas, higrómetros, brújulas, barómetros, termómetros de máxima y mínima, querrá decir que no es baconiano, ni retrógrado, ni colonial, que no es jeffersoniano, ni está haciendo eso porque sea aficionado y el cálculo le resulte muy difícil; sino que está participando ardientemente en la más moderna ola de actividad científica internacional: está siendo cosmopolita.

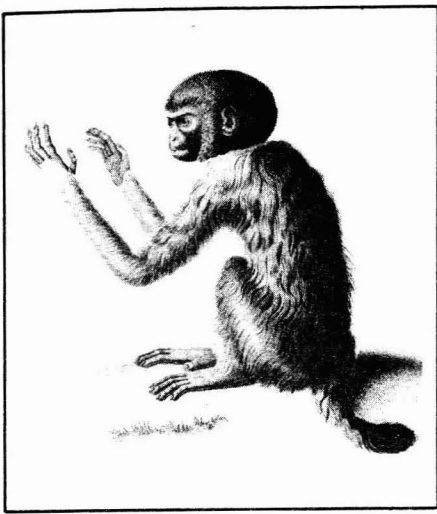
No es sino hacia fines del siglo XIX, después de que la física moderna se había elevado a una autosuficiencia dogmática, que este tipo de actividad fue visto como una anticuada recopilación de datos y que la teoría del magnetismo terrestre de Gauss no fue aceptada siquiera como tal. Pero eso es tomar el punto de vista de un físico de 1900, en vez del de alguien que, en 1830, deseaba incorporarse a la vanguardia.

Tengo todavía otro agregado que me parece tan interesante como mi tesis principal. No he dicho, porque no lo creo, que Humboldt haya inventado la ciencia humboldtiana, o cuando menos las partes que la componen; creo que lo que él hizo fue unirlos de manera brillante. Leer a Humboldt me permitió generalizar respecto a lo que yo había percibido antes en la historia de la geología, tomado de otros estudios: que el científico más importante de fines del siglo XVIII, en la actualidad poco recordado, es Horace Benedict de Saussure. En verdad, Saussure puede considerarse uno de los tres o cuatro científicos más importantes de fines del siglo XVIII, esté olvidado o no. Sin embargo no fue el único científico importante en la escena pre-humboldtiana. Parece ser que la ciencia de Humboldt, la ciencia de medición mundial de variables, no pudo darse en 1770 debido a que los instrumentos de que se disponía eran demasiado imperfectos. El estímulo de los viajes de Cook es claro; el mismo Humboldt fue inducido a viajar por George Forster, quien acompañó a Cook en su segundo viaje. Pero las mejoras a los instrumentos portátiles después de 1770 son de poca monta porque la *idea* básica del instrumento ya existía. Inclusive, un expertísimo especialista en instrumentos, Middleton, parece no saber por qué Gay-Lussac perdía el tiempo con el barómetro de sifón. El barómetro fue el instrumento usado para determinar la altura sobre el nivel del mar, una de las variables básicas de Humboldt. Después de que Fortin hubo incorporado

medidas absolutas como resultado del magnetismo terrestre humboldtiano, podemos ver que el resultado del estudio de la información geográficamente distribuida ha sido en verdad bastante voluminoso.

Para resumir, si encontramos a un científico americano vaciando su información sobre un mapa o una gráfica, es muy probable que estemos frente a un humboldtiano. También es probable que dicho científico haya tenido que desplegar un esfuerzo considerable para poner sobre el mapa algo equivocado: temperatura máxima en vez de temperatura media, velocidad del viento en lugar de volumen del viento, latitud de las plantas en vez de altitud sobre el nivel del mar. En realidad, es casi seguro que *cualquier* serie de coordenadas den una respuesta equivocada, razonamiento que Humboldt dejó bastante claro.<sup>26</sup> Un típico parámetro humboldtiano, por ejemplo, la temperatura mínima media, varía no sólo con la latitud y la longitud, la estación del año, la hora del día y la altura sobre el nivel del mar, sino que también varía con la época geológica.

Para resumir mi idea principal: el aspecto más nuevo e importante en la ciencia europea de la primera mitad del siglo XIX fue



todas las mejoras hechas al barómetro de mercurio —incluyendo la mejoría decisiva hecha por Ramsden en la escala de lectura—, convirtiéndolo, por el año de 1809, en un instrumento portátil extremadamente útil, el siguiente problema importante fue el de los efectos de la capilaridad en la determinación absoluta del barómetro de mercurio; por tanto, los amigos de Humboldt en París, Arago y Gay-Lussac, se echaron auestas ese trabajo.<sup>27</sup>

Algo que sobresale en el estudio de Humboldt y de otros viajeros científicos después de 1800 es su repudio del “conocimiento” científico basado en mediciones hechas 20 o 30 años antes. El trabajo de Ramsden y sus sucesores, así como el de Harrison y sus sucesores, había hecho dudosas todas las mediciones realizadas por exploradores anteriores. Hemos oído hablar de sextantes y cronómetros en el contexto de la navegación; pero los sextantes de Ramsden o los cronómetros de Berthoud tuvieron, me imagino, una importancia marginal en la historia del comercio. Los que viajaban por tierra podían relocalizar las fronteras de imperios, fijar posiciones de cordilleras y descifrar sistemas fluviales con aquellos instrumentos cuyas dimensiones máximas eran de 12 pulgadas o menos.

Fue el mejoramiento del barómetro, del termómetro, del higrómetro, del sextante y de la brújula los que hicieron posible la expansión, a nivel mundial, de la ciencia. Esto nos lleva a un mundo muy confuso de experiencias, en el que las ideas respecto a qué es lo que se debe medir y las ideas respecto a cómo mejorar el pivote de una aguja se hallan estrechamente vinculadas. Uno de los habitantes más intrigantes de este reino fue Borda, explorador y fabricante de instrumentos; tan intrigante en sus aciertos como en sus errores. Borda ocupará el lugar que le corresponde en la historia, únicamente cuando alguien esté dispuesto a ensuciar su mente con problemas tales como a qué grado se hundirá una aguja, o si un barómetro se romperá por la expansión de su soporte de madera en regiones de humedad distintas de las europeas.<sup>28</sup>

En realidad, esta cuestión de la humedad fue uno de los problemas a los que los británicos se enfrentaron por 1760, con el trabajo geodésico realizado en las colonias por Mason y Dixon; y los instrumentos geodésicos de Borda fueron, tal vez, menos satisfactorios que aquéllos producidos por Ramsden o por un exsúbdito británico, David Rittenhouse, hacia 1780. Menciono esto sólo para mostrar que estoy consciente del hecho de que las empresas científicas dedicadas a uno u otro tipo de información acerca de la distribución geográfica no eran novedosas en 1800; en geodesia, formaban parte del engranaje newtoniano, pero sólo como una parte aplicada y que confirmaba la teoría. Humboldt hizo avanzar sus distintos intereses desde los círculos externos hasta el centro; y creo que fue para la más importante de las audiencias científicas para la que los hombres de ciencia norteamericanos realizaron sus obras en la primera mitad del siglo XIX.

#### Notas:

1. *Preliminary Discourse* (Londres, 1831), págs. 104 ss.; Joseph Agassi: “Sir John Herschel’s Philosophy of Success”, *Historical Studies in the Physical Sciences*, 1, (1969), 18, 35.
2. Véase mi artículo “John Herschel and the Idea of Science”, *Journal of the History of Ideas*, 22 (1961), 222.
3. *Don Juan*, Canto XV, stanza XVIII.
4. Humboldt deseaba deshacerse de su heredado “von”, pero sus editores no se lo permitieron. Este y otros detalles biográficos los he tomado de Charles Minguet: *Alexandre de Humboldt*, Maspero, París, 1969.
5. Alexander de Humboldt: *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent*, traducción al inglés de Helen Williams, 7 vols. en 9, Londres, 1814-1829, IV, 201. Todas mis citas se refieren a esta traducción de la *Relation historique du voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, de Humboldt, 3 vols, París, 1814-1825, ya que fue el mejor medio para llevar al cabo el acercamiento de Humboldt a la gente de habla inglesa. Se debe hacer notar que el famoso *Kosmos* de Humboldt fue producto de su vejez y desilusionó incluso a algunos de sus discípulos; no es el camino para conocer las ideas más influyentes e importantes de Humboldt.
6. *Personal Narrative*, III, 326.
7. *Personal Narrative*, VI, Parte 2, 591-594.
8. *Personal Narrative*, II, 81-82; V, Parte I, 470.
9. *Personal Narrative*, II, 83.
10. *Personal Narrative*, VI, Parte 2, 392.
11. *Personal Narrative*, VII, 288.
12. *Personal Narrative*, II, 57-58.
13. *Personal Narrative*, III, 327-330, 540 ss.
14. *Personal Narrative*, VI, Parte I, 190-191 y 191n.
15. Charles Lyell: *Life, Letters and Journals*, ed. K. Lyell, Londres, 1881, I, 125-128, 140-141, 146.
16. Sobre las líneas isotermas, véase Lyell, *Life*, I, 270. Si uno cree en el vulcanismo y el neptunismo, podría desear convertir a Humboldt en vulcanista; pero estos términos son bastante desorientadores y prefiero evitarlos. El término “catastrofismo” no es mucho mejor, pero transmite la idea de lo que pudo haber pensado de Humboldt un joven inglés.
17. Tuve la fortuna de ver la copia de una publicación preliminar de un estudio del doctor Herbert sobre el trabajo geológico de Charles Darwin en Sudamérica.
18. *Personal Narrative*, II, 15, 11, 15; véase mi artículo “Darwin’s Vision in *On the Origin of Species*”, en *The Art of Victorian Prose*, ed. G. Levine y W. Madden, Nueva York, 1968, pp. 169-170.
19. *Personal Narrative*, II, 55, 55n; III, 493; véase Cannon, *loc. cit.*, p. 163, tesis que debe ser ahora modificada: la retórica de Darwin es no solamente la del “imperio colonial británico”, sino la de los imperios coloniales en general.
20. *Personal Narrative*, III, 355; V, Parte I, 1-2.
21. *Personal Narrative*, V, Parte I, 180.
22. *Personal Narrative*, III, 491.
23. Véase mi artículo “The Impact of Uniformitarianism”, *Proceedings of the American Philosophical Society*, 105. (1961), 301.
24. *Personal Narrative*, V, Parte I, 88 ss.
25. *Personal Narrative*, II, 48.
26. *Personal Narrative*, II, 52-58.
27. W. E. Knowles Middleton: *The History of the Barometer*, Baltimore, 1964, pp. 140, 196, 207, 210; *Personal Narrative*, VI Parte, 2, 773.
28. *Personal Narrative*, II, 118-120; V, Parte 2, 551.



# ALEJANDRO DE HUMBOLDT



## DE LA ESCLAVITUD\*

He observado el estado de los negros en los países en que las leyes, la religión y los hábitos nacionales se dirigen a dulcificar su suerte; y sin embargo he conservado al dejar la América el mismo horror a la esclavitud que tenía en Europa. En vano algunos escritores perspicaces, para echar un velo a la barbarie de las instituciones con las ficciones ingeniosas del lenguaje, han inventado las palabras de *cultivadores negros de las Antillas*, *vasallaje negro* y *protección patriarcal*; porque es profanar las nobles artes del entendimiento y de la imaginación el disculpar con comparaciones ilusorias o con sofismas capciosos los excesos que afligen la humanidad y le preparan conmociones violentas. ¿Se cree que se adquiere derecho a no tener conmiseración porque se compare el estado de los negros

\* El presente texto forma parte del capítulo VII, denominado "De la esclavitud", del *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Hemos utilizado la primera versión castellana de la obra (Editorial Jules Renouard, París, 1827; traducción de D.J.B. de V. y M.), actualizando la ortografía y modificando levemente algunas frases.

El *Ensayo político sobre la isla de Cuba* se publicó originalmente en francés, en dos volúmenes en octavo (Gide et fils, París, 1826). En esta obra, Humboldt reprodujo la última parte del tercer volumen de la edición en gran in quarto de su *Relation historique du Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* (Tomo III, Smith et Gide fils, París, 1825). [Nota de J. L.]



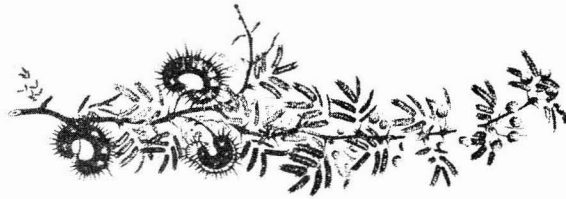
con el de los siervos de la Edad Media y con el estado de opresión en que gimen todavía algunas clases en el norte y en el este de Europa? Estas comparaciones, estos artificios del lenguaje y esta impaciencia desdeñosa con que se rechaza como quimérica aun la esperanza de una abolición gradual de la esclavitud, son armas inútiles en el tiempo en que vivimos. Las grandes revoluciones que el continente americano y el archipiélago de las Antillas han experimentado desde principios del siglo XIX, han influido en las ideas y en la razón pública del país mismo en que existe la esclavitud y empieza a modificarse. . .

La esclavitud es sin duda el mayor de todos los males que han afligido a la humanidad, ya se considere al esclavo arrancado de su familia en su país natal, y metido en los depósitos de un buque negrero, ya se le considere como parte de un rebaño de hombres negros apriscados en el territorio de las Antillas. . .

La filantropía no consiste en dar un poco de bacalao más y algunos azotes menos; porque una verdadera mejora de la clase servil debe abrazar la posición total, moral y física del hombre. . .

Si la reunión de los propietarios, y si los congresos o legislaturas locales no adoptan las mismas miras, y no obran conforme a un plan bien concertado, y cuyo último objeto sea la supresión de la esclavitud en las Antillas [el





germen de la destrucción estará latente]. Hasta tanto, por más que se lleve cuenta de los azotes, por más que se rebaje el número de los que pueden darse de una vez, por más que se requiera la presencia de testigos y por más que se nombren protectores de los esclavos, todos estos reglamentos dictados por las intenciones más benéficas, se eluden con facilidad; porque la separación de los plantíos imposibilita la ejecución; y los reglamentos suponen un sistema de inquisición doméstica, incompatible con lo que se llama en las colonias, "derechos adquiridos". El estado de esclavitud no puede mejorarse pacíficamente del todo sino por la acción simultánea de los hombres libres (blancos y de color) que habitan las Antillas, por los congresos y legislaturas coloniales, y por la influencia de los que, gozando de gran consideración moral entre sus compatriotas, y conociendo las localidades, saben variar los medios de hacer la mejora, según las costumbres, los hábitos y la posición de cada isla. . .

Algún día no se querrá creer que antes de 1826, no había en ninguna de las Grandes Antillas una ley que impidiese el vender los niños de corta edad y separarlos de sus padres, ni que prohibiese el método degradante de marcar los negros con un hierro candente, únicamente para reconocer con más facilidad el ganado humano. . .

Los hombres de color libres (negros, mulatos y mestizos) han abrazado con calor la causa nacional; y la raza bronceada ha permanecido en su desconfianza tímida y en su impassibilidad misteriosa, sin tomar parte en los movimientos de que ella, a pesar suyo, obtendrá provecho algún día. Los indios, mucho antes de la revolución, eran agricultores pobres y libres, y aislados por la lengua y las costumbres, vivían separados de los blancos. Si con menosprecio de las leyes españolas, la codicia de los corregidores y el régimen enredado de los misioneros ponían muchas veces trabas a su libertad, había gran distancia de ese estado de opresión y de embarazo, a una esclavitud personal como la de los negros, o a una servidumbre como la de los labradores en la parte esclavona de Europa. El corto número de negros y la libertad de la raza indígena, de que ha conservado más de ocho millones y medio la América, sin mezcla de sangre extranjera, caracterizan las antiguas posesiones continentales de España, y hacen su situación moral y política del todo diferente de la de las Antillas, donde, por la desproporción entre los hombres libres y los esclavos, se han podido desenvolver con más energía *los principios del sistema colonial*. . .

No se puede alabar bastante la prudencia de la legisla-

ción en las nuevas repúblicas de la América española, que desde su origen se han ocupado seriamente en la extinción total de la esclavitud. Esta parte dilatada del mundo tiene, en cuanto a esto, una ventaja inmensa respecto de la parte meridional de los Estados Unidos, donde los blancos durante la guerra contra Inglaterra han establecido la libertad en beneficio suyo, y donde la población esclava, que llegaba ya a un millón y seiscientos mil, se aumenta aún con más rapidez que la población blanca. . .

Para que progresivamente se consigan aflojar los lazos de la esclavitud, se necesitan: la más rigurosa observación de las leyes contra el tráfico de los negros, penas infamantes contra los que las quebranten, la formación de tribunales mixtos y el derecho de vista ejercido con una reciprocidad equitativa. Es ciertamente triste el saber que, por descuido desdeñoso y culpable de algunos gobiernos de Europa, el tráfico de negros (hecho más cruel porque es más oculto), arranca de nuevo al Africa, de diez años a esta parte, casi el mismo número de negros que antes de 1807. . .

Sábase con harta certidumbre que sólo las Antillas inglesas han recibido en los ciento y seis años que precedieron al de 1786, más de 2 130 000 negros arrancados de las costas de Africa. En la época de la Revolución francesa, el comercio de esclavos suministraba 74 000 por año (de los cuales 38 000 eran para las colonias inglesas y 20 000 para las francesas). Fácil sería probar que en todo el archipiélago de las Antillas, en el cual apenas hay 2 400 000 negros y mulatos —libres y esclavos— han entrado desde 1670 a 1825 cerca de 5 000 000 de africanos (negros bozales). En estos cálculos chocantes acerca del consumo de la especie humana, no ha entrado en cuenta el número de desgraciados esclavos que han muerto en la travesía o han sido echados al mar como mercancías averiadas. . .

Para causar grandes mudanzas en el estado social, se necesita la coincidencia de ciertos sucesos, cuya época no puede calcularse de antemano. La complicación de los destinos de la especie humana es tal, que las mismas crueldades que ensangrentaron las conquistas de las dos Américas se han renovado a nuestra vista, en tiempos que creíamos caracterizados por un progreso asombroso de instrucción, y por una suavidad general de las costumbres. La vida de un hombre solo ha bastado para ver el terror en Francia, la expedición de Santo Domingo, las reacciones políticas de Nápoles y España, y podríamos añadir las matanzas de Chio, Ipsara y Misolonghi, obra de los bárbaros de Europa oriental, que las naciones civilizadas del oeste y del norte han creído que no debían impedir.

# CRITICA

## SUMARIO

---

### *Difusión*

---

Cultura y conciencia social, por Leopoldo Zea / 34

---

### *Libros*

---

Humboldt ilustrado, por Anne Macpherson / 35

Un cuento de sordos (Humboldt-O'Gorman-Minguet), por Jorge Alberto Manrique / 36

---

### *Recuerdo*

---

Nostalgia de la infancia, por Enrique Jaramillo Levy / 38

---

### *Crónica*

---

La China Mendoza agarró y dijo, por Edmundo Domínguez Aragnés / 39

---

### *Letras*

---

Esta cara de la luna, por Miguel Donoso Pareja / 40

---

### *Clásicos*

---

Nostromo: aventuras y metafísica, por Carmen Galindo / 41

---

### *Sociología*

---

Intelectuales y política, por Sergio Gómez Montero / 42

---

### *Teatro*

---

Algunos ángulos del teatro en México, por Malkah Rabell / 43

---

### *Cine*

---

¡Bravo Bertolucci! , por David Ramón / 45



# Difusión



## Cultura y conciencia social

por Leopoldo Zea

El día de hoy, y en esta hospitalaria ciudad de San Luis Potosí iniciamos los trabajos de la Tercera Reunión de Consulta, y Primera Asamblea General del Consejo Nacional de Difusión Cultural. Hace un año, en la ciudad de México, se dio comienzo a los trabajos encaminados a coordinar los esfuerzos que se realizan en el país, en el campo de la difusión cultural. Hace seis meses, también en la ciudad de Jalapa, creamos el instrumento formal que serviría de base a esta coordinación. Ayer fueron la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Veracruzana, las que, por su patrocinio, permitieron dar estos primeros pasos; ahora es la Universidad Autónoma de San Luis Potosí la que nos ofrece la oportunidad para dar otro paso en el no fácil camino de la difusión de la cultura.

De los logros de estos primeros esfuerzos da ya fe el ambiente que rodea a esta Tercera Reunión. La Semana de la Cultura que se está realizando en esta ciudad como primera expresión de la anhelada coordinación y colaboración para dar a su difusión una proyección más amplia. Exposiciones, conferencias, cine, teatro, danza, música, bajo el patrocinio de diversas instituciones de cultura nacionales, forman ahora el marco cultural para el trabajo de la nueva reunión de Consulta. ¡Ojalá y en un futuro próximo esta misma actividad, como expresión aún más amplia de este espíritu de colaboración y coordinación, pueda hacerse presente en otros lugares de la República! La cultura, hay que insistir una y otra vez, es, ha sido y deberá ser patrimonio del pueblo y para el pueblo. Del pueblo porque de él proviene toda la auténtica cultura de una nación y porque a él deberán ir las expresiones de esa misma cultura para su permanente enriquecimiento. Pero al hablar del pueblo, debemos tener extremado cuidado en no hacer de esa palabra un algo hueco, palabra demagógica. Habrá que ir al pueblo pero considerándolo como la realidad concreta que es y, por concreta, múltiple, diversa; con la multiplicidad y diversidad que expresan los individuos que forman el pueblo. Por ello, también, habrá que llevar a ese pueblo la cultura en sus múltiples expresiones, no hablar ya más de cultura de *élites* o de cultura popular, sino simplemente de cultura. De la cultura que habrá que llevar, difundir, a los múltiples individuos que forman la sociedad, el pueblo, en tal forma, que todos éstos, sin

excepción tengan abierta la posibilidad de definir y realizar su personalidad eligiendo los elementos de la misma de una amplísima gama de expresiones culturales a su alcance.

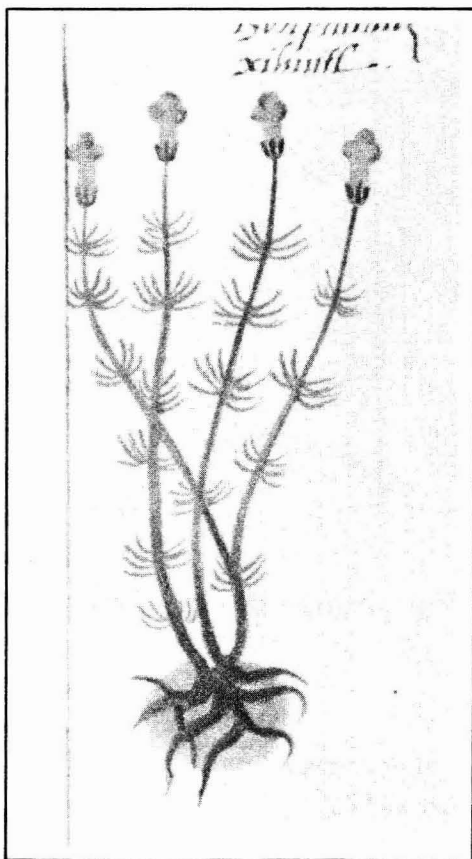
No debemos tampoco olvidar que la difusión de la cultura es algo más que un instrumento complementario de la educación que se imparte en las escuelas y otras instituciones que tienen como misión la formación del individuo, de los individuos que forman la sociedad, nación o pueblo. Algo más que un complemento, una acción tan importante como la docente y la investigación. Expresiones, las tres, de una sola y gran tarea: la educativa. Tanto se forma al individuo en el aula, el taller, el seminario o el laboratorio, como en los momentos en que disfruta de un supuesto ocio, buscando esta o aquella distracción que le permita descansar haciendo adobes. Este hacer adobes es también parte de la educación. De una educación aún más intensa de la que puede ofrecerse en las instituciones de docencia e investigación. Es por ello que se ha considerado importante plantear este problema dentro del cuadro de la Reforma Educativa en que se viene insistiendo en nuestros días. Pues nada valdrá tal reforma si se olvida una dimensión del individuo que queda fuera del alcance de la labor formativa de las aulas, seminarios y laboratorios. La dimensión externa, sometida al tremendo bombardeo de noticias, incitaciones, sugerencias que ofrece la sociedad de consumo en que nos encontramos inmersos, a través de los poderosos instrumentos de información y difusión con que ésta cuenta.

Ofrecer a este individuo, a los individuos cuya suma hacen los pueblos, otros criterios y la racionalización de su mundo —en tal forma que pueda poner en acción su propia iniciativa realizando la plenitud de su individualidad— deberá ser función de

las instituciones educativas, en especial de las universidades. Racionalizar el abigarrado mundo al que este individuo ha de enfrentarse debe ser parte de la tarea y preocupación de estas instituciones. Se viene hablando en estos días de Universidades abiertas. Una apertura para que la docencia salga de las aulas, laboratorios y seminarios y llegue así al mayor número de los individuos que demandan masivamente educación. Pero darse a esta idea una connotación más amplia, la de una plena apertura a la sociedad de que son parte las universidades. Estos centros de educación superior surgieron en la historia como instituciones cerradas, privadas, para individuos selectos; así aparecieron las academias, liceos e iglesias. Comunidades cerradas para individuos selectos, para los buscadores de su propia salvación, de su salvación frente a la propia sociedad. Esto ha cambiado, y una expresión de este cambio ha sido la insistente demanda en la juventud de nuestros días, para que las universidades ganen la calle y vayan al pueblo. No, por supuesto, como instrumentos políticos, que ésta es función de otros sectores de la sociedad, sino como instrumentos racionales que ofrezcan al individuo que forma las comunidades los elementos para que tome sentido su individualidad, dentro de la comunidad. Universidades abiertas a la comunidad, recibiendo de ellas los elementos que han de ser considerados y racionalizados, y ampliando a la vez las posibilidades de una acción igualmente racionalizada, esto es, adecuada a las necesidades de la comunidad.

En este sentido, la acción que llamamos difusión cultural, debe ser enfocada con una mayor amplitud. De recepción y de difusión de las expresiones de la cultura en que se forma el hombre contemporáneo, incluyendo dentro de éstas la ciencia, la técnica y la política. Enfocar, discutir, las expresiones de este complejo mundo, para ofrecer, a través de una amplia difusión, el punto de vista de estas instituciones. El abigarrado mundo que presiona al individuo, sometido al análisis, al estudio y a la consideración de las universidades y de los universitarios. No abandonando sus criterios a la influencia de los demagogos, provocadores o agentes interesados. El academismo, hay que reconocerlo, ya no funciona en nuestros días. El mismo sólo ha llevado a las instituciones de educación superior a su utilización, su mediatización, por intereses de grupos limitados, circunstanciales. Cambiar esto sería el ideal por alcanzar, en una auténtica difusión cultural, dando a la misma un sentido más amplio, esto es, de recepción, análisis y difusión de la cultura en sus diversas expresiones, incluyendo las de la convivencia, la política, al lado de las diversas expresiones del arte, la ciencia y la técnica.

No me queda ya sino agradecer, en nombre del Consejo Nacional de Difusión Cultural, a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y al gobierno del Estado su hospitalidad y la oportunidad que nos ofrece para ampliar las posibilidades de las tareas que nos hemos propuesto, deseando a los asistentes a esta Tercera Reunión de Consulta, un éxito más en sus deliberaciones.



## Humboldt ilustrado

por Anne Macpherson

Tradicionalmente, mientras que en Alemania y los Estados Unidos se ha considerado a Alejandro de Humboldt como un geógrafo físico, por encima de otra cosa, en América Latina, en cambio, se le ha visto como un humanista y un amante de la libertad. Charles Minguet (investigador del Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine), en su *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole*, sostiene esta última opinión y, al propio tiempo arroja nueva luz sobre las contribuciones de Humboldt al conocimiento de muchos campos de los estudios latinoamericanos.

Minguet divide su trabajo en seis apartados. En el primero, "Education, idées politiques, philosophiques, scientifiques et vocation au voyage américain", pone de relieve la influencia que en Humboldt ejercieron los filósofos franceses del siglo dieciocho, en especial Diderot y Condorcet. En los siguientes capítulos, Minguet relaciona algunas ideas específicas de Humboldt con las de esos escritores franceses, pero su trabajo no intenta probar tal influencia, ni interpretar la obra de Humboldt a la luz de esas ideas.

La sección que se llama "Le voyage d'Alexandre de Humboldt en Amérique espagnole" incluye un útil sumario del itinerario seguido por Humboldt, bajo la forma de una tabla que indica, cronológicamente, los lugares y personas visitados por Humboldt, a más de sus observaciones. Así, pueden fácilmente establecerse las observaciones y determinaciones científicas de Humboldt (aquellas que pertenecen a la geografía física, económica y humana), con las observaciones históricas, políticas, sociológicas y etnográficas, en su secuencia y lugar.

La parte menos satisfactoria es la última, relativa al trabajo científico de Humboldt, lo mismo que algunos aspectos particulares de historia, economía y sociología. Minguet, aquí, acude con insistencia a fuentes secundarias, o se limita a recapitular los hallazgos hechos por Humboldt, con escasa crítica o poca evaluación.

Minguet organiza su examen y valoración del trabajo humboldtiano en tres secciones que se ocupan, respectivamente, de

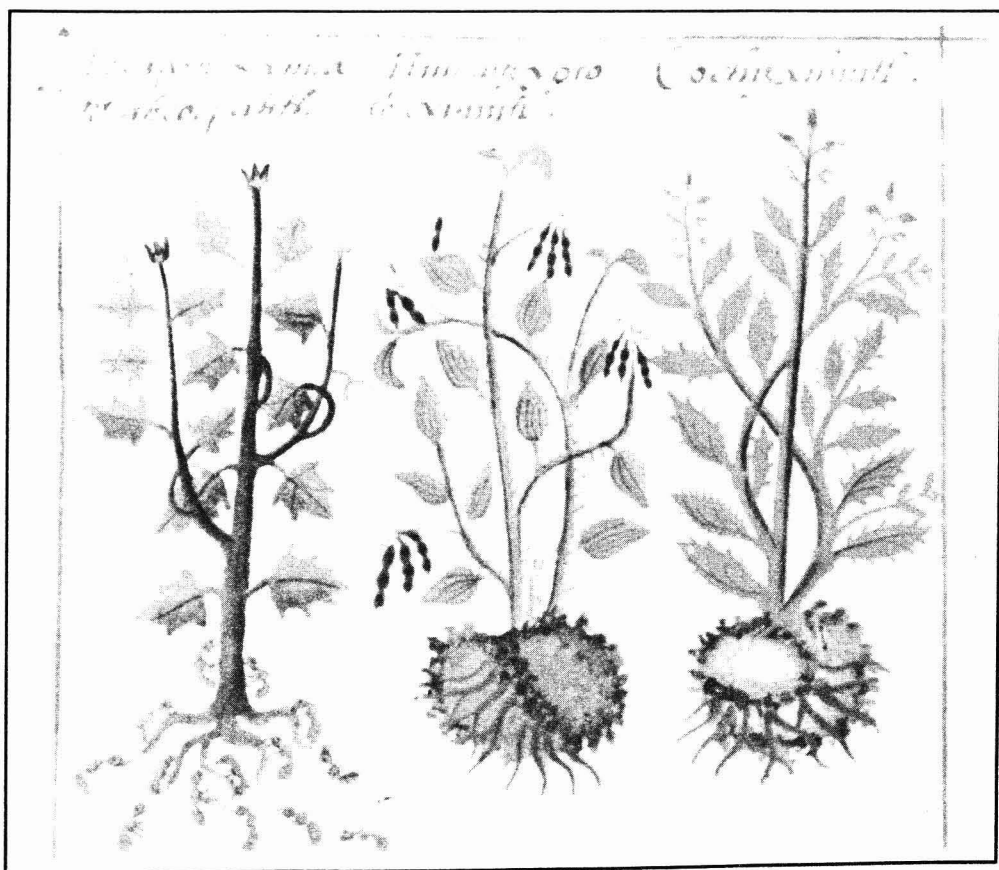
la población blanca, el indio americano y los problemas negros de la América hispánica. Esta feliz disposición permite a Minguet examinar los métodos y conclusiones de Humboldt colocándolos frente a diferentes tipos de datos y comparando su obra con los conocimientos posteriores y modernos. Sin embargo, tal disposición oscurece la unidad del trabajo humboldtiano que, aun cuando abarcaba muchos temas, cada uno de los cuales requería diferente tratamiento y examen, estaba penetrado y guiado por una idea dominante acerca de la humanidad y el desarrollo de la civilización.

Minguet reconoce el mérito de Humboldt y sus contribuciones al campo de la demografía, al través del desarrollo de sus precisas estadísticas de población, que iluminan el curso de la colonización europea de América Latina, y al través de sus estudios de la distribución de la población y su densidad relativa. Destaca las penetrantes descripciones que Humboldt hace de la sociedad colonial, sus costumbres y carácter, su estructura y las divisiones y conflictos entre europeos y criollos, su análisis de la difusión de las nuevas ideas y el creciente descontento hacia los colonizadores, así como su perspicaz sentido para comprender las implicaciones políticas de estos hechos. Pese a que respeta la agudeza política de Humboldt, Minguet señala que algunos problemas de importancia se le escaparon. Coloca las observaciones de Humboldt en su perspectiva histórica, y las discute en relación con figuras importantes con las que trató el sabio alemán. A pesar de que Minguet está consciente de la archisabida simpatía de Humboldt por los españoles americanos y de su crítica al sistema colonial, no puede concluir, empero, que el sabio alemán haya animado directamente a la revolución durante su viaje, o con posterioridad al mismo.

Minguet también destaca que Humboldt

fue el primer europeo indigenista, pues supo reconocer las altas civilizaciones americanas, en contra de la opinión prevaleciente. Muestra que las conclusiones de Humboldt se formaron en la experiencia directa de su viaje, y fueron apoyadas en años de cuidadosa lectura. Los libros de Humboldt imprimieron un nuevo ímpetu al estudio de las civilizaciones americanas; sus descripciones antropológicas fueron más favorables y, al propio tiempo, más precisas y ciertas que las visiones tempranas, idílicas o distorsionadas, de los indios. Minguet sostiene que el trabajo de Humboldt debe ser considerado como el precursor de los métodos de antropólogos posteriores, desde Schomburgh hasta Levi-Strauss, quienes lo han utilizado, desarrollado, perfeccionado o criticado. Minguet siempre nos pone en guardia, empero, contra quienes intentan clasificar los trabajos humboldtianos bajo el rubro de las últimas escuelas, o los evalúan comparándolos con los conocimientos actuales, resultado de muchos años de estudios. Nos recuerda que, a propósito de las contradicciones que ofrecen las civilizaciones americanas, y que nos golpean con tanta dureza, Humboldt ha planteado los mismos problemas que los estudiosos actuales.

El examen que Minguet hace de "Humboldt et le problème noir", se enfoca hacia las investigaciones estadísticas y demográficas del sabio alemán, sus observaciones a propósito del trato y la situación de los negros, y su análisis de las ideas relativas a la esclavitud. Asocia el odio de Humboldt a la esclavitud, y su continua lucha por abolirla, con los ideales de libertad individual, expresados en los escritos de Diderot, Rousseau y Voltaire. No obstante, Minguet, posiblemente a causa de que está más interesado en evaluar los métodos y conclusiones de Humboldt, parece no apreciar a qué grado tales ideales de humanidad y libertad



individual, dominaron su pensamiento. Humboldt, sin embargo, sostenía estos ideales no en un contexto francés, sino en un contexto peculiarmente germano, kantiano, de acuerdo con el cual formó y orientó toda su obra, incluso la realizada en las ciencias naturales.

El libro de Minguet arroja nueva luz acerca del alcance y valor del trabajo de Humboldt y sus contribuciones al conocimiento y estudio de Latinoamérica. Se trata de una relevante investigación y de una valiosa aportación a la literatura humboldtiana.

[Traducción Jaime Labastida]

## Un cuento de sordos (Humboldt-O'Gorman-Minguet)

por Jorge Alberto Manrique

Un reciente libro editado en Francia, cuyo autor es Charles Minguet: *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole* (1799-1804), en París, por François Maspéro en 1969, no puede no interesar al público mexicano, que tan justificada devoción ha tenido y sigue teniendo por aquel gran hombre de ciencia. La relación recíproca de Humboldt y México entra en el feliz terreno de los amores correspondidos.

El libro de Minguet manifiesta de entrada su intención de proporcionar al lector francés una visión de conjunto de los quehaceres americanos del barón prusiano, que en Francia, dice, no ha tenido "la audiencia que merece". Pero ciertamente advertimos, no fuera más que por las casi 700 páginas que lo componen y el gran aparato crítico, pretensiones mayores.

El voluminoso estudio reseña principalmente las reflexiones de Humboldt sobre la América española (y por eso sorprenden las fechas que señala en el título, ya que si éstas son las de su viaje famoso, la presencia de América en sus escritos se da hasta los últimos días de la larga vida del sabio). Estudio muy al uso del día, con muchos, muchos datos y más bien pocas ideas: gran recipiente donde se ha vertido buena parte de lo que existe sobre Humboldt. El meollo del libro está constituido por tres secciones que, también muy de acuerdo con los vientos que ahora soplan, se ocupan de Humboldt y la población blanca, el indio y el problema negro respectivamente: partido que refleja —parece— muy a las claras las preocupaciones "tercermundistas" del intelectual francés medio.

No por su prurito de objetividad el libro deja de ser en mucho un libro polémico. Polémico en el mal sentido de la palabra: regañón más bien; el autor, lejos de abrir discusiones en un plano de seriedad acadé-



mica, se contenta con señalar, desde lo alto de la que supone su sabiduría inobjetable, los errores que él cree encontrar en otros autores.

En todo caso, no me cabe duda de que el libro del señor Minguet sea un libro útil, y no sólo para informar al inadvertido auditorio francés. Pero no es mi intención aquí hacer una evaluación ni un análisis, sino sólo referirme a un problema particular que se incluye en el libro.

Algo de alguna manera sorprendente es la gran cantidad de autores mexicanos que cita el señor Minguet o que consigna en su bibliografía. No sólo los propiamente humboldtianos, como Pereyra, José Miranda u Ortega y Medina, sino muchos otros desfilan por sus páginas. Ciertamente, todos casi —con excepción quizá de Zavala— salen regañados. Sería largo y engorroso ocuparse en particular de lo injustificado o no de las críticas de Minguet. Pero hay un caso notable entre todos: el de Edmundo O'Gorman, que sale a relucir con el menor pretexto y a quien dedica además, de hecho, todo un largo apartado. Ante tanta insistencia vale la pena examinar cuáles son los agravios que han movido a Minguet a dedicar tanto espacio a nuestro historiador, y tratar de entender el porqué de tan continuas y extensas críticas. Veamos:

En el capítulo sexto, un tanto caótico en su estructura y un tanto fuera de lugar dentro de la estructura general de la obra, aparece un segundo subcapítulo intitolado "Tres aspectos particulares del pensamiento histórico, económico y geográfico de Hum-

boldt". Ahí, un primer apartado consta de dos partes, una primera corta (*La découverte de l'Amérique et Christophe Colomb*) y una segunda larga (*Christophe Colomb dans l'oeuvre de Humboldt*), que es la que particularmente nos interesa. Minguet nos dice de entrada que "dudó mucho" antes de decidirse a escribir ese apartado y que presentar el Colón humboldtiano le parecía "imprudente", que había juzgado tal empresa "imposible y poco interesante" cuando se enteró de la interpretación que hace O'Gorman en *La idea del descubrimiento de América* (1951). Ante eso ni la imprudencia ni la imposibilidad ni la falta de interés fueron capaces de detenerlo y se lanza al furioso ataque contra las ideas ogormianas.

Lo primero que le eriza el pelo es la afirmación de O'Gorman de que el Colón de Humboldt es un "instrumento de la teleología idealista de la interpretación romántica de la historia", y que, a semejanza del barón alemán que lo recrea, resulta un científico romántico. Aunque O'Gorman afirme que la visión de Humboldt tiene sitio de honor y representa el punto culminante de las interpretaciones colombinas, Minguet se siente obligado a hacer lo que cree su defensa.

Empieza por criticar el que O'Gorman utilice, para analizar el caso de Colón, el *Cosmos* de Humboldt en vez de su *Examen critique de l'histoire de la Géographie...*, sin parar mientes en que nuestro historiador justifica ampliamente esa elección y, aun haciéndola, no deje de llevar paralela-

mente el texto del *Examen*. . . Después, entre mil admiraciones, se horroriza de que haga el análisis del *Cosmos* a partir de las partes tercera y segunda, en lugar de hacerlo a partir de la primera; y también olvida las razones que señala O'Gorman para ello y desconoce que cualquier método que nos haga luz sobre un texto es válido. En el caso del *Cosmos* es claro, como lo indica O'Gorman, que la primera parte presupone la segunda y tercera.

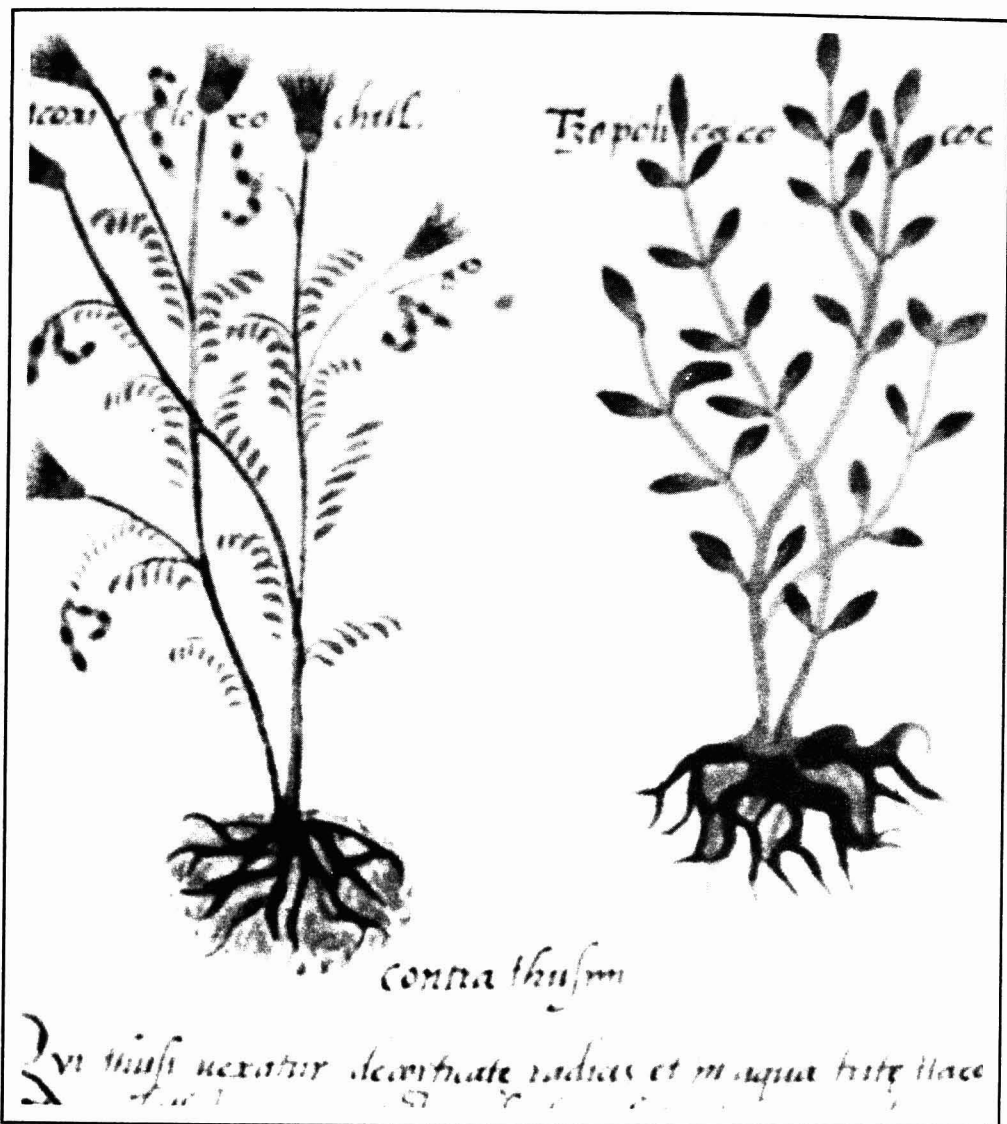
Minguet, después de afirmar que el libro de Humboldt "no tiene prácticamente estructura" se contradice para afirmar que su división es cuadripartita (p. 598) y poder continuar su exaltada diatriba: no advierte siquiera que de las cuatro partes del *Cosmos*, las dos primeras (referidas al mundo celeste y al mundo terrestre) constituyen el *Cuadro de la naturaleza*, todo él ciertamente de distinto carácter del *Reflejo del mundo exterior en la imaginación* y del *Ensayo sobre el desarrollo progresivo*.

Inconsecuencias más, inconsecuencias menos, el enojo de Minguet contra O'Gorman se centra en la afirmación de éste según la cual el Colón de Humboldt, independientemente de sus cualidades o defectos personales, de su ignorancia o sus errores, es el *descubridor* de América porque abrió la posibilidad verdadera de conocimiento del mundo transoceánico. Su empresa, pues, es de índole diversa a las exploraciones y establecimientos normandos del siglo XI, tiene sentido y funciona en el gran marco del desarrollo progresivo de la idea del Universo; y esto fue así para Humboldt por la línea general de tal desarrollo, que cambia de rumbo a partir de Colón, y porque éste tiene la posibilidad de *sentir* y hacer sentir la naturaleza tropical; y para el sabio alemán tal sentimiento está en la base de todo conocimiento verdadero. Por eso O'Gorman puede decir que el Colón de Humboldt no es el hombre de carne y hueso, sino el "instrumento teleológico" en ese desarrollo progresivo. Y Minguet monta en cólera porque para él Humboldt sí ve a Colón "como fue en realidad". Lo curioso es que aduce ahí y en otras partes, textos que más apoyan la tesis ogormiana que otra cosa:

Aunque el navegante que, a fines del siglo XV dirigía una empresa tan grande, no tuviera en absoluto la intención de descubrir una nueva parte del mundo, aunque sea indudable que Colón y Américo Vespucci hayan muerto con la persuasión de haber tocado a sólo una parte del Asia oriental, sin embargo la expedición ofrece todo el carácter de un plan científicamente concebido y cumplido. . . (Minguet 601, *Cosmos* II, 292).

O bien este otro que parece bastante explícito:

A partir de ese momento [el del descubrimiento], la inteligencia no tiene necesidad, para realizar sus grandes designios, de ser estimulada por los acontecimientos, 'se desarrollará en todas direcciones por el único efecto de la fuerza interior



que la anima' (Minguet 589, *Cosmos* II, 430-431).

O, en fin:

Cualquiera que sea el motivo, todo lo que excita al movimiento, sea error, sea previsión vaga e instintiva, sea argumentación razonada, conduce a extender la esfera de las ideas, a abrir nuevas vías para el poder de la inteligencia (*Examen*. . .)

El otro agravio que defiende Minguet es la imputación de "científico romántico" hecha por O'Gorman a Humboldt. Pero olvida que él mismo ha explicado en la primera parte de su obra todo lo de romántico que hay en el sabio prusiano. "Il est —dice— à la fois homme de sentiment et homme de raison", y agrega, al borde de la cursilería: "¿Por qué rehusarle a un enamorado de la razón las delicias funestas del sentimiento?" (p. 70).

El enojo del señor Minguet es tal que lo lleva a afirmar, sin que haya ninguna razón para ello —y con algo que huele ya francamente a mala fe—, que O'Gorman "confunde las enciclopedias con la Enciclopedia"; o a referirse siempre a nuestro historiador, en un ingenuo deseo de molestar, como "le philosophe mexicain".

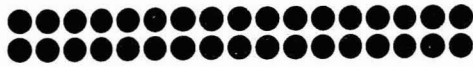
Pero más allá del humor avinagrado del autor que comentamos, puede advertirse el fondo de su actitud. Por un lado, empeñado en mostrar que Humboldt es hijo legítimo de la Ilustración francesa (tesis de la

primera parte de su libro), se sintió herido en lo más íntimo por el hecho de que O'Gorman encuentre que el alemán mantiene con aquella tradición racionalista una "subterránea pero obvia polémica" (*La idea*. . . 270).

Por otro lado —y esto es lo verdaderamente fundamental— está el que, en la más estrecha cerrazón "cientificista", es incapaz de juzgar o entender a Humboldt en su propio momento histórico; destemporalizándolo, trata de convertirlo en hombre de ciencia actual. Se empeña en encontrar sus verdades como verdades de hoy. Esa postura le impide percatarse del pensamiento ogormiano que está empeñado, por su parte, en entender a Humboldt en su propio tiempo y que juzga, por tanto, sus verdades reducidas a esa vigencia temporal: para nosotros son verdades sólo en cuanto nos permiten conocer ese tiempo y ese hombre.

De hecho, O'Gorman y Minguet hablan dos idiomas distintos. Y Minguet no ha comprendido que, si había lugar a polémica, ésta debía necesariamente colocarse en el plano del fundamento de las interpretaciones en la crítica al historicismo de O'Gorman, tan sujeto a discusión académica como cualquiera otra postura del pensamiento histórico. En lugar de eso, se ha perdido y envuelto en una absurda e inconsecuente discusión de detalles, que incluso lo han llevado a actitudes francamente impertinentes o aun quizá dolosas, incompatibles con la altura que se supone en un enfrentamiento académico.

# Recuerdo



## Nostalgia de la infancia

por Enrique Jaramillo Levi

Es un librito\* tierno, cariñoso, sabio, destinado a niños que crecen aprisa y a los adultos que olvidan que fueron niños y a los adultos que, queriéndolo o sin quererlo, continúan siendo inocentes, sensibles o simplemente humanos. Novoa Montero ha mojado su pluma en nostalgia, en la más sencilla clase de poesía: la que logra estimular fibras dormidas hablándole directamente al sentimiento. Y no es que su mensaje carezca de profundidad y, por lo tanto, que no sea de interés para los cultores de la filosofía. El que escribe es un médico venezolano, un hombre que ha visto de frente enfermedades y muerte, un ser que lleva dentro experiencias que le han enseñado formas de vivir. La estructura diáfana de *Los mundos* surge de la preocupación paterna, de los consejos disfrazados de metáforas infantiles, que el narrador ofrece a su hija enferma y más tarde a la niña que crece en un mundo plagado de problemas de difícil solución. La conversación en que sólo escuchamos a un interlocutor, es diálogo a pesar de todo, porque la niña silenciosa que escucha somos todos y cada uno de nosotros, que vamos musitando sí o no, o así es, al final de cada breve capítulo.

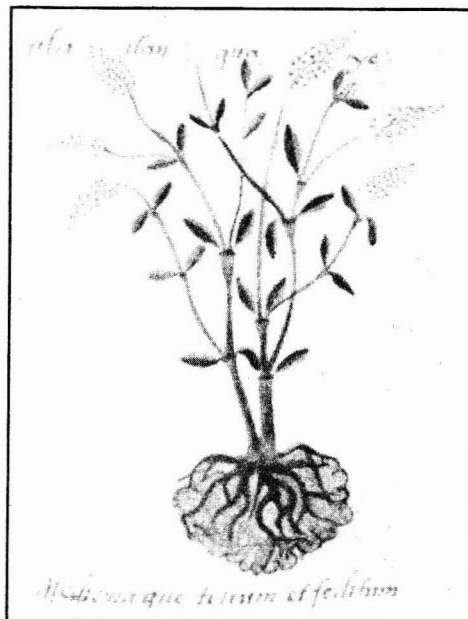
De la misma manera que Novoa Montero le dice a su pequeña: "...tú eres uno de los trabajos más hermosos de tu padre", con esa misma convicción interpreta las fantasías a colores de su hija; esos dibujos que otros encuentran sin sentido, a los cuales llaman simples "garabatos", contienen la visión que del mundo tiene una niña cuando comienza a distinguir matices y niveles, o por lo menos así quiere desglosar los dibujos su padre. Y, en realidad, no es la acertada simbología encerrada en la fantasía infantil lo que interesa en los comentarios que hace Novoa Montero, sino la proyección que su mente logra a partir de líneas coloreadas que a lo mejor no provienen mas que de una impostergable necesidad de expresión. Vemos cómo es él mismo quien percibe situaciones relacionadas a su experiencia y posibilidades, tanto conflictivas como esperanzadoras, para el futuro de la hija adorada. Y nos identificamos con su gran sensibilidad, con sus inquietudes, con su don generoso de ofrecer consejos arraigados en el amor al prójimo. Es un mundo

ideal el que quisiera Novoa Montero para su hija, un mundo donde los problemas desaparecen o se simplifican al máximo con la sola buena voluntad. Lo que él propugna es una vuelta al más elemental cristianismo. Pero su programa de buenas acciones y pensamientos nobles pretende ignorar la hostilidad ingrata de los que no se han formado en un mundo construido sobre pilares de amor y comprensión, los que seguirán golpeando una y otra vez la otra mejilla que a toda hora ofrecerá la mujer que se crió oyendo metáforas. Y en esto estriba la ingenuidad bien intencionada de la obra. En no poder admitir que no siempre podrá estar animando a la niña, pues si bien es cierto que mientras crece, "el aliento de mi alma será tu combustible", ya después tendrá que enfrentarse ella sola y con combustible propio a la vida. Es obvio, sin embargo, que la edad que ahora tiene la niña no es la más propicia para insinuarle las sombras que tendrá que penetrar con luz propia ni para pintarle dantescas perspectivas. Lo que sí podría censurarse un poco es el nada disimulado énfasis que pone el autor en llenar su propia vida de alegrías, satisfacciones y esperanzas que van completándose con la vida sana y juguetona que comparte con su hija. Es decir, el libro comienza siendo un poemario dirigido a la niña y, a mitad de camino, se convierte en una justificación a través de ella, de su propia vida. La soledad se le llena de alegría y entusiasmo cuando, según él, ella logra comprenderle cabalmente en sus dibujos, hasta colocar su existencia compleja en el "ocre y azul de mi serenidad actual". En el centro de esos colores en mezcla profunda están precisamente "los viajes de mi espíritu", y eso determina la aseveración del autor: "Allí me acompañas tú y me ayudas a realizar mis ilusiones." El "yo" del autor es, pues, el globo henchido de satisfacción que agradece la dúctil generosidad del hilo que traza líneas acertadas en el aire, que le permiten continuar lleno de ilusiones. Quizá lo que más negativamente llama nuestra atención, sea la parte que dice: "Sube pujante, que yo estaré contigo luchando porque mi vida, como en tu dibujo, nunca tenga manchas negras de viajes fantasmagóricos." Lo normal sería

que se preocupara por no ver manchas negras en la vida de la niña, que le deseara un futuro donde las manchas, que necesariamente tendrán que aparecer, fueran grises, menos lacerantes, más borrables. Pero no, el enfoque presente y futuro es hacia la propia cordura y serenidad, por más que se pretenda suavizar esta realidad con frases cariñosas como: "Tú eres mejor que las flores."

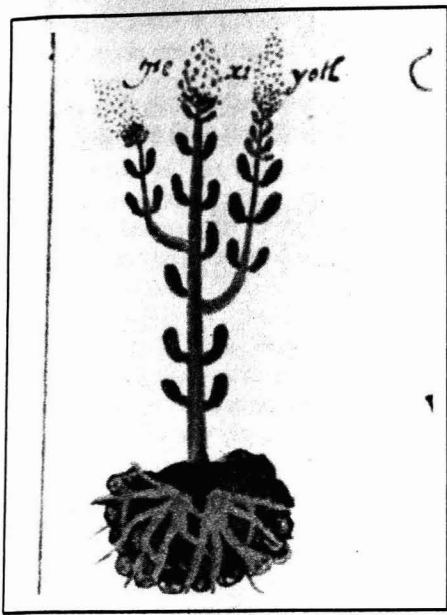
El capítulo titulado "La amistad", justifica, no obstante el libro, y parece contradecir la interpretación, hasta cierto punto negativa, que hemos hecho de lo presentado por el autor en los capítulos finales. El padre le señala a su hija: "Cuando seas mayor, ese mundo maravilloso que ahora tienes se cambiará totalmente", y en ese momento se introduce la advertencia que conlleva la más auténtica generosidad y cariño, la de no ocultar el proceso evolutivo que trastocará las anteriores semblanzas del mundo. "Quiero que recuerdes que ese mundo, muy distinto al de ahora", señala el padre, "no debe dejar de ser también maravilloso para ti. En el mundo que ahora vives, tú eres el centro. Alrededor de ti giran todos los cariños... Cuando crezcas, tú girarás en torno a muchos". Más adelante aclara que "el secreto está en que hagas que los demás reciban siempre de ti una parte siquiera de lo mucho que te damos", pero le advierte: "encontrarás muchas fieras en tu contorno... no las busques, pero no les tengas miedo", y da como ejemplo ideal, como modelo a imitar a Francisco de Asís. Todo eso está muy bien y se ajusta hermosamente a la mente unidimensional y soñadora de los niños. Lo que habría que advertirle a la pequeña en un futuro no muy lejano, es que las bestias del mundo no están dispuestas a devolver el nombre "hermano" ni a bajar la vista arrullados por el misticismo de una suave voz.

"Te voy a regalar monedas de la mejor ley, afirma Novoa Montero, Con ellas irás tranquila por el mundo. Podrás comprar todo lo que desees y quizá te den más de lo que intentes adquirir." Esas monedas son las experiencias, más bien las enseñanzas y consejos que él le facilita. Espera que ella vaya reuniendo esas gotas de simpatía, pues "cada día deposita en ti una de esas monedas que quiero guardes con mucho celo". Hay que ser generoso con las cosas aprendidas y atesoradas como valores útiles a través de los años, "y cuando te toque emplearlas, repártelas entre tus semejantes... Esas monedas te serán llave y divisa... Nunca las des con mezquindad". Aquí vuelve a advertirle que recibirá amarguras y que "muchas veces te morderá la envidia", pero le aconseja: "paga con esas monedas". Esto propiciará que un día, cuando la hucha se quede vacía, ocurra el milagro de hallarla llena de Cariño. Vuelve, pues, el autor, a su anticipación de un mundo ideal que, más que probable, representa su más caro deseo para la felicidad de su hija. El acierto de Novoa Montero estriba aquí en señalar que sólo en uno mismo se puede hallar la paz, muchas veces como producto de los recuerdos gratos, del amor que se compartió con otros, mas no en el mundo exterior, agresivo o indiferente.



\* Darío Novoa Montero: *Los mundos*, Fernández Editores, México, 1970, 89 pág.





Otro momento de acierto es aquel en el cual la niña recibe el consejo de “dar mucho”. El padre procura inculcarle altruismo, desinterés, sacrificio. Le recomienda “dar en el momento oportuno y a quien lo necesite, procurando que no vea tu mano al recibir la dádiva”, pues no se trata de “dar por dar, ni es el dar por recibir a cambio, ni es el dar dispendioso”.

Uno de los capítulos más bellos del libro es el llamado “El manantial”. Todos estamos solos y, por más gente que haya a nuestro alrededor, siempre existirá una realidad muy semejante a un desierto. Una persona puede ser manantial con su fantasía, con la riqueza imaginativa, con la propia iniciativa, con la alegría, con el deseo de servir. Se puede llegar a ser oasis de alegría y encanto para aquellos que necesitan de amor, comprensión o simplemente compañía. Hay que aprender a ser fuente que suple las propias soledades. “Yo quiero que tu alma sea un manantial”, dentro del desierto del mundo, señala el padre en otro de sus raptos de idealismo; “debes ser un lugar de encanto y atracción, para que lleguen a ti todas las almas sedientas. Nunca lo niegues. Mas, tampoco permitas que lo ensucien”, advierte.

Hay amargura escondida en la frase: “yo no tuve los juguetes que tú tienes”, pero enseguida viene la nota cariñosa al admirarse de la armonía que la niña imprime a los colores que pretenden ilustrar el reflejo mental que tiene de sus juguetes. El la invita a jugar con los juguetes reales que la hacen reina y soberana de su mundo diminuto y también la invita a gobernar en su imaginación, imponiendo un elemental sentido de orden y coherencia a sus creaciones.

Llega la Navidad y la hija se reafirma como el más sagrado de los regalos. Hay gran sinceridad en el brote de admiración que hace decir al autor: “No contenta con los regalos que ya tenías entre tus juguetes, al llegar la Navidad, tu imaginación explotó en su colorido. Abriste tu caja de colores y plasmaste en rectas, semirrectas y curvas alocadas y concéntricas tu alborozo navideño.” Y se siente hondamente agradecido por el renovable regalo vital que la vida le ha encomendado: “Y todo ese colorido, y todas esas curvas acariciadoras que tú ha-

ces”, dice refiriéndose a una compleja maraña de líneas recién trazadas por la fantasía desbordada de la niña, “se me figuran tú misma envolviéndome con tu ternura, como el mejor regalo de Navidad para mi vida. Gracias, niña mía”. Es un hombre que no puede contener ya la emoción que lo embarga. Identifica los colores naranja, azul y verde de este papel de trazos infantiles que le ofrece su hija, como sencilla ofrenda de alegría, con los sentimientos festivos que colman de esperanza el ambiente. Y es feliz.

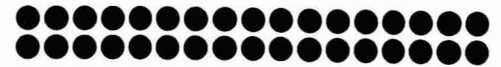
A medida que los trazos de la niña se tornan más firmes, más específicos, tanto para él como para la niña, la identificación de las dos fantasías se hace más compacta. Ella crea aves de variados colores, las exterioriza “estilizadas en cruces de diversas formas”; “¡A mí se me han escapado tantas!”, se queja él, refiriéndose a las oportunidades desaprovechadas, a las ideas desvanecidas para siempre. Y percibe en los dibujos “aves grises, que pones en posición de fuga con respecto a tu alma”. Es decir: surge el presentimiento, la intuición de futuras dificultades. La niña empieza a sospechar que habrá problemas y procura situarlos lo más lejos posible del centro generador de su alma.

Indudablemente que Novoa Montero —autor y personaje— proyecta su propia ansiedad y su propio alborozo al interpretar los dibujos de su hija. Es acertada la idea de colocar estos dibujos frente al comienzo de cada capítulo que los involucra. Así el lector puede bucear por cuenta propia en las líneas de colores que el padre pone en palabras y nos presenta como la más objetiva de las verdades, a pesar de que sus juicios no logran dejar de estar altamente matizados de subjetividad.

Los capítulos finales se acercan más y más al psicoanálisis a nivel primario. Notoria es la simpatía que siente el padre por cada nueva estampa que crea su hija, y que le permite a él la satisfacción de buscarse en lo que, al fin y al cabo, también es obra suya, pues ha salido del alma de quien salió también de él. Lástima que no oigamos la voz de esa amorfa criatura. Si fuésemos testigos de sus reacciones infantiles, de sus travesuras, de sus ocurrencias, de sus gestos, de la manera en que mira a su padre, viviríamos en esta lectura una experiencia más auténtica. Pero entonces sería otra clase de libro. Estaríamos tal vez frente a una novela.

Si toda la información acerca de la niña —que ni siquiera tiene nombre— no nos llegara a través de lo que decide presentar el autor a manera de conversación unilateral permanente, podríamos crearnos nuestra propia versión, valorar la otra cara de la moneda. Pero el autor ha escogido precisamente la edad menos propicia a la comunicación mediante palabras, para situar en ella las inquietudes de esa otra forma de comunicación que es el dibujo infantil. Sólo él puede ser, entonces, intérprete, juez y guía. La última frase del libro resume la actitud que espera de nosotros como lectores, al penetrar su mundo hecho de cariño, sencillez y fantasía: “¡Que tus alas toquen mis alas, vuela conmigo!”

## Crónica



## La China Mendoza agarró y dijo

por Edmundo Domínguez Aragonés

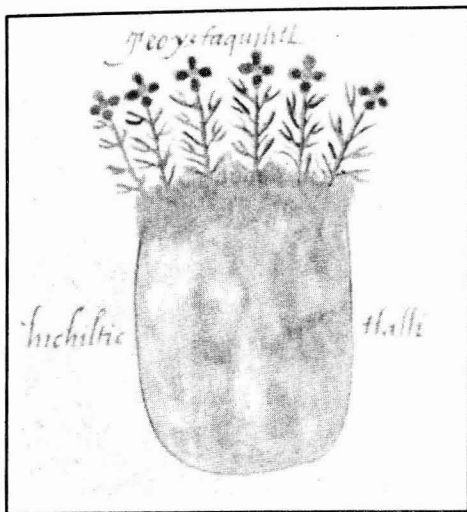
Personalmente creo que en la literatura mexicana (y principalmente desde los libros de Rulfo) se expresa una paradoja irreductible para el resto del mundo (y esto lo pongo en duda, dada la época contemporánea; las naciones son paradójicas); esta paradoja deambula en la conciliación entre surrealismo y realismo (¿es posible?); o dicho de otro modo: el realismo es surrealista y la vida real es suprainreal: demasiado real para ser mentira. En México chocamos cotidianamente con esta ambivalencia existencial, ontológica, que tantos bienes y prejuicios conlleva. Por ello, porque María Luisa Mendoza surge de este humus, es que *Con el, conmigo, con nosotros tres* refleja esta no conexión (en el texto, visualizado desde la atalaya del estructuralismo de otras etapas, pues el estructuralismo contemporáneo le da plena validez) entre el vivir en sí, para sí, y el de la otra orilla: aquel referido al vivir medio-en-sí, a través-de-sí; subvirtiendo la realidad que es, a la vez, la única posible de asir, de tocar, de asimilar. El libro, esta cronovela, nos habla, pues, de un pasado que se fue y está aún, en el aquí; que se intercomunica en un ir y venir sanguíneo, desde que el hombre se hizo presente en el planeta.

María Luisa Mendoza no hace, exactamente autobiografía, pero se acerca al presagio de Emerson:

Este maestro, Ralph Waldo, (diestro hablantín que sobrevivió una centuria dando conferencias, a lo largo y ancho de Estados Unidos y Europa; el más valioso filósofo de su época, de yanquilandia y la fuente de inspiración más perdurable; idealista feroz y partidario del individualismo que hizo a Whitman cantor de sí mismo), se lanzó con la siguiente máxima (por otra parte reproducida como epígrafe de su *Tropico de Cáncer*, por maese Henry Miller):

“Muy pronto, el lugar de estas novelas será ocupado por diarios y autobiografías, libros cautivadores con tal que el hombre sepa escoger entre lo que llama sus experiencias la que sea realmente su experiencia, y sepa también consignar la verdad con toda velocidad.”

No es que María Luisa Mendoza haya consignado en su cronovela la verdad pleonástica sino que el libro cautivador a que se refiere Emerson (y dentro de cuyas virtudes cae *Con El, conmigo, con nosotros tres*)



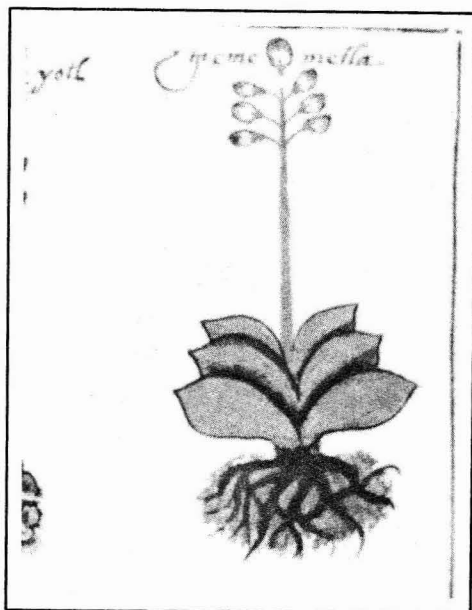
fico, que no acataba su mensaje de faros (trepando en lo alto de la sierra), de serpientes y cocodrilos en la tundra guanajuatosa; recogiendo, pues, a través del ojo científico (no para la disección complaciente) el hecho de sangre, la crueldad de nuestro rechiflón mental que a través de la historia patria ("bandera mexicana") se ha producido para asombro de Quetzalcóatl y para satisfacción de Huichilobos.

Esta sangre intra y extravenosa que circula por toda la cronovela: serpenteando la sangridad sube y baja; entra y sale; equinea, se detiene y continúa fluyendo; sangre que vibra y empapa cada página y como acierto estructural (hay quien resta columnas a la construcción) da como fin el principio en que se vio envuelta: capilaridad circulatoria que es arranque, parte media y fin del monólogo *mendocino*.

Lingüísticamente la aportación al idioma existente es un jaloneo revitalizador (aquí sí); cuño nuevo, situación contemporánea. Nada falso deambula en él (sí la fantasía del novelista que crea quimeras legítimas, esas andan por ahí). No es populismo ni forzado ni natural, lenguaje coloquial obtenido mediante taquigrafía mental o producto de la investigación en torre de marfil, carente de emoción y neologismo: sensibilidad por las palabras que estruja, pervierte y hace como le da la gana. Y no es necesario (¿erudición?), citar la muchedumbre de lingüistas, con Urban a la cabeza y Saussure detrás de un biombo expectante, para saber dónde está la virtud y el desamor en este libro. Sin el defecto.

La China Mendoza ha entregado a la cultura de Guanajuato, a la provincia con olor de pan bendito (¿acedo?), su piedra de Champolión y, asimismo, a la cultura urbana le ha dado la dimensión justa de éxodo: de la provincia a la capital para seguir provincianamente (por colonias, sectores, agrupaciones: la Casa de Michoacán, de Coahuila, etcétera) enmarcados en los compartimientos estancos de la referencia viperina, el chisme o la necesidad de ser, de existir a través de la referencia a la familia paterna, al hogar construido sobre el "paseo de la presa". El centenario habitat de la encomienda.

María Luisa Mendoza agarró y dijo:



está integrado por estas 185 páginas que la China Mendoza nos cede: "El monólogo más vivo y sensual que se ha escrito en la literatura mexicana", sin el limitativo y condicionante *quizá* que en la solapa de su ópera prima reza.

La experiencia auditiva, visual, táctil, olfativa; de encuentro brutal, físico, con los objetos que pueblan el planeta; tiene la fuerza fisiológica, de carne viva, que está casi ausente de nuestra literatura, porque el mexicano, como dice Monsiváis (¿desvergüenzas del parafraseo!): no quiere herir, molestar incomodar ni siquiera con el pensamiento de ocasionar un resquemor: "que no se note".

Exhibir de un tirón la entraña "de la nada que te fue heredada", no es poco mérito (y no porque de meritorias intenciones pueda hacerse buena y grande literatura); porque este monólogo es, en la dimensión joyciana, como idioma y emoción, arrobamiento del palabrerío: extensión y contenido planetario.

¿Por qué Joyce?

Sin duda, María Luisa Mendoza está más cercana de Proust (más lejos de García Márquez de lo que ella generosamente reconoce) que de Joyce.

Pero el dublinés (muy a la Marcelo), que construía largos periodos novelísticos en la interrogante de ¿hizo?, ¿dijo?, ¿salió?, ¿estuvo?, ¿era?, cazaba su cultura (y la que le fue heredada) escarbando aquellos sectores de su mente donde el arpón de Queequeg se había clavado. María Luisa Mendoza, micro-macrobióloga de la *ciencia*, compone su lente (no el cursi monóculo de los aristócratas, sino el microscopio electrónico contemporáneo), ajusta y jalonea de ese maravilloso archivo que es la memoria (para MLM la memoria es un armario de caoba lleno de gavetas, de escondrijos, de olores añejos, de sudores adheridos al material que integra el mueble) los daguerrotipos (¿da-guerra?), las vendas que protegían su piel del sol que reseca su eczema, los visages y fisages que una parienta loca ejecutaba agaritada (como el chuzo don Tirano Banderas) en una silla de bejuco; toda la cristalería que deslumbrara sus ojos, con cintilantes destellos de diamante; las escenas —por decir lugar común, que ella no tiene— escabrosas que su padre amado representaba, como poeta que era, en un mundo esquinerio (calles que son callejones del beso o del susurro), siseante, chismográ-

## Letras



## Esta cara de la luna

por Miguel Donoso Pareja

Los libros de Juan Marsé han tenido el destino (envidiable) de los autores que, de pronto, tienen un éxito, en este caso *Últimas tardes con Teresa* (Premio Biblioteca Breve 1965).

El éxito arrastra a los demás: así ha sucedido con muchos y podríamos dar como ejemplo a Cortázar y García Márquez, cuyos primeros libros comienzan a circular a partir de *Rayuela* y *Cien años de soledad*, respectivamente.

Esto está bien, por supuesto, y se dan casos en que los libros "olvidados" son, precisamente, los mejores, muy superiores que los "éxitos" o, por lo menos, a su nivel.

En el caso de Marsé no es ésta la situación, pues *Encerrados en un solo juguete* y *Esta cara de la luna* (publicados el primero en 1969 y el segundo en 1970, por Seix-Barral, datando ambos de 1960-61) no son libros especialmente buenos; los dos están lejanos de la calidad (aún dudosa) de *Últimas tardes con Teresa*.

*Esta cara de la luna*, por ejemplo, está inscrita en una forma absolutamente tradicional, por completo sin una aportación que valga la pena a la novela moderna. En lo que respecta a su estructura, ésta funciona sobre un tiempo lineal, monocrorde, con tímidos *flash backs* y entrecruzamientos de planos espaciales. El tiempo, así, no se revitaliza, ni es capaz de fundar una atmósfera, de construir un mundo, de establecer un ritmo en el que lo temporal adquiera autonomía, una dimensión distinta del tiempo real. En estos términos, el lector queda siempre fuera de la acción, marcando el paso desde su propio tiempo, lo cual hace que la lectura sea tediosa, inerte, sin pulsación. A esto habría que agregar que ni siquiera el ritmo exterior es ágil, con lo que nos quedamos ante una novela chata, plana, que no "interesa" a quien la lee sino que lo "desinteresa".

Esto se agudiza con la rigidez del lenguaje, su falta completa de creatividad. Las palabras son las de siempre, huecas de significado y de comunicabilidad, a fuerza de repetirse. No crean nuevos valores por su ubicación en tal o en cual contexto, ni se revitalizan en sí mismas por proceso alguno de cambio.

Lo dicho anteriormente, sin embargo, sería como querer pedirle peras al olmo,

Juan Marsé: *Esta cara de la luna*, Barcelona, Seix-Barral, 1970, 272 pp.

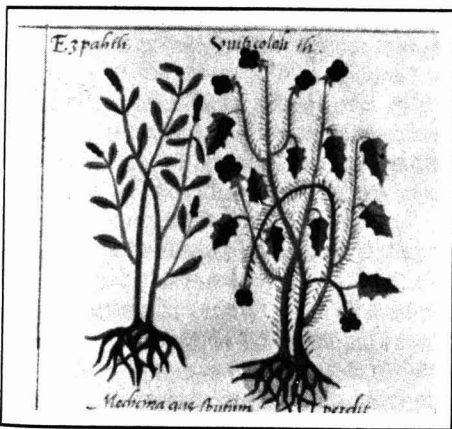
puesto que Marsé quiere estar donde está, es decir, en la novela tradicional, sin ninguna otra pretensión. Pero lo que sí es grave es que en el propio terreno en el que le interesa transitar, falle.

La razón de esta falla es obvia: no estando la novela sustentada en la atmósfera ni en el lenguaje, lo lógico sería que se sustentara en las posibilidades y riqueza dramáticas de la anécdota, lo cual no sucede.

En efecto, la línea dramática es, por completo, nula. Peor aún: no existe. Trata, en definitiva, de demostrar lo demostrado, de decir que dos más dos son cuatro, y eso no emociona a nadie.

A final de cuentas, la historia narrada carece de verosimilitud literaria, precisamente por un exceso de verosimilitud real, de obviedad inmediata.

En estos términos, contar se vuelve absolutamente gratuito, inútil, sin razón de ser. No hay un mundo que decir, puesto que no hay una invención, una apertura en lo visible para todos, un trasfondo que nos enfrente cuestionantemente a una realidad que nos aplasta, es verdad, pero que estamos acostumbrados a tolerar. Sin diseccionar eso, sin abrir, sin revitalizar, cualquier



literatura es inocua, ya que el "arte de las letras" de ninguna manera puede ser colocarlas en el mismo orden y tesitura en las que las coloca la vida, sino trastocarlas para trastocar la vida o, cuando menos, para incitar a trastocarla.

Esta cara de la luna, pues, no nos enseña sino "esta cara de la luna", la que todos vemos, la que no es necesario leer ni inventar. Basta con verla, en definitiva, puesto que lo que busca la curiosidad humana es la cara oculta, tan existente (y probablemente más determinante) como la visible.

De su lectura solamente puede quedar, por supuesto, la sensación de una total inutilidad. Nada resta, salvo lo que ya estaba, lo que no era necesario repetir. No hay incitación, estímulo, emoción, risa, humor, juego de ideas, atmósfera, poesía, ritmo, nada. Todo es chato e innecesario. Injustificable. Los personajes no llegan a ser tales ni en el más realista de los términos. Tampoco son arquetipos, quedándose en el esquema barato, sin espesor vital.

Son, así, doscientas setenta y tantas páginas que es heroico terminar. No se las recomendamos a nadie. Sinceramente, sería una lástima hacer que otros pierdan su tiempo leyéndolas.

## Clásicos



## Nostromo: aventuras y metafísica

por Carmen Galindo

*Nostromo*,\* una de las novelas "terrestres" de Joseph Conrad, narra la revolución separatista de Costaguana. Este nombre ha sido dado a una república imaginaria; sin embargo, el lector concluye con docilidad que se trata de un país latinoamericano. Narra también la historia de la mina de Santo Tomé y la de Carlos Gould, su propietario. Igualmente refiere la vida de Nostromo, el capataz del puerto.

En el excelente prólogo, el mexicano Sergio Pitó escribe la siguiente advertencia: "Costaguana es, nos guste o no, nuestro mundo. El de ayer, el de hoy." Con rigor, el ensayista desarma el mecanismo de Conrad y descubre la farsa política de Costaguana, la verdadera trama de la novela: el papel jugado por el imperialismo, la rapiña y la corrupción. La perfección del estudio dispensa, precisamente, de una nueva exploración en este sentido; propongamos, pues, otro punto de vista.

Fiel a su peculiar e inverosímil género literario, Conrad reúne en *Nostromo* una novela de aventuras y una novela metafísica. Como en todas sus obras, el ambiente es exótico; como en todas, los personajes viven una atroz prueba que los obliga a tocar el fondo de sí mismos y naturalmente, el de la condición humana.

Semejantes a las novelas de aventura, las de Conrad ocurren en lo "real maravilloso" En las selvas, en los bosques, en las riberas de los ríos y en las trastiendas de los puertos; en las ciudades costeras y en las incomunicadas del interior. De preferencia suceden en los barcos y en las islas. Alguna vez, Conrad reconoció su deseo de ser un novelista popular y le asignó un valor decorativo y caleidoscópico a su escenografía; basta leer unas páginas para desmentir tan apresurada acusación. Para Conrad, tierra y mar son lugares de destierro, de huida, de soledad.

La dictadura de ciertas literaturas nos obliga a imaginar como exótico lo que nos es más cercano; tal es el caso de Costaguana. Inseparable de la novela de aventuras, el color local intensifica la intriga: no la origina. Preso en sus obsesiones, Conrad atribuye un terrible secreto a sus personajes y ese secreto —fundamento de la intriga— se apoya en el mundo maravilloso de Costaguana.

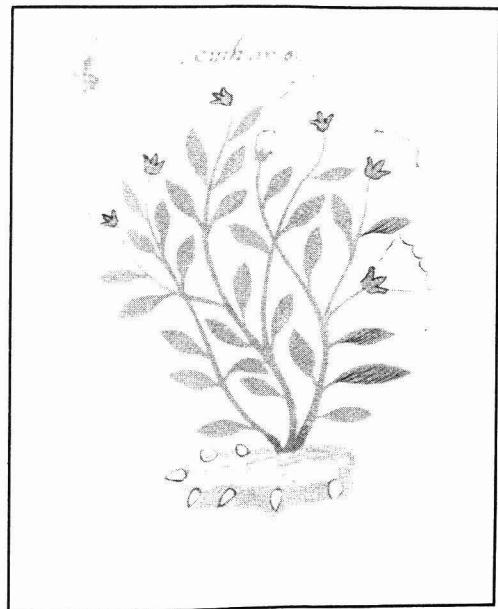
El peculiar tratamiento del tiempo también contribuye a la intriga. Como el resto de las novelas conradianas, *Nostromo* rechaza el orden cronológico. Incesantemente, la

acción avanza y retrocede. Un ejemplo: el capítulo X de la segunda parte relata la vida en Costaguana posterior a la muerte de los protagonistas, el onceavo lo continúa. No así el XII y el XIII que son retrospectivos y recuerdan el secreto de Nostromo y sus pavorosas consecuencias. Ese tiempo narrativo contribuye a la intriga y lo que es más importante, la salva del minucioso estudio psicológico al eliminar la relación de causa y efecto.

Tal parece que una aversión profunda impedía a Conrad aceptar las ventajas del narrador omnisciente. Algunos atribuyen esa aversión a sus años marineros y por lo tanto a la costumbre de las historias contadas a bordo, sucedidas a terceras personas. Los que así piensan transplantan el mito del buen salvaje al escritor no contaminado por la literatura. Olvidan, inexplicablemente, la cuidadosa educación recibida por Conrad. En *Nostromo*, sin embargo, el relato se abandona (frecuentemente) al narrador omnisciente. Una malentendida ortodoxia nos obliga a echar de menos los acostumbrados malabarismos conradianos; pero la transgresión de las reglas no impide el mismo y magnífico resultado. Intuía Conrad que no era la ausencia del narrador omnisciente, sino el modo de tratar el tiempo lo que lo caracterizaba y ese modo, como dijimos, se conserva en *Nostromo*.

Lo que sería inadmisibles en una tradicional novela de aventuras es una constante en las de Conrad. De antemano, el lector conoce el mecanismo de la acción. Concebidos como héroes, los personajes no se enfrentan a una vida, sino a un destino y como tal único e insoslayable. De ahí la grandeza trágica de la acción; de ahí, también, que la novela de aventuras desembogue en una reflexión sobre la naturaleza del hombre.

En *Nostromo*, la plata es la encarnación del mal. La trampa y la prueba del destino, la encrucijada definitiva. Por ella, se rompe el lazo de unión entre los hombres. Por la plata, Gould es indiferente al amor; por ella, Nostromo (el hombre de acción) y Decoud (el hombre de pensamiento) mueren en la soledad. Los tres han sido infieles a la solidaridad, máximo valor de la jerarquía de Conrad. Nostromo, personaje cen-



tral, cumplirá el más trágico destino porque sobrevivirá a su traición y tomará esa forma fantasmal —típica de los héroes conradianos— que es peor que la muerte. Nostromo y Monigham en esta novela, como Jim, Razumov y Barral en otras, representan una humanidad doliente; extranjeros, desgarrados de los demás y desterrados de sí mismos.

El recuerdo del nacimiento en Polonia, los duros años en Rusia; los virajes finalmente inexplicables, hacia una adolescencia transcurrida en el mar (primero) y hacia una tardía vocación literaria (después), son hechos que pertenecen a la biografía del autor. A la estilística, su coqueteo con la lengua francesa y la adopción posterior del inglés, su singular uso del idioma. Todos son hechos insuficientes para explicar el milagro de Conrad. Su descubrimiento de la grandeza y soledad del hombre moderno, colocado en los más insólitos escenarios. Con *Nostromo* y sus otras narraciones, Conrad crea un dragón literario, un ser anómalo y fabuloso: la unión inverosímil de la novela de aventuras y la novela metafísica.

\* Joseph Conrad: *Nostromo*, México, UNAM. 1970. (Nuestros Clásicos). 1970 (2 vols.). 319 + 265 pp.

## Sociología



## Intelectuales y política

por Sergio Gómez Montero

La función que desempeñan los intelectuales dentro del contexto histórico de las sociedades y la relación que se establece entre éstos y la vida política de un pueblo, de una sociedad determinada, es un problema que se presenta desde que el hombre se manifiesta como idea, como pensamiento. Por ejemplo, las autopías socráticas o el concepto aristotélico de *zoón politicón*, no son entelequias sin el menor fundamento real. El suicidio de Sócrates, o Aristóteles preocupado por fundamentar un aparato teórico que sirviera de base a determinados miembros de la sociedad, son dos realidades muy concretas que contradicen un carácter puramente ideal de sus razonamientos y que más bien demuestran (un ejemplo entre muchos, anteriores y posteriores en el tiempo) la objetividad histórica del problema: el intelectual, a veces por el puro hecho de serlo, se encuentra directamente comprometido con el cotidiano transcurrir de la vida política de su pueblo.

Gabriel Careaga, joven sociólogo mexicano, en su estudio *Los intelectuales y la política en México*\* no condiciona la temática que se enuncia en el título de su libro a referencias históricas tan lejanas como las antes citadas (aunque sí las admite); prefiere otro tiempo histórico para situarse en el

problema: "...es hasta el siglo pasado cuando el término [*intelectual*] empieza a utilizarse para designar a cualquier persona dedicada a los trabajos no manuales, entre los que caen muchos profesionales, o dedicados a la enseñanza o simplemente a meditar". Además, el autor toma como base de su análisis, aparte de la situación histórica concreta en que prefiere iniciar el desarrollo temático, la estructura que él mismo se proporciona al establecer y citar las diferencias que existen entre el liberalismo y el marxismo como sistemas sociológicos. Por último, esboza una premisa más antes de abordar de lleno la problemática planteada: "su" intelectual, del siglo XX, es aquel que viene a poner en duda las ideologías enajenantes, las visiones conformistas de todos los demás miembros de la sociedad, es el eterno aguafiestas porque no puede dejar de ser lo que ha sido siempre dentro del marxismo: el crítico más radical de la sociedad en la que le ha tocado vivir.

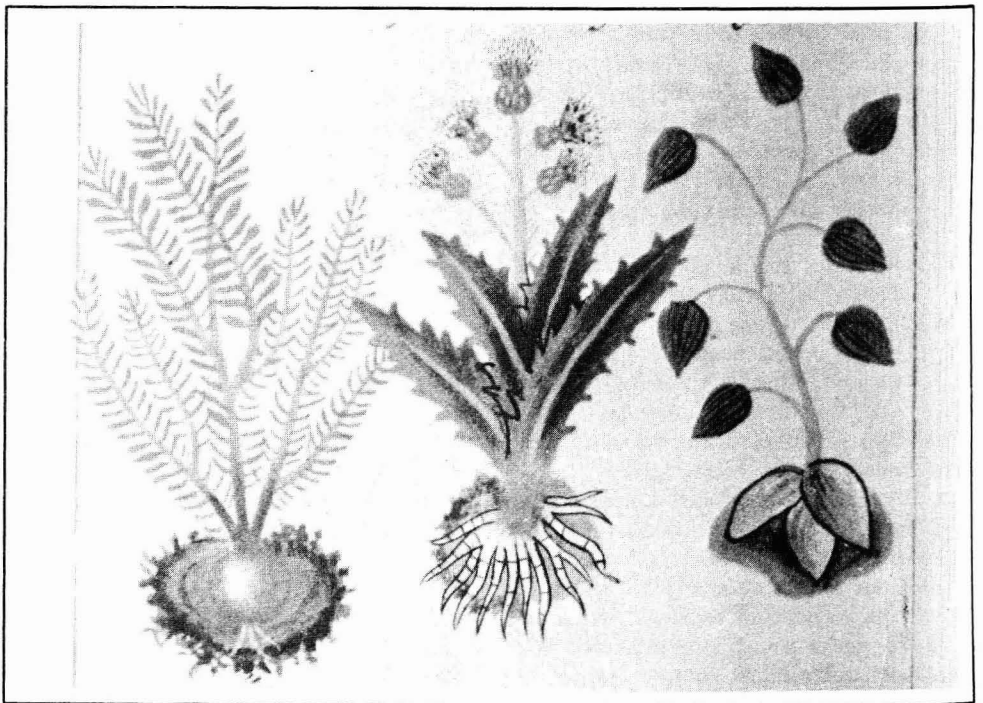
A partir de lo anterior, Careaga, pues, comienza a desglosar su tema esbozando brevemente los orígenes del intelectual moderno, de alguna manera contemporáneo. Esto lo lleva a tocar aspectos disímiles —citas de Mannheim, Lipset, Merton, Mills y otros— para terminar afirmando, en este primer capítulo de su ensayo, que hoy son precisamente los intelectuales quienes perturban la paz de las sociedades aparentemente apacibles.

El siguiente capítulo del libro lo dedica Careaga a tratar lo relacionado con los intelectuales revolucionarios, y en este caso predominan las referencias a autores marxistas (algunos de ellos revisionistas de esta teoría) quienes desempeñan el papel de ayaes de las afirmaciones que hace el sociólogo mexicano. En esta parte del escrito resalta de manera preponderante el afán del autor por dotar a los personajes motivo de su estudio, los intelectuales, de un carácter mesiánico que lejos está de reflejarse, tal como se describe en el libro, en la realidad. Careaga llega a afirmar, por ejemplo, que la organización y liberación de los obreros y campesinos es una tarea específica que de-

ben llevar a cabo los intelectuales; confundido de esta manera el enunciado marxista —en el cual supuestamente basa sus afirmaciones— de que si bien toca al intelectual marxista desarrollar y a veces crear la conciencia del proletariado, esta tarea sólo la pueden desempeñar aquellos intelectuales que se han asimilado, antes que nada, a la clase a la cual tratan de conformarle una conciencia. Es decir, y esto lo pasa por alto Careaga, sólo el intelectual revolucionario, aquél que se ha asimilado a la clase obrera, está capacitado para contribuir a la formación de la conciencia del proletariado, propiciando así la liberación de éste. Esta misma concepción errada se conserva hasta el final del capítulo, donde manifiesta que, por el puro y simple hecho de serlo, el intelectual debe desempeñar cotidianamente, siempre, la tarea de revisar al marxismo.

Existen, en relación a las interpretaciones del desarrollo histórico del país, una serie de hipótesis las más de las cuales se destacan por su acientificismo. Ha sido ese un campo del conocimiento que por lo común se ha encontrado en manos de personas que antes que la razón han puesto a funcionar la pasión. El resultado obtenido, por lo tanto, es lamentable: nuestra historia, la interpretación oficial de ella, conlleva por lo común la deformación, el equívoco, una valoración maniqueísta de los hechos.

Un ejemplo de lo anterior es, sin duda, la concepción equívoca que se tiene de las etapas históricas por las cuales ha pasado el país. Así, la Independencia, la Reforma y la Revolución, son erróneamente homogeneizadas y calificadas sus resultados sociales con un solo concepto: revolución, sin matizar ni definir el término. Careaga, lamentablemente, comete tan garrafal error y esto condicionará fatalmente —junto con el carácter mesiánico que otorga en forma por demás gratuita al intelectual— la concepción teórica que se desprende del desarrollo del tema. Los intelectuales, así, se ven comprometidos en procesos históricos que si bien a veces violentos, poco tienen que ver, algunos, con el cambio social, con la



revolución concebida en los marcos precisos —mas no ortodoxos— de la teoría marxista.

En la última parte de este capítulo el autor toca de manera breve y somera dos aspectos más del problema: la autoimagen de los intelectuales mexicanos y los intelectuales en América Latina, aportando más que nada datos y fechas e incidiendo en el *quid* de la cuestión desde el punto de vista esbozado en otras partes del libro: el papel revisionista y taumatúrgico de los intelectuales. Reyes, Vasconcelos, Vargas Llosa o Cortázar —afirma el sociólogo Careaga— están en esta realidad, frente a ella, para llevarla a estadios de desarrollo concebidos en términos de modernidad, de alta tecnificación.

Sin duda, una de las partes más interesantes de *Los intelectuales y la política en México* es el capítulo que se titula “Los héroes están fatigados”, y en el cual Careaga desarrolla con gran amenidad la etapa contemporánea —es decir, aquella que se inicia a partir de la década de los cincuenta— de nuestro mundo intelectual. Así, en esta parte del estudio el lector comienza a transitar por los a veces tortuosos, intrincados caminos de la lucha política, los cuales (dadas las contradictorias circunstancias sociopolíticas por las que ha atravesado los últimos años este país) puede decirse que se tornan de improviso en risibles, dramáticamente caricaturescas. O bien, por el contrario, al surgir la arrogancia del Poder, aparecen sangrientamente tristes, inconcebibles quizás en un primer momento, pero altamente aleccionadoras con el paso del tiempo.

Asimismo, es en este capítulo donde las concepciones teóricas esbozadas por Careaga se caen por su propio peso, muestran la endeble estructura que las sostiene. Es pues la propia relación de los hechos la que destruye los mitos, la que se encarga de poner las cosas en su justo lugar: el papel que el intelectual juega en las sociedades, en lo que se refiere al complicado mundo de la política, siempre está condicionado por el carácter de clase del individuo. El revolucionario, lo afirma la propia realidad, se objetiva no a través de un quehacer teórico, sino, más bien, en la medida que la práctica política convalida a la teoría. De ahí, por ejemplo, el fracaso político que durante estos últimos años han resentido las camarillas intelectuales del país y cuyo resultado —proceso todo éste muy bien descrito por Careaga— ha sido quizás la atomización de una izquierda intelectual, pero de ninguna manera el fracaso de la práctica política de una clase proletaria.

La última parte de *Los intelectuales y la política en México* está dedicada a ampliar y consolidar las tesis del autor, teniendo como marco de referencia ya no sólo la sociedad mexicana, sino la más amplia que engloba la sociedad mundial. En resumen, el libro de Gabriel Careaga es sin duda aleccionador en un sentido: ilustra a la perfección sobre el alarmante nivel de desamparo teórico-práctico en que se encuentran sumidos los intelectuales de este país.

\* Gabriel Careaga: *Los intelectuales y la política en México*, México, Editorial Extemporáneos, 1971. 141 pp.

## Teatro



### Algunos ángulos del teatro en México

por Malkah Rabell

Basta bucear con escasa profundidad en las aguas del teatro mexicano, para darse cuenta de las tres corrientes que lo dividen. Para designar éstas de alguna manera, llamémoslas: *subteatro*, *teatro* y *superteatro*.

En efecto, en el primer caso tratase de un subproducto, de los bajos fondos de nuestro teatro, encabezado por empresarios comerciales para quienes la palabra arte resulta una broma pesada; formado por actores egresados de night-clubes, o lugares peores; con dirección escénica ausente y autores por lo general anónimos; más cercano a lo pornográfico que a lo erótico. Lo más triste del caso, es que semejante teatro cuenta con un público numeroso, no precisamente ubicado en las filas de las clases humildes, sino de la burguesía, a veces superior, convencida que dicho subproducto es el único existente en México.

La segunda categoría también pertenece al teatro comercial, pero de producción más noble; teatro auténtico aunque no de búsqueda. En este terreno no faltan empresarios de valor e inquietud que arriesgan sus capitales y sus esfuerzos en creaciones no siempre seguras. Este teatro “Teatro”, cuenta casi siempre con excelentes actores, directores competentes y a menudo obras valiosas.

Por fin, tenemos el teatro de búsqueda, para el cual sea quizá excesivo el título de “superteatro”. Mas, éste es nuestro “super” producto en la materia. Teatro cuyas ambiciones van mucho más allá de la buena hechura artesanal. Es nuestro teatro donde afluyen todas las inquietudes juveniles, todas las preocupaciones por crear un arte renovado, de más pura esencia.

Y aquí nos detendremos, ante algunos ángulos del “vanguardismo” mexicano.

Hecho bien sabido es que los diversos movimientos artísticos universales tardan en llegar a México y se trasplantan a nuestro país con mayor o menor retraso. En el último cuarto de siglo, es decir desde los finales de la segunda guerra, al lado de la corriente realista, que tuvo su corta temporada de auge, por el escenario nacional pasaron las influencias existencialistas, la dictadura brechtiana, el nihilismo pesimista del teatro del absurdo y la protesta de la nueva vanguardia. En la última década, el *antiteatro* al inmigrar con unos diez años de retraso, empezó a tener cada vez mayor ímpetu. Movimiento que se inició en el campo directivo —desde el maestro Salva-

dor Novo, quien el primero introdujo a Beckett, al montar *Esperando a Godot* en su pequeño teatro de Coyoacan, hasta los de última hornada, como Gurrola, Julio Castillo, Ludvig Margules, Miguel Flores, José González Márquez, o Rubén Broido, entre otros—, y terminó por avasallar a toda una nueva generación de autores incipientes, entre quienes lamentablemente ninguno supo encontrar el camino adecuado.

El *anti-teatro* tuvo mala suerte en la dramaturgia nacional. Desde el momento en que el realismo costumbrista dejó lugar a otras expresiones más complejas, se notó el empobrecimiento en este terreno creativo. La “vanguardia” carecía de raíces, tampoco halló razones de ser en interpretaciones sociológicas o nacionales —por lo menos en su mayoría—. Entre las tentativas por sacar al teatro mexicano de su estancamiento, que en los últimos años realizaron ya sea autores incipientes en festivales y concursos, ya sea autores de renombre —Héctor Azar, Vicente Leñero, Carlos Solórzano, Marcela del Río, Elena Garro o Maruxa Villalta—, no llegaron sus esfuerzos a comover las raíces ni a interesar a un público más allá de los reducidos “grupos selectos”. Quizá con la única excepción de Leñero, quien pese a la búsqueda de un lenguaje renovado, de una arquitectura escénica nueva y de una ética peculiar, escapó a los hermetismos que ahuyentan a un público más numeroso.

A decir verdad, el “vanguardismo” tiene en México desde varios años a sus más interesantes realizadores en el campo de la dirección, donde su número crece con vertiginosa rapidez. No todos, ni siempre, están preparados para la difícil tarea. Mas, todos con igual entusiasmo creen merecer los aplausos del espectador y el reconocimiento del crítico. En este terreno, las tendencias van divergiendo a medida que las noticias de estas divergencias llegan de Europa o de los Estados Unidos. Si en el transcurso de la última década, hemos visto los esfuerzos experimentales encarados principalmente hacia las obras europeas del “nouveau théâtre”, bajo la indudable influencia de Alexandro Jodorowsky, desde la puesta en escena que de *Zaratustra* hizo este último, el interés de la “nueva ola” se desbordó hacia ese nuevo aspecto de la vanguardia que llega del off-off Broadway, del Green Village y de las ideologías hippies norteamericanas.

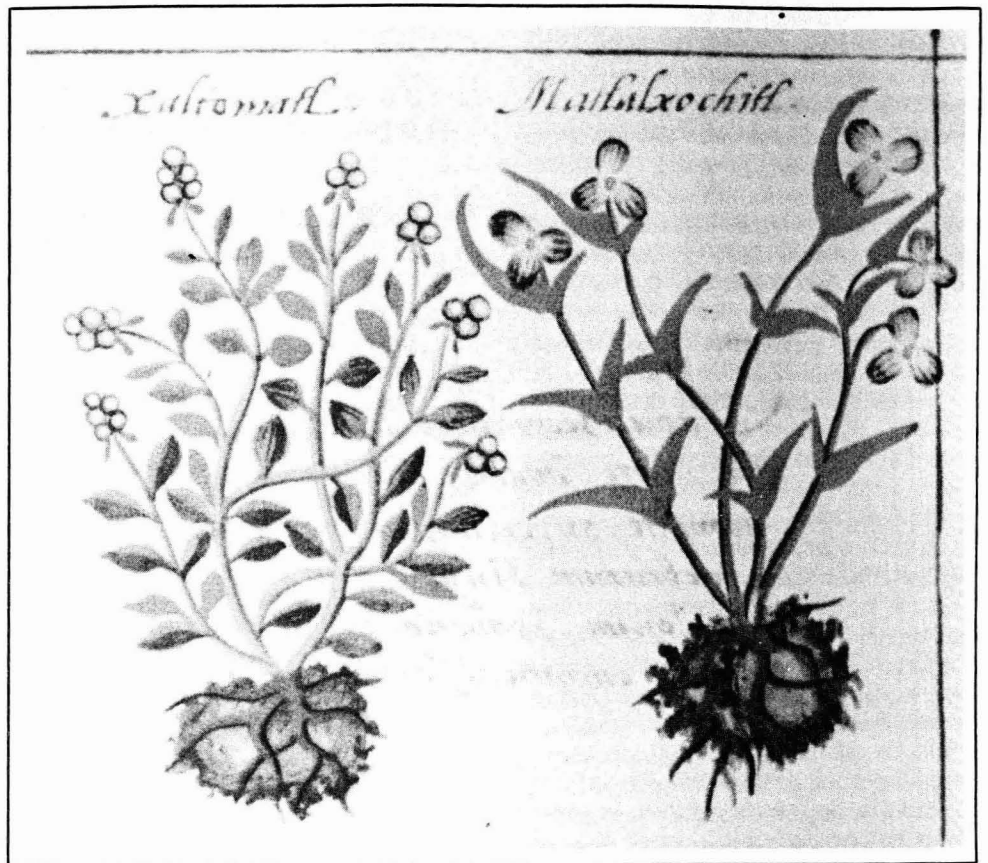
¿Qué es esta nueva “vanguardia”? Viene como una protesta no sólo contra el mundo en que vivimos, sino hasta contra el anti-teatro que este mundo creó. Viene como una prueba de cansancio ante un teatro: “anti-teatro”, donde nada sucede, nada se mueve y el hombre se hunde en la imbecilidad y el antiheroísmo. Porque ¿acaso en el mundo nuestro nada se mueve, no sucede nada? ¿Hasta cuándo el hombre puede permanecer atrapado en la inmovilidad, en la incoherencia, en la imbecilidad, en el absurdo y la indiferencia? ¿Hasta cuándo el absurdo más total puede reflejar el absurdo de nuestra vida? Sucede que el hombre se cansa de ser antisolemne, que se cansa de jugar a lo imbécil y a lo indiferente y al loco, que se cansa simplemente de

jugar. Sucede que se cansa de ser antihéroe, de la risa antirrisa y del teatro antiteatro. ¡Hombre, hombre, es necesario tener en la vida un poco de solemnidad, un poco de teatralidad, y sobre todo un poco —o mucho— de heroísmo! Sucede que los hombres se cansan y de repente empiezan a gritar, a lanzar aullidos, a formar piras incendiarias con sus propios cuerpos. Y el mundo empieza a sacudirse, a temblar bajo los pasos de las multitudes. Y el rey carnavalesco ionesquiario presiente que ha de morir, que ha perdido su última batalla, que nuevas huestes se aprestan a enterrarlo y a ocupar su lugar. Nuevas huestes que han redescubierto la palabra fraternidad.

Mas he aquí que esta palabra fraternidad se halla puesta al servicio de un teatro demasiado simple, demasiado primitivo, casi infantil. Un teatro donde el espectáculo borra la palabra. Mientras el hermetismo del "teatro del absurdo" encerraba una auténtica búsqueda de renovación lingüística, de formalismos arquitectónicos, de una estética revolucionaria, la "nueva vanguardia", bajo el pretexto de ser revolucionaria en su contenido, deja de serlo por completo en su forma. Esa simpleza de los textos, no sólo en nada parece molestar al público juvenil experimental, sino muy al contrario, tiene todos los visos de entusiasmarlo. El éxito, que sin remordimiento podemos llamar comercial, de los últimos montajes de Alexandro Jodorowsky, *Zaratustra* y *El juego que todos jugamos*, no fue de poca importancia en la fascinación de directores, actores y público. La influencia que desde una década ejerce en México en el mundo teatral de la experimentación este director de origen chileno y gustos universales, sigue siendo válida, hoy sigue ejerciendo su "maestría" sobre jóvenes a quienes aportó una receta infalible de éxito.

El hermetismo de los experimentos llegados de Europa, obligaban a los directores experimentales a encerrarse en "clanes" en "mafias". Su público consistía en una muchachada de fieles que no excedía unos miles de espectadores, cuando no se reducía a un centenar de visitantes. El mismo Jodorowsky, cuando llevaba a escena a los innovadores del "Nouveau Théâtre", sólo contaba con éxitos relativos, éxitos de "familia" universitaria y vanguardista, que conservaba —según cálculos de Carlos Solórzano— los mismos 10 000 espectadores anuales de hace una década. Era el círculo cerrado de los "iniciados" que ofrecían el mismo rostro en todos los estrenos. Alexandro, al introducir la "vanguardia norteamericana", con sus desnudos, sus drogadictos, su filosofía fácil, su protesta a flor de piel, sus teologías exóticas al alcance de las mentes infantiles, atrajo a un público mayoritario, que nunca con anterioridad asistió a semejantes espectáculos. Esa clase de teatro daba de pronto a cualquier abarrotado la seguridad de su propia inteligencia. Y nada gusta tanto al público como sentirse inteligente. Fácil es comprender que tal éxito despertó la convicción de múltiples seguidores. El modernismo se transformaba en moda, y el inconformismo en un triunfo.

Por otra parte, la moda actual de lo



anti-solemne da alas a la pereza mental. La falta de inteligencia, de cultura y de ética se bautiza —o se autobautiza— antisolemnidad. El teatro, según algunos de sus profetas y sus corifeos, se considera un juego, una diversión. Una de las consecuencias de tal estado de cosas es la supresión del texto dramático. El público del teatro comercial busca una historia, y el del teatro experimental se interesa por el espectáculo. Ni unos ni otros necesitan ya la palabra del autor y hasta pierden la costumbre de prestarle oído. Después de usar el texto como pretexto para montar sus propios espectáculos, basándose en las premisas de Antonin Artaud, quien consideraba la fidelidad al original literario como: "teatro de idiotas, de locos, de invertidos, de abarrotados, de antipoetas y positivistas", los directores se dieron en crear sus propias *paráfrasis*. O bien, ya ni siquiera buscaron un nombre de autor como base. El "metteur-en-scène" se autodeclaró su propio autor, y hasta los actores lo fueron.

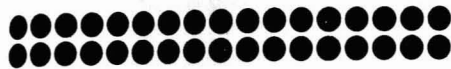
En resumen, en lo que toca a 1971, nos enfrentamos por una parte a un teatro comercial, subteatro, llegado de los bulevares, del sainete español o de la pornografía internacional, que ni siquiera ha presentado el aliciente de dar cabida a nuevos autores nacionales. Por otra parte, un teatro experimental que en el terreno de la dramaturgia quedó yermo, o casi, y en el campo de la dirección, donde mucho se pudo esperar y donde las realizaciones durante varios años fueron espléndidas, casi paralizadas.

¿A qué se debe ese decaimiento, esa merma, que hace inclinar la balanza hacia cero en lugar de alzar vuelo, y que considero peligroso adjudicar a un azar, a la mala suerte del horóscopo? Tampoco creo que debe usarse la expresión: falta de talento, de capacidad, ni siquiera falta de preparación. Hay en nuestro ambiente teatral hasta un exceso de capacidad creativa, de ensue-

ño, de entusiasmo, de entrega que no encuentran lugar adecuado donde desplegarse. Y esa pujanza se puede hallar tanto entre el elemento actores como directores y dramaturgos. Hay entre todos ellos algo que yo llamaría más bien desorientación, que empezó entre los dramaturgos y hoy alcanza a los directores. Y esa desorientación se debe a muchos, muchos elementos, que tal vez aquí no sea el lugar apropiado para analizar.

Se hace excesivamente difícil dar respuestas a ciertos fracasos. Se hace excesivamente difícil, e injusto y pretencioso, atribuirlos a tales o cuales causas. Podemos constatar pero difícilmente aconsejar. Quizá los dramaturgos en la última década trataron con exceso de imitar modelos foráneos y perdieron pie al perder su propia realidad. Quizá la desorientación que alcanza ahora a los directores de escena se deba a demasiada inmodestia, a demasiada pretensión. Grotowsky y su teatro pobre aún no ha dejado de ser un experimento de laboratorio, cuando nuestros "maestros" ya lo quisieran imponer como una finalidad en sí; la excesiva libertad sin basamento de sólida cultura, es otra de las posibles causas: y las son el olvido del significado de coherencia escénica, el exceso de hallazgos ajenos a toda síntesis disciplinaria; el deseo de lograr el éxito sin preocuparse mayormente por el valor auténtico de la producción artística.

Tal vez... tal vez... nos hace falta un teatro más respetuoso del dramaturgo, que siempre puede servir de guía para el director; más respetuoso y más preocupado por el actor elemento primordial de la escena; y más respetuoso —en el sentido auténtico— del espectador. Un teatro que ame el modernismo, sin preocuparse de las modas: que no busque el lenguaje de nuestro tiempo, sino el lenguaje del propio corazón de quien lo crea.



## ¡Bravo Bertolucci!

por David Ramón

Bernardo Bertolucci es el suave, gentil, sincero, talentoso y joven prodigio del cine italiano. Y es necesaria la nota biográfica que a continuación sigue pues hasta ahora era totalmente *desconocido* en México. Nació en Parma en 1941 dentro de una familia muy rica, burguesa e intelectual. Su padre era poeta y crítico cinematográfico de fama, y él desde los doce años empezó a escribir poesía (a los 21 ganó con sus poemas el *Premio Viareggio*) quedando tan marcado, tan delimitado por ello, que hoy una de sus proposiciones fundamentales es: "Que el cine es el verdadero lenguaje poético." Sus primeros intentos cinematográficos también fueron precoces, a los 16 años realizó dos cortometrajes en 16 mm., ambos sobre la campiña, los alrededores de Parma. A los 20 años, en 1961, debuta como asistente de Pier Paolo Pasolini en *Accatone*; en 1962 realiza ya un film escrito y dirigido por él solo: *La Commare Secca*, que fue presentado en el Festival de Venecia y le dio el otro honor, el de ser el director más joven que a la fecha haya concursado en dicho festival. Su segunda obra, *Antes de la revolución*, deslumbró a la Semana de la Crítica en el Festival de Cannes de 1964 y obtuvo su premio. Cuatro años después nos da *Partner* (1968), luego: *La estrategia de la araña* (1970), basada en un cuento de Borges, y originalmente hecha para la televisión italiana (qué tal será la calidad de esa televisión que otras películas realizadas para ella son: *Los payasos* de Fellini y *La toma del poder por Luis XIV* de Rossellini); y también en el mismo año *El conformista*. Actualmente tiene ya terminada una más: *1900*.

Como en México nadie ha visto ninguna de las películas de Bertolucci anteriores a *El conformista*\*, la única exhibida aquí, trataremos de analizar ésta en sí misma, sin relacionarla para nada con las otras, aunque es obvio que *El conformista* resulta un momento de enorme madurez y seguridad dentro de la trayectoria de un director; y que tratándose de un cineasta tan personal, tan realmente poeta como Bertolucci, cada película, aparte de lo que nos diga y signifique por y en sí misma, tiene también un sentido y un significado como parte de una obra total.

En una de las secuencias de *El conformista*, Marcello el protagonista y (¿será necesario decirlo?) *antihéroe*, pregunta a una vendedora de violetas si éstas son real-

mente de *Parma*. Ella le responde en forma muy categórica que sí, y justamente cuando él acaba de pagárselas, a un grito, a una señal de ésta muchacha, salen de los alrededores otros niños y todos juntos a coro, con gran orgullo, con gran energía, cantan *La Internacional*, en lo que constituye una de las escenas más bellas, intensas e impresionantes de la película. A una escena lírica y totalmente personal (obviamente un homenaje de Bertolucci a Parma), sigue otra igualmente bella, pero dotada además deliberadamente de una gran fuerza, de un enorme significado político, como si el director se hubiera avergonzado de un primer lirismo "gratuito y personal" y quisiera hacérselo perdonar, recordándonos que él primero que nadie está convencido que junto a la poesía (y el lirismo) hay cosas igualmente importantes: un llamado a la conciencia política. Toda la película posee esta dualidad, esta ambivalencia, esta lucha, esta tensión entre el lirismo personal (casi todas las imágenes, todas las secuencias son muy bellas, muy poéticas), y el compromiso político, lo que termina por devenir finalmente en un punto más a su favor, ya que la dota de una cierta ambigüedad, ambigüedad en el mejor y más amplio sentido del término, que apela y llega tanto a nuestra imaginación como a nuestra inteligencia.

Contada casi sólo en *flashbacks*, *flashbacks* en primera persona los del protagonista y situada al final de los años treinta, *El conformista*, adaptada de la novela de

Moravia es (entre otras cosas) a un primer nivel el retrato, la pequeña historia de un filósofo miembro de una familia perteneciente a la alta burguesía italiana (y ya en decadencia): Marcello (vivido por Jean-Louis Trintignant, quien es hoy el mejor actor europeo de su generación y que nos hace pensar que después de esta actuación ya nadie le disputará su lugar como una especie de nuevo Bogart) quien tiene, siente un deseo enfermizo de llevar una vida totalmente "normal", de conformarse a la convencionalidad, cualquiera que ella sea, aunque, como en este caso, en este momento concreto sea *el fascismo*. Marcello tiene esta urgencia de "normalidad" por una razón totalmente absurda e inhumana, para tratar de borrar, para "poder" negar su verdadera naturaleza, su verdadera condición: la de homosexual. Por ello en su infancia cometió un crimen (aparente, sabremos "después") y hoy efectúa Marcello dos acciones casi simultáneas e interrelacionadas: una, enrolarse en las fuerzas secretas de represión del fascismo; otra, casarse con una mujer convencional, tonta, pequeño-burguesa: "con sus pequeñas mezquindades, sus pequeñas cobardías, sus pequeñas ambiciones". Ambas acciones son tan iguales, tan interdependientes, que Marcello el misógino combina la luna de miel con su mujercita, y el asesinato de un exilado político, militante antifascista, antiguo profesor suyo de Filosofía. ¿Qué importa que al instante desde el principio todo se complique, que lo que parece "ser" en una





primera instancia ya no lo sea después, que su esposa no sea siquiera la virgen que él esperaba, que incluso ella misma en un momento dado sea también tal vez capaz de relaciones más amplias, nada menos que con la esposa del profesor; y ésta otra la única mujer a la que él sí podría amar, pero... que tendrá finalmente que matar? Aunque la vida real nos saque de conformismos, de esquemas prefijados, sea más amplia, más rica, nos dé más oportunidades, Marcello el conformista ha decidido serlo, a pesar de todo, fundamentalmente a pesar y sobre sí mismo.

El análisis exhaustivo y conmovedor de este hombre en su abrumador y enfermizo deseo por la "normalidad" al grado de que para poder "lograrlo" sacrifique y traicione todo: su conciencia, la amistad, la posibilidad del amor, y lo fundamental, su posibilidad de ser, nos lo da el director con un formato narrativo de continuos cortes y con un estilo visual muy rico, ambicioso, lírico, poético e imaginativo. Desde los enormes corredores y salas de espera de las secuencias semiiniciales (el fascismo trata de llenar su vacío con una falsa grandeza exterior medida en metros) a la escena central del crimen en el bosque en silencio primero, y cortada después por los gritos aterradores, desesperados de una víctima, y luego los balazos y una cierta música; a la secuencia final en que Marcello se confronta por fuerza con su verdadera naturaleza y tal vez se arriesgue a vivirla, la cámara siempre "abierta" en constante movimiento

(un movimiento muy especial, casi casi, musical), nos entrega una especie de terrible, pero también muy irónico y hasta casi operático comentario no sólo sobre un fascista aislado, sino también sobre el medio ambiente en que éste se da, en este caso una época muy concreta: los treinta decadentes, fétidos y sobre todo indiferentes en que el fascismo se va apoderando de los individuos, de la sociedad, del poder. Una demostración de que vivir o soportar el fascismo, un régimen fascista sin luchar de alguna manera contra él, es también siempre una forma de ser fascista. En esta situación se es fascista por comisión, por omisión, por complicidad, por indiferencia, por callar, por permanecer ahí, tal vez incluso por decidirse a sólo huir. Hay, claro, víctimas y victimarios, pero finalmente todos estamos de alguna manera en la misma corrupción. El fascismo todo lo corrompe, todo lo permea; y por cierto también se nos hace sentir muy vivamente que este "lejano" fascismo de los treinta está hoy más que nunca terriblemente cercano.

La visión que nos da Bertolucci de este período histórico, es no sólo absolutamente convincente, sino perfecta, y la logra no tanto como una reconstrucción, sino como un tono, con una unidad de estilo que va de los colores (suaves y apagados o a veces muy profundos) a la iluminación; de su libertad visual, a su gusto por los detalles (tanto los más nimios como los más significativos) hasta su ritmo y concepción totalmente musical (hecho muy evidente). Uno

de los elementos significativos de la película y que la hace tan diferente de otras, es que llega a asemejarse a una composición musical, no por cierto una cualquiera, sino concretamente una ópera. Uno pronto queda sometido, subyugado por sus ritmos, su orquestación, los scherzos, las arias de bravura para cada intérprete, los duetos. Bertolucci funde las imágenes y la música con tan gran facilidad, con tan enorme talento que hace pensar que el cine debió haberse hecho siempre así.

Esta musicalidad culmina en la admirable secuencia lírica y siempre en crescendo en que las dos mujeres: la esposa (Stefania Sandrelli en manos de Bertolucci, una comediante finísima, que logra, con extrema gracia y ligereza su difícilísimo papel de mujer tonta y vulgar), y la mujer del profesor (Dominique Sanda, la figura misma del erotismo en todos los sentidos, y por tanto lo prohibido, una imagen erótica de tal magnitud, que en último caso llega a ser tan romántica y tan inaccesible como Glosia la heroína de *Gotto la isla del amor*) bailan juntas un tango en un baile popular en lo que constituye para mí una de las escenas más bellas del cine en —digamos— los últimos cuarenta años.

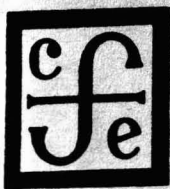
Pero *El conformista* no es sólo esto; tiene todavía muchos otros elementos que no he tocado, que habría que analizar y explorar ampliamente. Film muy rico, muy denso, tiene otros momentos muy literarios como lo son todos aquéllos en que sus varios temas, sus varios tiempos, sus varios elementos se mezclan, se funden y se articulan "a la manera de Faulkner". Esto nos hace pensar que los excelentes novelistas norteamericanos todavía son una muy buena influencia en los grandes artistas italianos, y pienso, simplemente, en lo que en su tiempo significaron para ese enormísimo artista que es Cesare Pavese.

Cuando termina la película nos embarga la sensación, entre otras muchas, claro, de haber visto una manera, una forma de hacer cine muy nueva y brillante. Bertolucci nos ha mostrado el amor, el sexo, la política, la familia "al estilo italiano", es decir, apoyándose sabiamente en la muy sólida tradición cultural y artística italiana (entre otras cosas su música). A partir de ella nos ha dado una manera muy personalmente cinematográfica de hacer cine; nos ha mostrado y abierto cinematográficamente otros caminos. Ha renovado nuestra esperanza en un cine verdaderamente joven, verdaderamente nuevo, verdaderamente revolucionario; hecho por los jóvenes mismos no sólo con ardor, pasión y compromisos juveniles, sino también, con extrema belleza, inteligencia y poesía: ¡Bravo, Bertolucci!

*El conformista* es la película más importante, la mejor de las exhibidas en México este año: es totalmente absurdo, injusto y altamente discriminatorio que sigamos privados de ver las otras obras de su creador.

\* *El conformista (Il conformista)* 1970. Producción: Mauricio Lodi Fe. Dirección y guión (basado en la novela de Alberto Moravia): Bernardo Bertolucci. Música: Georges Delerue. Fotografía: Vittorio Storaro. Intérpretes: Jean-Louis Trintignant, Stefania Sandrelli, Dominique Sanda, Gastone Moschin, Pierre Clementi.





**FONDO DE  
CULTURA  
ECONOMICA**

En nuestra nueva librería

**PASEO DE LA REFORMA 234,**

**ESQUINA CON HAVRE**

encontrará usted todas las ediciones del

**FONDO DE CULTURA ECONOMICA**

Pida informes sobre nuestras magníficas condiciones

de crédito al teléfono 524-43-76



**Editorial  
Joaquín Mortiz**

## Libros recientes

*OBRAS DE JUAN JOSE ARREOLA*

Confabulario, \$25.00

Palindroma, \$25.00

*AUGUSTO MONTERROSO*

Obras completas (y otros cuentos),  
\$20.00

*J. E. EIELSON*

El cuerpo de Giulia-no, \$20.00

*JORGE AGUILAR MORA*

Cadáver lleno de mundo, \$40.00

*JEAN FRANCO*

La cultura moderna en  
América Latina, \$50.00

En todas las librerías o en  
Avándaro, S. A.,  
Ayuntamiento 162-B  
Tel. 513-17-14



## NOVEDADES

L. AYALA  
Virirás América  
160 pp. (C.M. 44) \$ 10.00

R. RICHTA  
La civilización en la encrucijada  
368 pp. 60.00

L. SILVA  
El estilo literario de Marx  
152 pp. 20.00

S. MOORE  
Crítica de la democracia  
capitalista  
176 pp. 40.00

G. RUDE  
La multitud en la historia  
300 pp. 60.00

G. MARINE  
Los Black Panthers  
272 pp. 30.00

D. CANTON  
La política de los militares  
argentinos: 1900 / 1971  
166 pp. 24.00

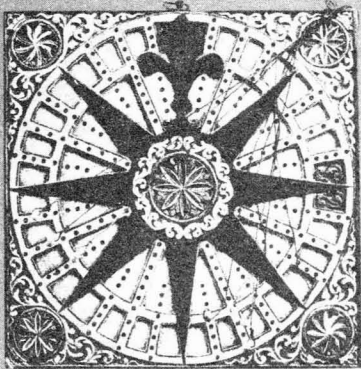
## Libros Académicos

**CILA**

**Sullivan 31 bis**

**DISCOS**

**VOZ VIVA  
DE MEXICO**



**LUIS CARDOZA  
Y ARAGON**  
VOZ VIVA DE AMERICA LATINA  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



VOZ VIVA DE AMERICA LATINA  
**TEATRO  
LATINOAMERICANO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**JUAN  
BAÑUELOS**



LA MUSICA Y EL NINO



**DIRECCION GENERAL  
DE DIFUSION CULTURAL**

**OFICINA DE GRABACIONES**

100. PISO TORRE RECTORIA C. U. - 5-48-82-15



**Ediciones Era**

**ELENA  
PONIATONSKA**

**HASTA NO VERTE  
JESUS MIO**

9 EDICIONES

**LA NOCHE DE  
TLATELOLCO**

13 EDICIONES

**CARLOS  
MONSIVAIS**

**DIAS  
DE GUARDAR**

4 EDICIONES

**LUIS GONZALEZ  
DE ALBA**

**LOS DIAS  
Y LOS AÑOS**

5 EDICIONES

De venta en todas las librerías o en

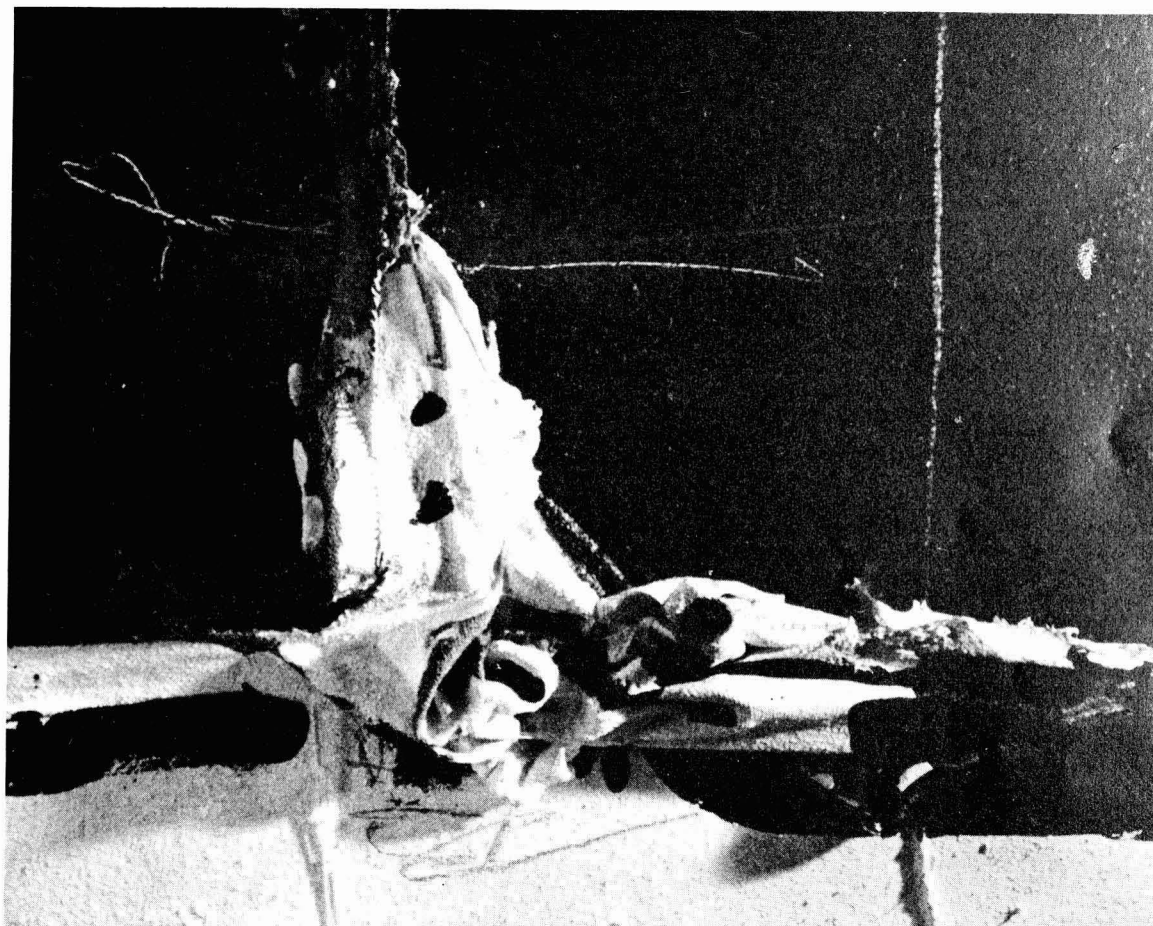
**Ediciones Era, S.A.**

Avenida 102 / México 13, D. F. ☎ 582-03-44

## OPINION SOBRE LA SERIE DE MIS CUADROS

### "HUMBOLDT EN EL ORINOCO"

MANOLO  
MILLARES



De entre mis lecturas, he tenido siempre especial inclinación por los libros de viajes en cuya base fuera condición previa la investigación y la ciencia.

Porque el riesgo que comporta la exploración para el mejor conocimiento de la naturaleza y de los hombres, tiene un punto de afinidad umbilical con la aventura creadora del arte en su ampliación, también, del mundo visual que nos rodea.

Así nace, en el Lazarillo de Tormes —ese libro anónimo español— los andares de una picaresca social que ahonda los contextos de una época Y así, Sir L. Woolley, como antes el gran Schliemann en Micenas, hace libro de viaje en la arqueología cuando viaja desenterrando la Ur de los caldeos. ¿Y qué decir de Darwin, en 1831, en tan largo navegar a bordo del Beagle

alrededor de la tierra?

La aventura se une a la ciencia, seriamente, en su labor investigadora. Pero el arte pone imaginación en la aventura.

Alejandro de Humboldt, en su "Vom Orinoko zum Amazonas", me pone en el camino de una nueva imagen, cual si fuera mi viaje personal, en una continuada línea horizontal del río americano, en cuya raya tensa discurren las aguas corrientes y los más extraños animales ecuatoriales.

Y es de esa geografía botánica de su viaje —su gran aportación científica— de donde nace mi geografía pictórica a él dedicada; que cuando habla de "las aguas negras" y "las aguas blancas" del Orinoco, veo, limpiamente, las aguas del río tirante de mis cuadros, el rostro insoslayable de mis blancos y de mis negros.

